

LA PIEL DE LA VIDA



NOVELA

ROGER MENDIETA ALFARO

L A P I E L
D E
L A V I D A

Novela de Róger Mendieta Alfaro

*A Jesucristo, Ernest Hemingway,
Jhon Steinbeck, Graham Greene,
Pablo Antonio Cuadra, Mario Var-
gas Llosa y Gabriel García Már-
quez, quienes integran el imagina-
rio Consejo Literario, con el cual
me reúno en la Oficina Central de
mi imaginación. De lo que guste o
no en esta novela, ellos tienen un
buen porcentaje de culpabilidad. Yo
sólo seguí sus consejos cuando me
ayudaron a dilucidar inquietudes.*

R.M.A.

I

María se mantuvo expectante a corta distancia del hueco, viendo cómo descolgaban a Poncho que terminó el resto de sus días cagando sangre dentro de un interminable desfile de diablos azules.

Era difícil de entender su tragedia. Sólo tenía capacidad de intuirlo dentro de su rumiante laberinto. Su rostro de pájaro herido no dejaba traslucir un gesto de dolor, aun cuando estaba deshecha por dentro. Una que otra lágrima asomó a los ojos, desgajándose sobre las trenzas de miel retorcida. Poncho había sido más que pariente político, más que consejero, una especie de paño de lágrimas en su vida de animal solitario. Cuántas veces se había maldecido: “Soy un cerdo”, cuando Hércules la golpeaba con furor bestial obligándola a hacer el amor. Entonces surgía Poncho con sus sentimientos de niño y su autoridad de tío carnal a mitigar su pena. “Si hay ángel de la guarda, Poncho fue el mío”, había dicho todo el tiempo que se veía envuelta en problemas.

Vio tras de las cruces. Ahí estaban Domingo, el hermano del muerto, Hércules, Salvador, Arismendio, Marcos, Fermín, Tencho, Napudonoselo

que de una u otra forma estaban emparentados con la familia Artola. Y más a la derecha, a la Paca envuelta en su tapado negro de punto con los ojos clavados en dirección del ataúd con la atención perdida como viendo nada. Era difícil imaginar cómo aquella mujercita de color de roca caliza curtida por la entrada de las algas en el estero, ciento treinta libras de cuerpo cenceño y duro, fuese el corazón de la colmena en el que se aferraba el enjambre de los Artola. “Esta vieja no me quiere”, pensó la María, suponiendo que con Poncho también estaban enterrando el último punto de contacto que la ligaba al clan. Cierro que tenía a Salvito con su salinera, quien podía mantenerla comiendo un poco hoy y otro mañana, pero esto no es suficiente en la vida de una mujer sin parientes de sangre en una cueva de coyotes.

Eso era el Puerto para cualquier mujer solitaria. Un amontonamiento de gente extraña, llena de vicios, viviendo de los barcos y del mar, hacinados en el abandono de barracas construidas en el aire como nidos de oropéndolas, sin alguna esperanza de cambios.

María, la renca, atracó en el Puerto en las mismas condiciones de los otros. Apenas tenía lejanos recuerdos de los primeros años de su niñez. El barco de la familia lo había hecho zozobrar su madre, una mujer con un rostro de artista de telenovela, dulce y angelical, pero con la sangre llena de potros salvajes. Creció de padrastro en padrastro hasta que consiguió la paz de su corazón conociendo a Hércules Artola, quien la llevó a su casa, la hizo su mujer y le tuvo dos hijos. Ahora estaba con Salvito.

Era impreciso el motivo que la había hecho odiar a Hércules Artola. Escuchaba de otras mujeres lo bueno que eran los maridos en la cama, no exactamente por la cantidad de centímetros de su sexo sino por aquella especie de brebaje en el que se embriagaban con sus inenarrables caricias. “Yo no he tenido hombre”, se quejaba ante las amigas de confianza. “Lo que tuve fue un burro”. Y se mordía las puntas de los dedos pensando en la gran desgracia de no haber podido tener un único marido con quien enterrar todo lo brumoso de su pasado.

“Pero así es la vida”, reflexionó con amargura. Acudió a su memoria lo que los hombres de la familia habían tenido que hacer para conseguir el ataúd de Poncho. “Con la guerra no hay cajones para muertos”, habían dicho. Entonces planearon lo propio. Incursionaron por Playa Hermosa y se robaron dos bancas de la Casa del Apóstol Pablo el Otro, y de esta manera pudieron construir la urna funeraria. “Ellos no podían abandonar a Poncho”, argumentó en voz alta a Salvito que nunca había robado un clavo. “No era justo que sus huesos comenzaran a pudrirse antes de llegar a la tumba”. Con los adornos arrancados de las puertas de una residencia para veraneo, y dos flamantes rayas azules y rojas, el entierro de Poncho pareció el de un político o el de un comandante.

La ceremonia llegó a su fin. Los hombres se despojaron del sombrero y se lo colocaron sobre el corazón. En el Puerto nunca se había despedido a nadie de esa manera. Lo habían observado en las exequias de los mártires del servicio militar: los que recibían honores especiales, a los que acudía gente importante y eran dignos de ser

pasados en los noticieros televisivos. Cirilo, el sepulturero, pensó que Poncho se merecía tal cosa. Le nacieron ganas de echarse un discurso por el hombre de mil batallas, por el hermano que sabía disfrutar el pan del aguardiente con una hermandad terrible. Poncho había tenido la gracia de haberlo compartido todo. Las monedas se habían multiplicado en sus manos. Su voz y su guitarra golpeaban las puertas de cualquier fiesta y allí comía todo mundo, bebía todo mundo, bailaba todo mundo hasta reventar, y aún quedaba para el día siguiente cuando un alma caritativa, parrandera y comprensiva se condolía de Poncho, y Poncho con su séquito seguía la juerga.

A Cirilo le tocó recibir el cadáver en el fondo del hoyo. Los ojos se le llenaron de sorprendidas quiebraplatas que se deslizaron por las arrugas del rostro y le quedaron prendidas como condecoraciones sobre la pechera de su camisa negra, de luto, en que creía manifestar su dolor de compañero de infortunio. Fuera del hueco comenzó el discurso.

—Te vas compadre, pero moriste en tu ley.
¡A tu salud!

Y no pudo más porque no encontró las palabras que venía pensando para poner el broche de oro en los funerales del grande amigo. Entonces, alzó la botella de aguardiente que tenía prensada entre la cintura, y chorreó sobre la pequeña caja de madera un líquido turbio y penetrante con olor a alcohol y gasolina. Entre protestas y gemidos se preparó para comenzar a enterrar el cuerpo de Poncho.

—Déjame el privilegio de tirarle la primera palada, —suplicó María, la renca, y exclamó:

—¡Es como si me estuvieran enterrando a mí!

Cirilo le dio un abrazo y algunas palmadas en la espalda.

—No te preocupes, hija —le dijo—. Si a Poncho aún le quedan amigos, a ti también.

Cuando María, la renca, decidió regresar a la salinera de su marido, los que la vieron dolerse no le dijeron nada, sólo se despidieron de Salvito.

II

La pequeña María Tomasa se asomó por la cerca de la casa de Tencho para recordarle que el sábado por la noche era tiempo de culto. Tencho era considerado el filósofo del Puerto aunque jamás había asistido a una escuela. Cuando los alfabetizadores de la revolución le llevaron a los cursillos nocturnos, aprendió a escribir su nombre y el de otros ciudadanos llamados héroes y mártires que para su memoria apolítica y montaraz, no significaban más que frases dentro de conceptos extraños que no le decían nada. Con el alfabeto trataron de infundirle sentimientos aplastantes, de yunque y martillo, contra una especie de peste, de anacronismo y podredumbre, que en la cartilla llamaban burguesía. No tardó mucho en olvidarlo y sólo quedó dibujando su nombre como en un divertido juego de signos con lo que solazaba su solitaria existencia: "T e R e n c i O". Escribía una y otra vez, borrando el gancho muy alto de la "T" y haciendo la "O" como la barriga fecundada de la Rosenda en los últimos meses de embarazo. Borraba, escribía y volvía a borrar. En eso pasaba horas enteras y hasta meses, sin percatarse de nada ni de nadie. Cuando le preguntaban por su origen, su veta de intelectual

saltaba desde el fondo de su ser: “Soy del mismo pueblo que Rubén Darío”. Luego preguntaba: “¿Sabés lo que esto significa para mí? No le deseo a nadie que esté en mi pellejo”. Y se deshacía al ritmo de pronunciados tics nerviosos en extrañas explicaciones sin sentido sobre su parentesco con los parientes del poeta, y sobre su aparición en el Puerto. “Vine montado en una sirena, de allá adentro”, decía con la mayor desfachatez del mundo, soltando una abrumadora y atacante carcajada. Después comenzaba a relatar su historia de nómada arrepentido, alrededor de la construcción de la Planta Eléctrica en tiempos de la otra dictadura. Cansado de trabajar como peón de albañil, buscó algo que estuviera a tono con su carácter, con su vocación de pintor de palabras y de embromador de situaciones, y se empleó de cuidador de residencias de veraneo con algunos hombres de negocios. Ganaba menos, pero estaba tranquilo y tenía tiempo para todo. “No sólo de pan vive el hombre”, decía. Era una frase bíblica que le fascinaba, según sus propias palabras. Se había enamorado del sonido y del ritmo, y la repetía por el sólo prurito de repetirla.

En una visita de pastoreo por Mesas Grandes conoció a Rosenda. Hija de la esposa del pastor, una mujer menuda y risueña como su madre, desde aquel momento le trastornó el sueño. “Sus ojos son de un verde sugerente, y su cabellera abundante y rebelde como un incendio”, la describía dentro de su sofocante delirio amoroso. “No sé qué voy a hacer con ese lirio”, pensaba mientras planeaba una estrategia. Se prometió no faltar a ninguna vigilia por muy lejana que fuese, y no desperdiciarse en ninguna otra mujer que no fuera Rosenda. “Sólo el mal tirador pue-

de malgastar los tiros en una zona de peligro”, reflexionaba pensando en la artritis de la rodilla que lo hacía pensar como que se estaba volviendo viejo.

Una noche de tantas, después de idas y venidas a asambleas, cultos, vigiliass, cursillos y cuantas prácticas y cosas hacían los de la Última Iglesia de Cristo, Tencho se robó a la Rosenda y la llevó a su cuarto.

Con el despertar de la adolescencia y los sueños de libertinaje y de vida mundana con que Tencho la vivía tentando, comenzó la muchacha a inquietarse. Se produjeron las repentinas visitas a la familia. La invitación a las misas de difuntos, a los cumpleaños de las amigas, a las fiestas de onomástico, a las ferias del pueblo, a las llegadas de los reverendos que venían de otros países y de lo que no podía perderse. La Rosenda siempre encontraba un pretexto para dejar a Tencho, hasta que se marchó para siempre.

Ahora estaba de nuevo solitario, únicamente con su radio y el sangriento recuerdo, escuchando canciones de Lara y Feliciano que lo volvían loco de pena.

En momentos como éste, Tencho recordaba a Marcio. Había sido su soporte moral, su consejero en los minutos culminantes de su tragedia. Marcio era el hijo del dueño de una de las tantas casas de veraneo que él cuidaba. Con su extrovertida franqueza y su claro pensamiento de muchacho con una visión positiva del mundo se le acercó conmovido: “No joda usted, Tencho. Olvídense de ésa. Usted se merece otra cosa. Todavía le queda pólvora para rato”. Pero su ansiedad no tenía límites. Ahora estaba recordando

cómo había comenzado aquel amor apasionado: primero una alegría y después una cruz, en aquella visita de pastoreo a Mesas Grandes.

—No lo olvidaré. Gracias, María Tomasa —respondió a la muchacha desde adentro, mientras quedó pensando en aquel tono de voz que todavía quebraba el temor, y en el leve vuelo de pichones que querían saltar fuera del vestido. Como cuando soñaba con conquistar a la Rosenda, ahora la María Tomasa ocupaba todo el espacio de sus apasionados pensamientos. Había sustituido a la otra con la misma ansiedad y el mismo amor sin fronteras en que lo precipitaban sus desproporcionados arranques juveniles. “El amor no tiene edad”, soñaba. De esto estaba convencido, no le cabía la menor duda. “Esa muchachita puede ser tu hija”, recordaba a quienes le criticaban de todas maneras queriendo ponerle en ridículo. El callaba. Hablaban sin la debida experiencia, sin el conocimiento cabal que le hacía recordar a la otra. Lo mismo le habían recriminado con la Rosenda, y no había podido con ella, no había sido capaz de entender a aquella potranca arisca y salvaje en que la había convertido el sexo.

Había salido del cuarto sin camisa, ajustándose los pantalones, abandonando la cama en la que vivía durmiendo un sueño de ostra. “Perdí la ocasión”, se dijo. Siempre que la María Tomasa le permitía acercarse, hablaban de ir al cine, de llevarla a Managua cuando la hiciera suya, pasearla por el Mercado Oriental en donde se podrían comprar toda clase de cosas lindas, especialmente de las que exhibían los buhoneros en los canastos al aire libre que estaban como en un mercado persa, de los de Las Mil y Una Noches.

Allí vendían preciosos relojes de pulsera con los que ella vivía soñando desde niña, prendedores de cabeza que tenían formas de mariposas, gorriones y otros animalitos que lucían atractivos y sensuales en las cabezas de las muchachas. Se moría por los antejos dorados con marcos en forma de luna llena que admiró detenidamente sobre la cabellera de una cooperante alemana, y por los vestidos de baño de seda, graciosamente ajustados al cuerpo que dejaban escapar las nalgas sin la menor malicia.

“Todo esto y más podrás disfrutar”, le juraba Tencho. “Pondré un mundo a tus pies que ni puedes imaginarlo”. Ella se lo creía íntegramente y lo aceptaba como un maravilloso sueño que comenzó a acariciar con el mismo fervor y la misma tozudez con que Tencho tejía sus planes en aquella su interminable vigilia amorosa.

Quedó comiéndose a la muchacha hasta que se perdió por el recodo del camino en su misión de sábado de culto. “¿Cómo me encontraría esta María Tomasa?” se preguntó, y corrió al interior de su habitación en donde tenía el coqueto tocador provenzal de cristal de roca, que consiguió en el saqueo del Puerto durante la caída del Dictador. “Cuando vivas conmigo, todo lo que yo tengo será tuyo”, le vivía susurrando a la muchacha. Contemplándose en el espejo alisó su rostro con un fuerte masaje facial sobre la piel reseca, cubierta de leves arrugas que comenzaban a preocuparle. Una o dos veces, no recordaba fielmente, la María Tomasa se había contemplado en aquel maravilloso espejo que la dejó deslumbrada: “Es como si una se viera por dentro”, se quedó dando vueltas a sus pensamientos alrededor del espejo. Aunque confiaba en las promesas de

Tencho, eso lo veía muy lejano, casi imposible. No sentía nada junto a él, más que una curiosidad infantil. Se preguntaba si todas las cosas de los hombres eran hechas con el mismo molde o de una forma diferente, como sucedía entre las mujeres chinas y japonesas que según Gerancio, el sexo les crecía atravesado en el ombligo. Gerancio tenía por qué saberlo. Trabajaba en el bar de la Chorro de Humo, un sitio visitado por los internacionalistas de todo el mundo.

En segundos, acudió Marcio a su memoria: “No sea pendejo, Tencho. Usted todavía está joven y puede conseguir una hembra pijuda. Usted tiene gallinas, tiene patos, tiene chompipes, tiene su buena ropa que le traje de Miami, tiene su reloj electrónico, tiene sus prendas de oro y tiene su chanco hasta la mierda de monedas de cinco pesos. No llore, jodido. Déjela que se vaya a donde putas quiera, y pídale a Dios que no regrese nunca más porque si lo hace, le jode. Usted no tiene valor para rechazarla”.

Pasó un tiempo en que la Rosenda no regresó. Parecía que se había ido para siempre, y sólo le llegaban los decires de la gente perversa, de que andaba con distintos hombres más jóvenes que él, casi muchachos, con los vestidos apretados en los que resaltaban las nalgas, flores de avispa coloradas en el enmarañado pelo rubio y lo peor que de bailongo en bailongo.

En una sólo cosa estaba en desacuerdo con los consejos de Marcio: “no se amarre con una mujer muy tierna para usted, Tencho. No sea pendejo, que ni las mulas meten la pata dos veces en el mismo hueco”.

“Es sabio este Marcio” se decía, pero la verdad es que no le gustaban las mujeres de su

tiempo. Las veía como un bote de remos en los últimos días de vida útil, comparado con una lancha de motor recién salida de un astillero. “Tal vez con la Maria Tomasa no es lo mismo —se llenaba de esperanza—. Está más pura que el agua de lluvia, más blanca que un ángel”. Y con su paso de saltamontes y su mirada asustadiza de pájaro carpintero, Tencho Pichardo caminó hacia el árbol de almendro en donde acostumbraba dar de comer a las gallinas.

III

Cuando llegó el pastor a la casa Boloy, los vecinos estaban esperando escuchar La Palabra como era la costumbre los sábados por la noche. Había sido un día lluvioso y con viento. El oleaje azotó los ranchos costeros y la pesca y toda la labor del día se convirtió en un desastre. Para los hombres del Puerto hechos de mar y de pescado, esto era un riesgo normal, sin importancia. Pero las nuevas medidas de seguridad revolucionarias todo lo habían cambiado, y para enrumbar un bote al centro de la bahía era necesario el permiso firmado por el comandante de las milicias.

Este sábado se había venido encima sin nada que vender a los restaurantes de los balnearios vecinos, y sin lo elemental para el propio consumo. “Fue un día negro”, se lamentaron los pescadores. Algunos de los mismos hasta vieron arruinarse sus botes en el mar agitado por la tormenta. Ahora deberían esperar el sábado siguiente si es que tenían suerte, y no se levantaba otra amenaza en el Atlántico que diera coletazos en el Puerto. Este sábado por la noche el culto parecía un velorio.

Siempre oraban en silencio antes que Napudonoselo abriese la Biblia y la colocara sobre la

bamboleante mesita de madera que servía de atril en el templo. Todos estaban imbuidos en la pesca. “Fue un sábado negro”, le comunicaron al pastor. Empezaron a relatar la tragedia de José, el hermano mayor de Salvito, y de la Justina, su mujer, que se habían perdido con todo y bote, y no se sabía nada de ellos.

Se imaginaron a Jesús aplacando la tormenta, multiplicando los panes, llenando las redes de los pescadores en Genesaret. Pasajes aprendidos de memoria que repetían mentalmente, visualizándolos, tal y como lo enseñaba el pastor: “Antes que me llamen, yo responderé; aún estarán hablando, y yo les escucharé”, eran sentencias que afirmaban el poder de la oración. “¿Qué padre hay entre Uds. que, si su hijo le pide pan, le da una piedra; o, si pide un pescado, en vez de pescado le da una culebra?” Realmente se sintieron abatidos, sin esperanzas. En tres sábados seguidos se había malogrado la pesca, y ahora una inesperada tormenta venía a aumentar la abrumadora carga de sus penas.

Formaron una comisión para hablar con el comandante para poder pescar diariamente, porque la revolución tenía sus leyes. Comenzaron a explicarle el problema de la pesca, del tiempo apropiado para hacerse al mar, de lo que significaba la labor permanente en el presupuesto de la familia. “Son medidas de seguridad —les contestó—. Con esas pirañas que vienen de Honduras, la zona se ha vuelto peligrosa. No podríamos estarlos protegiendo todos los días. Además, los contrarrevolucionarios podrían valerse de botes para colocar minas en la entrada de los barcos. Entre ustedes podría haber alguien que trabajase para la C.I.A.”, sonrió con burla, y les reco-

mendó que regresaran tranquilos a sus casas, que lo dejaran pensarlo.

—Oremos para que no se nos venga otro sábado como éste, señaló el pastor, examinando el Almanaque Bristol que estaba colgado a su izquierda.

Oraron en voz alta. Comenzaron a cantar Salmos: “Dios aplacará la tormenta. El alma del hombre está llena de temor. Es peor que la hiena porque ataca sin motivo. Su corazón está podrido en vida si le falta Dios que es Amor”.

Napudonoselo mantenía la Biblia en alto. Señalaba con el dedo índice uno que otro pasaje de los Evangelios. Estaban arrobados siguiendo aquella secuencia de milagros: los paralíticos andan, los muertos son vueltos a la vida, los ciegos ven. “Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada, mas porque Tú lo dices echaré las redes. Haciéndolo, capturaron una gran cantidad de peces, tanto que las redes se rompián”. Esperaban que les llegara el turno de llenar las redes, que se produjera un milagro. El mismo pastor era milagro vivo de conversión: la oveja perdida de Ariosto Canales, había tornado al redil y de qué manera. Estaban maravillados con el Jesús que Napudonoselo era capaz de testificar en su prédica de la Palabra.

Se mantenían con los ojos cerrados. Alcanzaban una especie de éxtasis en el minuto crucial de la súplica ardiente, de la quema de las pasiones ahogadas en la fuente del amor eterno. Fermín abrió los ojos para curiosear tímidamente lo que hacían los otros. Al bajar la cabeza de nuevo, se encontró con las puntas rotas de sus zapatos domingueros. Se llenó de tristeza pensando que el trabajo del mar no había sido del todo fa-

vorable en los últimos meses: “Sólo un milagro”, se dijo.

Fermin Artola estaba insatisfecho con el rumbo que había tomado su destino. Era el segundo hijo de la Paca Artola. Con el neologismo revolucionario que penetró aún en los rincones más remotos del campo, y su fama de propietario de botes de alquiler, pronto se ganó el mote de el Burgués. El surgimiento de las cooperativas y los agobiantes intereses bancarios lo habían dejado en la calle. Antes de dejarse convencer por la Paca para asistir al culto, hasta había intentado ponerse al habla con el viejo Ciriaco Canizales, experto en sortilegios y otras suertes de brujerías para que le pusiera en contacto con el diablo. Hasta esos extremos llegaba su agobio que era el agobio de todo el Puerto.

—¡Veo que nadie pregunta nada! ¡Alabado sea el Señor! —exclamó Napudonoselo, observando a Tencho con el rabo del ojo.

—Tal vez la María Tomasa quisiera saber algo sobre la prudencia, exclamó la Paca, viendo a la nieta con un gesto de ferocidad, que hizo parpadear a Tencho, obligándolo a bajar la cabeza.

Napudonoselo comprendió la sugerencia.

—Es un tema interesante que merece ser abordado en una charla especial. Lo haremos el próximo sábado, si Dios nos presta vida —agregó.

Tencho se acomodó en el asiento y se alisó la camisa recién traída de Miami, de las que guardaba en el cofre. Carraspeó con disimulo y con el rabo del ojo observó a la María Tomasa que hacía señas a la Paca.

Entonces, vamos a pedir por nuestro hermano Poncho, que Dios lo tenga en su santo reino y no le sea tan severo en su juicio.

—¡Alabado sea el Señor! —dijo la Paca.

—¡Alabado su Santo Nombre! —secundaron todos en coro.

—Ahora, vamos a abordar la segunda parte de esta noche de culto. Hablaremos de algo que ustedes conocen muy bien, porque lo hemos visto y releído un montón de veces. ¡Alabado sea el Señor de este Puerto y de todo lugar! ¡Alabada sea la gloria de Su nombre!

—¡Alabado, alabado!

—Como ocurre con ustedes en estos días, entre los pobres pescadores de Galilea había desencanto, temor, agitación. Sobre todo, esa falta de fe en el Señor que es lo que hoy nos agobia, nos desespera, en este mar agitado en donde el demonio ha levantado su tienda y se pasea campante lleno de un triunfalismo increíble.

Estaban pendientes del mensaje. “El demonio ha levantado su tienda y se pasea campante”, eran frases que repetía con énfasis. Dios quiere probarnos de todas maneras, saber qué clase de levadura llevamos dentro. El hizo las fuerzas de los huracanes, la violencia de las tormentas, el corazón de los hombres y los soltó, los dejó libres con sus propias leyes para que cada uno ejercitase libremente su propio gobierno. Y con todas estas cosas, sobre todo, frente al hombre, colocó al maligno. El maligno también ha levantado su tienda en muchos corazones que son como casas vacías, abandonadas, de donde el Señor fue echado con violencia para dejar entrar al diablo. Esos

hermanos son como sepulcros blanqueados, señaló el versículo apropiado en los Evangelios.

Sabían lo que Napudonoselo quería significar con aquella referencia. Hacía apenas unas semanas se había iniciado la persecución de pastores por esa prédica vaga y sospechosa de la Palabra. “Es una palabra de agitación política y no de obediencia cristiana”, les habían notificado. “Atenta contra los sagrados principios de la revolución”. Luego de amonestarlos, fueron llevados a la cárcel.

Entonces, las hermanas en la fe, concibieron un plan. Firmaron el pronunciamiento en que se comprometían a defender al nuevo Cristo. Esa especie de fantoche que les era difícil ubicar, que no tenía un exacto punto de referencia en donde encontrarle. Pero la persecución amenguó, y los pastores de la iglesia del Cristo recién estrenado se aburrían de visitar el Puerto. El Cristo perseguido retomó cautelosamente sus posesiones, y era ésta la experiencia que estaban viviendo con Napudonoselo.

—Está amenazada nuestra fe, y nuestras esperanzas, como esos botes en la tempestad, están zozobrando en medio de la confusión y el temor.

Y continuó hablando sobre la fe, mientras limpiaba su ojo bueno, pues el otro lo había perdido durante un robo de ganado entre Telica y León.

—Hay que llenarse de paciencia y de esperanza —repitió con vehemencia—, como lo hiciera nuestro hermano Job, que supo esperar, hasta que el Señor se dignó poner sus ojos en él.

Y continuó en derredor de la fe y la vida fu-

tura. “La fe es como un anzuelo que de repente coge al pez y no lo suelta. Tú, lo traes a la casa”, llamó la atención de Fermín. “Uno es el pez”, aclaró. “Uno muerde el anzuelo de Dios, y el Pescador lo lleva a su casa, que es el cielo en el amor, la paz en el espíritu, el sosiego en el corazón”.

Siempre que llegaba a esta parte de la prédica, los hermanos de la Iglesia de Napudonoselo, permanecían callados, como preguntándose acerca del milagro de la conversión del hijo de Ariosto Canales. Estaban llegando al final, entonando cantos de ¡Aleluya! ¡Aleluya al Señor de los ejércitos! ¡Sus legiones de ángeles más fuertes que cualquier rey de la tierra! Cuando el camión de soldados se detuvo frente a la casa de Boloy, y el comandante de las milicias saltó por la puerta delantera apostándose a la entrada del culto.

Quedó viendo al grupo. Sumaban unos quince pobres diablos que no podrían ni moverse. A simple vista, el miliciano aparentaba ser un soldadito de juguete de los que decoran las cajas de galletas extranjeras. El terror en los ojos de Napudonoselo y los demás, lo transformó en un raro gigante con un cañón en las manos en vez de carabina.

—¡Viva la revolución! —gritó con voz chillona, mientras dejaba escapar una sonrisa de aprobación y orgullo.

—¡Viva! ¡Viva! —le respondieron en el culto, también sonrientes, disimulando el miedo.

Se preguntaron qué habría pasado con el jefe de las milicias. Cuando el soldado se marchó y ellos volvieron los ojos hacia el pastor, comprendieron la situación: Boloy había tenido tiempo

de colgar junto al atril el reverso del calendario de la Esso en donde estaba esbozado el retrato del Presidente.

IV

Hércules Artola, el primogénito de la Paca y Domingo Inocencio Artola Blanco, vino al mundo en una mañana de repetidos temblores de tierra, que alarmaron a toda la costa del Pacífico desde El Salvador a Costa Rica. Fue niño problema desde el vientre de su madre. Para ver la luz del mundo, fue necesario trasladar a la Paca al hospital de León, tras una lucha tenaz entre la vida y la muerte. La criatura se había atravesado de tal manera en el útero materno transformándose en un acertijo, que fue necesaria la búsqueda de hábiles y valientes comadronas, bajo la vigilancia de un buen partero titulado, para que participaran de los sobijos y otras mañas del oficio de las que fue una víctima la desventurada paríndera.

Tenía seis años apenas, cuando se le metió entre ceja y ceja que él era la muerte quirina. Colocó en su cabeza un calabazo pintado de blanco, que simulaba el cráneo de un esqueleto, y armado de un pequeño tridente con el que se descamaban los pescados, persiguió a un vecino suyo de la misma edad, amenazándole y causándole tales lesiones que fue necesario la intervención del médico para curarle las heridas.

Por más que el castigo brutal de la afligida Paca cayera como pan diario sobre el lomo de Hércules Artola, éste pujaba para adentro solamente, y al día siguiente volvía a las andadas. “Déjalo ya que nada vas a lograr con matarlo”, le decía Domingo con su deje cansado y tedioso. ¡Cómo voy a dejarlo —decía su mujer—, si en vez de un hombre, he parido un burro, y los burros sólo se doman a palos!

Entre múltiples golpes y protestas, Hércules Artola fue creciendo y se hizo un hombre verdadero. Corto de estatura, fibroso, todo su cuerpo hecho a imagen y semejanza de una figura de la época colonial, tallada en madera. Teniendo más bien la apariencia de un santo, obligaba a buscar en el acto las cosas almacenadas en la bodega de la memoria. Se convirtió en un verdadero Juan Tenorio y arrasó con todas las mujeres solteras y las viste-santos de los valles del Puerto, hasta que conoció a María, la renca.

Lo llevaron a bautizar ya hombre a Jinotepe. Y el padre Felipe del Calvario Vigil y Bobadilla, en esa ocasión dijo a la Paca: “A lo mejor tenés un político en la familia”, porque el muchacho se ganó sus primeros centavos pintando rótulos clandestinos contra las medidas coercitivas del Dictador. Años después, cuando se cumplieron las humorísticas predicciones del sacerdote, antes del triunfo revolucionario en que los incondicionales de Somoza escenificaban ruidosas concentraciones políticas, Hércules Artola manejaba sus zonas de influencia. Su gente, como decía él con orgullo, llegaba colgando de camiones del estado, agitando banderitas rojas del partido, y coreando slogans: “¡No te vas, te quedás! ¡No te vas, te quedás! ¡No te vas, te quedás! Y si era

necesario el uso de la violencia, formaba parte de las fuerzas de choque en que estaban integradas las reservas civiles, despuntando entre los primeros, con cadenas y varillas en alto, listos a sembrar el pánico para poner el orden. “El poder es para poder”, se le oía decir con la seguridad temeraria que da el ejercicio del gobierno y la gloria del triunfo. Con la entrada de la revolución, Hércules Artola se cambió de bando, y encabezó la jefatura de la rebelión en el Puerto. Como en todos los pueblos tomados, los nuevos líderes la emprendieron contra los amigos y los bienes del dictador derrotado, en donde cada quien aplicó su propio código para la administración de la justicia. El caos alcanzó niveles inconcebibles. Del fuero legal improvisado, con credencial de identificadas pandillas de reconocidos salteadores, se pasó a la quema y destrucción de los viejos símbolos de poder, y a la ocupación y saqueo de las casas de veraneo cuyos propietarios habían salido en desbandada.

Refrigeradores, radios, televisores, muebles de toda suerte, ropas y simples utensilios domésticos cambiaron de dueño en menos de lo que se forma una ola, bajo la conducción del cambio dirigido por Hércules Artola. Pero las residencias de veraneo resultaron un hueso pelado que no logró saciar la violenta voracidad del confuso sentimiento revolucionario, y de los bienes privados, el vandalismo saltó a los inventarios de la nación. Las bodegas de la Aduana del Puerto fueron saqueadas. Millones de dólares en café y azúcar exportable desfilaron de regreso en hombros de un pueblo amotinado por la turbulenta furia de la anarquía. Artículos sin valor relativo eran arrojados al mar o quedaban esparcidos por el suelo. Con su botella de whisky importado, y

sus jamones de lata, el comandante Hércules Artola no tenía sosiego en busca de sospechosos por todos los rincones del Puerto. En su nuevo lugar de residencia se repartían las transacciones del saqueo.

Con los meses había regresado a su rancho. No experimentaba la misma confianza de los días del triunfo. Cuando se organizaron las milicias, le nombraron en un puesto importante dentro de la estructura militar de su comando organizado en cuadros que deberían atender la marcha del proceso. Ser ojos y oídos de la revolución. Vigilar a los enemigos del gobierno. Fortalecer el poder popular que comenzaba a delinearse en las concentraciones de masas publicitadas en la cadena de televisión del estado.

Luego apareció la contrarrevolución y fue necesario enviar tropas a la frontera con Honduras para detener el regreso del Dictador. Hércules Artola que tenía un olfato de perro policía para detectar el peligro, dio un paso atrás y pretextó la objeción de conciencia. Se negó a tomar el fusil para disparar contra quienes no le habían hecho el menor daño, y eran sus hermanos en Cristo. Desertó de las milicias, y cuando le llegaron rumores de que en la Paz habían ordenado su captura para integrar los batallones de voluntarios, huyó por los manglares, y por meses, nadie supo nada del comandante Hércules Artola.

Frente a la bahía, se moría de envidia viendo a Fermín y a los otros descargando los botes llenos de pescado. El dinero de sus días de líder revolucionario se le había escapado de las manos, y aquella apasionante fiesta de la insurrección era para él, como lejana historieta que se perdía lentamente en los vericuetos de la mila-

grosa ambición en que estaba sustentada su existencia. “El trabajo es para los bueyes”, sentenciaba con su desfachatez de predicador del ocio, de empedernido ratero de casas vacías y de bolsos de mujeres solas en las estaciones de buses.

Viendo al Burgués con su nuevo bote, financiado por el gobierno como una reposición de los suyos de antes del triunfo, hacía un recuento de sus bienes: un pantalón raído que colgaba del alambre en el patio, la desteñida camisa de miliciano y la calzoneta Jatzen que le había robado a un cooperante internacionalista. Se palpó el lindo cuchillo español que llevaba sujeto a la cintura, y se le salieron las lágrimas, al recordar la suplicante humanidad del juez de mesta de Las Casas el día posterior del triunfo. “Los perros no merecen quedar con vida”. Y le dieron un tiro en la cabeza y una herida en el vientre con su mismo cuchillo.

—¡Qué suerte de cabrones! —dijo entre dientes.

Todo se le había venido a complicar con la instalación del nuevo comando de Punta Janet. “Te voy a encerrar hasta que te arrepintás, jodido, y si volvés a tus andadas te voy a mandar a León para que te pudrás en la cárcel”, habían sido las claras y amenazantes palabras del responsable militar, cuando intentaron robar en la casa que había sido confiscada, y que ahora pertenecía al pueblo.

“No jugués con fuego”, le había dicho la Paca. Y le recalcó con voz ronca por la furia: “Acordate lo que dijo el responsable: Mejor robe a él que a los internacionalistas del Velero, porque te quiebran el culo”.

Y el recuerdo de la María sustituyó el pensamiento de la Paca en la imaginación de Hércules Artola. Sí, era ella, no podía ser otra, la causante de su mala suerte. Y reflexionó: “Tal vez no merecía semejante pijeada. Soy un animal como dice mi mamá”, saltó en su memoria la brutal golpiza que había dejado a la Renca en una prostración total, por semanas.

“¡Pendejo. Sos un haragán!”, se rechazó a sí mismo.

“¡Cállate la boca, y deja de hablar pendejadas!”, una segunda voz interior salió en defensa suya.

“¡Tenés dos semanas de no hacer ni mierda! ¡De no producir nada!”, volvió la primera voz. Y maldijo: ¡Qué se calle tu madre!

Desde la glorieta escuchó a Domingo que con Ariosto Canales se divertían de lo lindo:

—*Doña Sapa está cosiendo
a don Sapo una camisa,
la sapa que se la mide
y el sapo que se la plisa! . . .*
—*La camisa, la camisa,
la camisa, la camisa, coreó Mengano.*

V

Ariosto Canales fue uno de los hombres hijos que en sus abundantes años de moza tuvo la Paca. De él, vivieron: Napudonoselo, Arismendio, Gerancio y Dimas. Trasunto, el cuarto de los hijos varones de Ariosto Canales, murió antes de cumplir el año, arrastrado por una peste hemorrágica que azotó el Puerto junto a un invierno cruel e interminable.

La Paca conoció a su primer marido en los años cuarenta. Trabajaba de capataz, punteando la peonada en los cortes de café de Carazo. Le escuchó cantar coplas picantes con su guitarra de talalate, y hacer punta y talón en los famosos bailongos de las haciendas cafetaleras de San Marcos, y desde aquel momento se le metió en la sangre.

Aquella misma noche lio su morral y abandonó la casa en donde le habían brotado las plumas, y cabalgó en brazos de Ariosto Canales a Santa Teresa. En un campamento de explotación ganadera, plantó su nido de amor y comenzó la vida de "libertad sin fronteras como los pájaros" que le había cantado Ariosto. La experiencia sexual la transformó totalmente, y despertó en

su imaginación un extraño y alucinante sentido de la vida que no la abandonó nunca.

Durante una fiesta de San Juan, en la que habían toros “encuetados”, monta de burros cimarrones y peleas de gallos con doble navaja, Ariosto Canales con su guitarra de talalate, sus coplas picantes que hacían sonrojar a las jovencitas inexpertas y a las señoras de riguroso recato público, y con la mudada que llevaba encima, abandonó a la Paca por una mujer el doble de su tamaño, y unas grandes nalgas que bailaban en ambas aceras de la calle.

“¡Qué hijo de puta este Ariosto! ¡No era sólo paja lo que vivía diciendo! Dejé la bicicleta y se montó en el tren! Ojalá que no le pase encima”, pensó la Paca. Y con maravilloso sentido de la realidad, agregó para sí: “Bueno, qué vamos a hacerle. Dios me lo dio, Dios me lo quitó”. Con los hijos en formación de campaña y el menor en el regazo, enrumbó a la cabecera departamental en busca de la casa que había abandonado años antes, como el punto de referencia razonable al que le apuntaba el instinto.

En la casa de doña Joaquinita Cuadra, madrina de la Paca, habían cambiado las cosas. Los niños pequeños se habían vuelto matacanes y dormían en cuartos separados los hombres de las mujeres. Julián, el flaquito, quien tenía el hábito de espiarla por las rendijas del baño frotándose el sexo, algo que a ella le causaba una risa nerviosa, convertido en un gordinflón se había casado. Vivía en el anexo construido en donde doña Joaquinita cuidaba las rosas con las que su marido, don Justo Serafín le había endulzado el corazón y el oído el día en que pidió su mano y formalizaron la boda. La muerte de don Justo

Serafin rompió una cuerda en el centro de la felicidad de la viuda que ahora se mantenía echando baba día y noche en medio de servilletas de todos colores. Casi inmediatamente intuyó que la antigua casa de su madrina sólo tendría sitio para ella, en los agobiantes .oficios de lavandera y planchadora en medio de un cerro de pantalones y camisas de todos los driles, que cada día se volvería más inalcanzable. Acudieron a su memoria los años felices en la vieja casa, cuando apenas era “una criatura de trece ahriles”, con los que obligaba al nonagenario abuelo a recordar los tiempos de serenatas, de huidas por los montañascales, de compromisos políticos y de intempesivos viajes a la finca, que no eran más que pretextos para dormir fuera de casa con cualquier polla que le saliera al paso.

“De lagartija para arriba todo es cacería”, tentaba a Julián, hablando de “las toronjitas de oro que tenía la Panchita en el pecho”, y que eran el verdadero origen de que el muchacho viviera arrumado en aquella crisis de espionaje.

Recordaba cómo en esos viajes a Managua, citado por la Directiva del Partido para integrar la Junta de Notables, don Inocencio Matusalén Cuadra y de las Torres, quien añoraba la juventud, y pretendía un proyecto de ley en las cámaras para buscar la forma de retenerla, amaneció en una fiesta privada animada por una rumbera. Desde aquel día, la idea de la Panchita rumbera se transformó en una obsesión enfermiza que le puso al borde de la locura. Pasó meses enteros en los cuales sus pensamientos no tenían otra forma de expresarse que no fueran alrededor de tal disparate. Hasta ensayaba sus pasos de rumba en el baño; del baño pasó al corredor, y del corre-

dor a la acera, amenazando que terminaría bailando en el parque, si la Panchita no le bailaba una rumba como lo había visto en la fiesta de la juventud del Partido.

“No hay más que poner a la Panchita en una escuela de rumba”, recomendó el doctor Sinforoso Castrillo, dueño de la Farmacia “La Pastilla”, y amigo incondicional de la familia. El día en que la Panchita bailó la tan obsesionante rumba de don Inocencio Matusalén Cuadra y de las Torres, lo hizo con tanto ardor y tanta gracia, que el abuelo soltó un delirante grito de júbilo y cayó muerto en la alfombra atragantado por una angina de pecho que le cerró las coronarias para el resto de los días poniendo fin a su alboroto.

“Esta Paca jodida se voló a mi abuelo”, lloró Julián, el flaquito, ante los restos desmoronados del viejo.

Paca la quedaron llamando desde ese trágico momento en que un baile despampanante, sin más ni más se convirtió en desventurada tragedia. Y pensando que no había tiempo que perder, después de entenderse con Domingo Artola en sus rutinarias visitas al mercado, plantearon las condiciones, se juraron amor eterno y liaron las maletas para el Puerto.

“Ese pendejo de tu marido no te sirve más que para la cama”, recordó la Paca las expresiones de don Venancio Mendoza, quien hacía diez años, recién llegada al Puerto, le había obsequiado un destartalado bote para que Domingo Artola se iniciara en las labores de la pesca. Pero el segundo marido como el primero le había salido boludo, y pasaba horas, días, y meses enteros sin producir para un almuerzo. Arismendio, el se-

gundo de los hijos de Ariosto que cifraba trece años, parecía un muchacho listo, inteligente, preocupado por el destino de sus hermanos y el sustento de la casa, decidió ponerse al frente de los avatares de la pesca. Pasaban horas enteras esperando el pique, tensos, callados como los condenados a muerte esperan la llegada del verdugo en el segundo final que se convierte en siglos. No se atrevían aún a pasar al otro lado de los arrecifes, cerca de las boyas, donde los peces muchas veces viven muriéndose de hambre y no dejan calentar carnada. Seis meses más tarde, Napudonoselo, el número uno de Ariosto, que ya había aprendido a manejar el bote, abandonó la casa y se fue a rodar fortuna. Desde pequeño había sido inquieto, bebedor de aguardiente, fumador de marihuana y contador de chistes vulgares como su padre. “Vas a encontrar a alguien que te ponga el breque”, pensó la Paca, y con el tiempo y los nuevos hijos que iban naciendo, lo fue relegando al olvido. La familia aumentó rápidamente con los hijos de Domingo Artola: Hércules, Salvador y la Mengana fueron el resultado de tres embarazos seguidos que no dejaron tiempo para amamantar a los otros. “Vivís siempre cargada, como escopeta de hacienda”, volvía don Venancio Mendoza que la había hecho su comadre. “Es lo único que sabe hacer muy bien el pobrecito”, sonreía la Paca, maliciosamente resignada. “Lástima que no sea un semental de otra clase porque te lo compraría para mis vacas”, insistía el viejo desde su mecedora abuelita, paseando sus ojos de halcón por todo el cuerpo de la Paca que se había vuelto fuerte y rollizo, de una exuberancia a su edad que parecía una hembra de veinte.

Cuando nació la Mengana la Paca lo celebró

con una verdadera fiesta. Había sido la primera mujer desde su salida de Santa Teresa en su viaje de tránsito al Puerto. Ordenó que degollaran dos cerdos de los que estaban engordando para su venta a las fritangas de Managua, contrató varios conjuntos de guitarras y violines entre los mejores tocadores de Mesas Grandes, Las Tablas y Nandayosi, se brindó con cususa y se bailó toda la noche. A la hora de las peleas con cutacha, y los ardientes vivas a los primeros grupos de guerrilleros que habían insurgido en las montañas del norte, se había aparecido la autoridad representada por los jueces de mesta:

—¿Quién es el jefe de esta casa?

Don Venancio Mendoza, quien también había estado bailando El Sobaqueado y La Cucaracha con la mujer de Domingo Artola, viendo a los de a caballo, contestó:

—¡Aquí no hay jefe, jodido! ¡Lo que hay es jefa!

Y la hizo salir al frente de la autoridad entre una memorable carcajada. Desde aquella ocurrencia la Paca tuvo otro nombre.

Y mientras otros hijos de Domingo Artola venían al mundo: Marcos, Fermín y la Corinita, De los mayores de Ariosto: Arismendio y Dimas prosperaban, habían encontrado mujer y terminaban de construir sus propios ranchos en el mismo predio vacío, frente al mar, en donde como símbolo del clan, se alzaba orgulloso el de la Jefa.

La Paca no encontraba por donde coger la felicidad. Estaba llena de vanidad y segura de sí misma. Eran los primeros pasos en firmes de la familia, los primeros trofeos de su maratónica lu-

cha contra la vida, los primeros frutos que era capaz de cosechar la fecunda semilla de sus entrañas.

“Esos muchachos son de sombra —sentenció don Venancio Mendoza, su sempiterno admirador agitando el bongó de su barriga que había dejado atrás a la cintura—. Deben de ser hijos de gavilán, porque del pobre huevón de tu hombre, no sacaron nada”.

Pero, no pasó mucho tiempo sin que se sintiera mordida por la duda y el dolor, porque la dicha y la alegría pasan muy de prisa. Napudonose lo estaba más rayado que una papaya en el Hospital de León, y se debatía entre la vida y la muerte.

—¡Bárbaro! ¡Mejor hubieras nacido muerto que meterme en semejante vergüenza!”, le increpó la Paca, anegada en un mar de pena.

Arismendio intervino cuando su mama quiso arrancar la infusión de plasma a la que estaba conectado el moribundo.

—Déjeme, jodido, y respete a su madre, que este sacrilego de tu hermano, no merece seguir viviendo. ¡Eso de robarse una imagen milagrosa, no había pasado en la familia! Debieron haber dejado que lo lincharan en la plaza pública. ¡Se lo merecía por bárbaro, por Anticristo y por ladrón de iglesias! Y lleno de un profundo sentimiento de rabia y de temor, dio media vuelta de regreso al Puerto.

Desde aquella mala hora, la Jefe no volvió a ser la misma. Fue como si hubiese pasado bajo una escalera, o una manada de gatos negros provocándola se apostasen en su camino. Por la no-

che del mismo día de la infausta querrela de Napudonoselo con su propia conciencia, la Paca se vio atacada por una fiebre tan alta que sobrepasó los cuarenta y dos grados del termómetro, y fue necesario sentarla por largas horas sobre marquetas de hielo que resultaron derretidas en tiempo récord, y evidentemente inocuas para contrarrestar el infierno que el temor y la vergüenza habían encendido en la Jefa.

Tras la enfermedad, sobrevinieron un sinfín de desgracias. Los cerdos blancos, lucios, brillantes, gigantescos que Hércules y Dimas habían comprado para crianza en la Escuela de Agricultura de Tipitapa, dispusieron morir en una diarrea de sangre que no la paró nada, las gallinas rechazaron el trigo y el maíz y comenzaron unas a las otras a arrancarse y comerse las plumas, el flujo de viento que entraba por el estero y se enfurecía al pasar por la salinera de don Venancio Mendoza, arrancó el techo del rancho y fue volando los pedazos por toda la costa del Puerto, y se inició un invierno tan brutal que parecía que Dios había dado rienda suelta a un nuevo diluvio.

Meses más tarde, una de tantas noches en que la Paca estaba encandilada y no podía conciliar el sueño pensando en el premio mayor de la lotería, aunque todavía no había comprado el billete, en un instante en que quedó dormida, soñó con San Francisco de Asís. El santo entraba al Puerto montado en pelo, en un torete rechoncho, sin cachos ni cola, que se paseaba mugiendo por toda la costa, seguido de los que parecían ser los lobos del Santo. Pues era tal la ferocidad y los horripilantes aullidos con los que demostraban tal cosa, que la Paca sólo atinó a ver las fauces llenas de baba infernal y las grandes cabezas con los

ojos encendidos como los orificios del infierno. Recordando las viejas historias de su madrina, doña Joaquinita, la viuda, sacando sus propias conclusiones sustentadas en la infinidad de cuentos de caminos: hombres sin cabezas, carretas naguas, duendes y toda clase de boberías con las que los abuelos, y los tatarabuelos, de doña Joaquinita vivían matando el tiempo, mientras llegaban las horas de sentarse a la mesa y volver a la cama entre una sofocante rutina de historias. “Esto es bueno y es malo”, se dijo. De tal manera sus temores estuvieron tan de acuerdo con las predicciones de la Cuatro Pelos, con quien había consultado sus sueños que se preparó a esperar las incidencias de aquel endiablado rompecabezas. Sus sesiones oníricas comenzaron a repetirse casi todas las noches. Siempre estaban presentes San Francisco de Asís montado en el rechoncho torete, rodeado de cabezas de lobos, a excepción de la madrugada cuando amaneció la marea serenita, en que en vez de torete, fue un cerdo el que jineteaba San Francisco. Fue cuando le ordenó a Gerancio que bañara a Emiliano, y que dijera a la Corinita que en el bus de la Planta saldrían a buscar al Obispo de León para que rogara a Dios por ellos, y se dignara por el amor a la imagen robada, entrar a su rancho para bendecir pulgada por pulgada, y cristiano por cristiano, a toda la estirpe de la Paca anegada en la maldición por la herejía de Napudonoselo. “¡Que esa maldición que va a caer en este lugar, caiga en cualquier parte menos en mi casa!”, suplicó la Paca, de rodillas, ante al Virgen robada. Y sin decirlo en voz alta, pensó: “¡Que caiga pues, donde mi compadre, Venancio, que sólo tiene a Sal-vito a quien hacerle falta!”

El siguiente viernes, mientras don Venancio

Mendoza practicaba sus clases de guitarra bajo el ojo y la batuta vigilante de Ariosto Canales y de su compadre Domingo Artola, entre un “do” de bajo, y una “si” de altura en las coplas de Doña Sapa, el aprendiz de cantor se fue para atrás como queriendo alcanzar el estentóreo borboteo que se lo llevaba en el alma, y cayó como un barril de plomo sobre los brazos del compadre.

Después del funeral del compadre, aun cuando la Paca fue al dormitorio intranquila, con la conciencia dándole mordiditas en el corazón, donde se supone que uno tiene la conciencia, y en ese juego de corazón y recuerdos, de atoronzamientos y dudas que alteraron su elocuente y bien sincronizado apetito, en realidad, la Jefa, se sintió como si hubiese nacido de nuevo. Aunque anduvo cargando luto por don Venancio alrededor de una semana, el lunes siguiente amaneció con los labios llenos de carmín, las restauradas mejillas con coloretos de tono encendido como el que la Corinita comenzaba a usar en sus ingenuos arranques de coquetería, y el cabello ensortijado ni más ni menos como si saliese de un salón de belleza lista para asistir a un festejo. “A la mierda todo mundo”, se dijo ante el espejito de mano con adornos dorados que le había obsequiado tímidamente el compadre cuando oyó decir, que los dos maridos iban emparrandados hacia las fiestas de Carazo, y un camión de transporte los había dejado destripados en la intersección de Las Esquinas y San Marcos. “Esto se acabó”. Pero, en verdad lo masculló con temor. Tuvo la sensación que se estaba engañando a sí misma, que se estaba tendiendo una trampa de optimismo que no tenía sentido, porque sus presentimientos de animal a la defensiva, de mujer que se había hecho sola, acostumbrada a intuir y ha-

cer cambiar de rumbo los más extraños acontecimientos, apuntaban en otra dirección. “¡Dios, qué tonta soy! ¡Mi bola de cristal me está diciendo otra cosa!”, se tocó la cabeza. Y en vez del vestido con flores rojas y amarillas, y el fustán de flequillos, y los zapatos tacón alto, y la cartera de terciopelo rojo con aplicaciones de lentejuelas que había sido de la Rosenda, y las largas trenzas que terminarían con un listón rojo en las puntas enrolladas en la cabeza, la Paca se puso su camisa kaki, su falda de manta de la india, sus sandalias viejas, y se restregó la cara como quien se restrega el alma a la hora del arrepentimiento. Se recostó en la hamaca de cabuya que estaba frente a la glorieta, y se quedó pensando en nada.

Había transcurrido un año desde el desventurado atragantamiento de don Venancio Mendoza. La herencia de la salinera se convirtió en una maldición que fue repartida por el banco entre intereses vencidos que se fueron acumulando por años, y abogados interventores que interpretaron cartas y evidencias garabateadas que se convirtieron en documentos legales. Entonces fue cuando los vecinos del Puerto se dieron cuenta quién realmente era don Venancio Mendoza. No solamente el hartón que se comía un pargo de diez libras en una sola sentada, no el cascarrabias usurero que andaba vigilando día y noche, tratando de conservar en buen estado, las paredes de negro barro que formaban el embalse de las aguas que bajaban por el estero, ni siquiera el explotador que vivía del sudor del lomo de los trabajadores del Puerto, porque el calumniado difunto había rebasado todos esos adjetivos. Había sido el banco, había sido el médico, había sido la empresa que daba vida económica al Puerto

con su rústica salinera, y su incipiente y no rentable explotación lechera, que para don Venancio Mendoza el simple hecho de conservarla, tenía el mismo significado sentimental que la posesión del arma que había portado el abuelo durante los enfrentamientos entre liberales y conservadores, o la conservación del anillo de oro de matrimonio con el que había muerto su madre.

El tiempo devoró los meses, y los meses hicieron lo mismo con los deseos, las ilusiones y las esperanzas de la gente del Puerto. Los gerentes que fueron cambiados varias veces antes de que el anterior se ambientara, porque nadie quería estar en ese infierno de soledad y abandono, fueron sustituidos por el deterioro de las bodegas, el agotamiento de los molinos de martillo y la destrucción de los embalses. Las carcomidas paredes fueron arrancadas por el viento, y la sal, almacenada por semanas en una rutinaria reposición de inventarios, fue trasladada al mercado de León para rematarla al martillo, en un acto que hubiese atragantado mil veces al desdichado compadre.

Con el cierre de la salinera, se había agudizado la pobreza en el Puerto, y con la pobreza, nuevamente la mala suerte deambulaba campante en la casa de la Paca Artola. “La jodidita se fue con esa puta”, pensó la Paca con amargura. La Rosenda había regresado repentinamente a los brazos de Tencho: “Estoy arrepentida. He sufrido mucho. Ahora sí sé cuánto te quiero. He tenido que trabajar como un hombre, chapeando y cortando leña desde que me fui de tu lado. He soportado hambre, frío, enfermedades y una falta de tu cariño que me tenía loca de angustia. Perdoname. Te juro que no me iré nunca más”, ha-

bían sido las súplicas entre sollozos que hicieron sentir a Tencho, el ser más feliz de la tierra.

Ese mismo domingo en la mañana, los tortolitos fueron a León. Con parte de los ahorros del chanco, que habían pasado sacando toda la noche con un cuchillo delgado para no romper la alcancía, Tencho le compró un vestido de tafetán azul y amarillo, dos calzones de seda con maripositas azules y rojas a la altura del pubis, un par de sandalias doradas de la última moda y una gran cartera de mecate, importada de Guatemala. El domingo siguiente, mientras Tencho atendía la llegada del Gerente de la Chevrón a la casa de veraneo, la Rosenda se fue de viaje para siempre. Iba acompañada de la Corinita, el sexto retoño de la Paca Artola. Llevaba puesta la camisa deportiva que Marcio le había traído a Tencho de Miami, en donde se le dibujaban las tetas en forma provocativa, y el pantalón que el enamorado marido mantenía guardado en el fondo del cofre. La exuberante viajera, retocó su abundante y salvaje cabellera peinada al afro, con los anteojos de medida de Techo, que lucían coquetas sobre el flequillo rubio que se había peinado en la frente. Todavía pensando en las frases de fidelidad y amor eterno con que había regresado Rosenda, Tencho rumió desesperadamente, aquella su vigilia sin fin que ya casi había superado. “Gallina que come huevo, aunque le quemén el pico”, le brotaron las lágrimas cuando escuchó el mensaje que descifró Salvito extraído de un montón de garabatos. Y salió volando a darle noticias a la Paca, que había pasado en las mismas, imaginando lo que venía temiendo con las inquietudes eróticas de la Corinita.

—Gracias, Tencho, ya lo sabía —contestó—. También me dejaron una carta como la tuya.

—¿Lo sabe Domingo?

—No lo creo. Ni se lo voy a decir. ¿Para qué? Ve las cosas como si no fuera su padre.

—Quizás se arrepientan y sólo den una vuelta por León.

—No lo creo.

—Lo digo, porque si se fue con la Corinita...

—Podría ser, dijo la Paca, con sarcasmo, dejándole con el resto de palabras en la boca, porque vio a los dos maridos que venían dando tumbos por la costa bajo el influjo de una soberana borrachera. Desde lejos le llegó la letra de las coplas picantes y el chapaleo de la risa:

*“Las mujeres de este tiempo
son como la levadura,
apenas les dicen linda
se les sapla la montura,
se les sopla la montura...”*

“Pobre, Tencho. Todo viejo para pendejo”, seguía pensando la Paca.

VI

Los años pasaron de prisa. La lucha por la vida y el sufrimiento cambiaron el perfil femenino y atractivo de la Paca, por una vigorosa figura de madera que infundía respeto. El hacha del tiempo había derrumbado con crueldad insólita, la exuberancia de sus enormes senos y la campanada de su risa. Había que verla en su diario trajinar doméstico sobre el bote a media madrugada con el anzuelo, y el harpón, y el trasma-yo tratando de enredar los peces, casi a mar abierto, en el centro de la bahía, donde los prácticos colocaban las boyas para guiar a los petroleros a su acople con el oleoducto del Puerto. Por momentos le parecía que en ella había reencarnado otra Paca, con más ardor, con más coraje para buscar el lado flaco de la vida, para hacerla doblar bajo su ardiente corazón invencible.

Había aprendido a luchar bajo una permanente e inconmensurable cadena de sufrimientos. Un peso que llevaba sobre sus hombros ligado a una invulnerable actitud de resignación que ya formaba parte de sí misma. Se sentía que no podía ser ella, que algo extraño estaba sucediendo en el normal transcurrir de su existencia, cuando los vampiros de la zozobra y los zopilotes de la

inquietud abandonaban los intrincados y recónditos laberintos de su cerebro para dejarla cavi- lar tranquila. “Nací para sufrir y dar vida a la vida”, solía contestarse cuando su urgente nece- sidad de respuesta se convertía en punzante aci- cate en el insondable océano de su mente. Algu- nas veces veía a sus hijos como si no fueran su- yos, y éstos llegaban a imaginarla como una co- pia hecha al carbón del santo patrón de algún pueblo, o la estatua de un museo ilocalizable en la memoria. El golpe de los remos, y el formón del tiempo que había caído inclemente sobre su humanidad de roble tallaron protuberancias de raíces a lo largo de los pequeños brazos color de mangle que contrastaban con el tono moreno que- mado de su fuerte cuello de luchadora, en donde el vaivén del bote y el peso del dolor sin término habían marcado sus huellas, dejándolas expues- tas como en la vitrina de una tienda de imágenes. La Paca Artola, a ratos, sentía la misteriosa sen- sación de no ser la Paca Artola, mujer de Domingo Artola, por ejemplo, sino una especie de visi- tante de sí misma, con el nombre de Paca Artola, metida en esa nueva envoltura de madera talla- da, y con esa estructura de constelación dentro de la cual giraba el sistema vital que había entre- tejido en su mente. A pesar de que el oleaje de la familia, golpeaba con increíble violencia el rompeolas de su imaginación, ella permanecía alerta y dispuesta con el timón en las manos so- bre la dirección adecuada.

A ráfagas, como en una corriente eléctrica que se interrumpe por un desperfecto mecánico, acu- dían al conmutador de su cerebro, las imágenes dolorosas, apasionantes, difusas y hasta risibles de su descendencia que en materia de enfrenta- mientos con la existencia, cada quien vivía el pro-

pio juego calidoscópico que había heredado de la Paca, pues mientras Arismendio y Dimas estaban metidos en la fe y repartían su tiempo entre la pesca y la búsqueda de huevos de tortuga, durante las fases de cuarto creciente que coincidían con los días de lluvia, la Mengana iba y venía con sus urgentes e instintivos apareamientos ocasionales, que eran como un grito de la herencia genética y Salvador le ayudaba a Salvito a reavivar los últimos terraplenes que formaban los embalses del pedazo de salinera que le había dejado el banco. Hércules, después de su fracaso con la crianza de cerdos que le había frustrado el huracán, formó una banda de abigeos con Napudonsel y Marcos, a quien le apodaron el Flojo, se fue por el lado de Cosigüina, Rancherías, El Sauce, Telica y San Isidro, saltando de un lugar a otro, en una santa alianza con los destazadores clandestinos que habían conectado todos los poderes del robo en una larga cadena de pretextos que no tenían nombre.

“Gracias a Dios Fernando nació muerto”, se dijo, dando tres remadas que la pusieron a salto de playa enderezando el bote, y haciendo tiempo al ejército de la Mengana, para que lo empujaran hasta la orilla de la glorieta.

Mientras descargaban los pescados, siguió pensando en Fernando. Se le metió entre ceja y ceja, que el Señor le había dado el encargo de ser algo así como el ángel de su guarda. El mismo día en que lo enterraron en el lote de la familia, el ánima del niño había comenzado su trabajo deteniendo una bala perdida que quedó ensartada en la Biblia que asía entre las manos a la altura del estómago. El muchacho que había sido el dolor de cabeza de la Paca desde que tuvo

la certeza de haber quedado encinta, no paró de serlo jamás hasta los diez meses y dieciocho días en que fue expulsado del vientre como la granada de un obús de grandes dimensiones que provocó el alarido de la madre seguido del derrumbe de su conciencia.

Por vez primera, sin tomar en cuenta la autorizada opinión de la Jefa, ante el estupor que había hecho sobresaltar a las veinticuatro comadronas, que llegaron de todos los lugares ante el fenómeno increíble del garrafal embarazo que medía noventa y cinco centímetros del pubis al ombligo, las decisiones las tomó la Corinita. El cuerpo del enorme cabezón, con las características humanoides de un marciano, fue mantenido incorrupto bajo el efecto de la formalina, y de rigurosos lechos de ceniza, hasta que la horrorizada madre abrió los ojos para volverlos a cerrar casi al instante: Fernando, el revolucionario, sobrenombre con el que le había pre-bautizado don Venancio Mendoza en caso de que el nuevo cristiano fuese macho, tenía la cabeza de un sajurín, y los ojos de una lechuza, y los brazos como aletas de tortuga, y el resto del cuerpo terminaba en una cola de guarasapo, que obligó a deducir a la Paca si durante los días de gestación no habría visto alguna cosa terrible. Dio gracias a Dios que Fernando, el revolucionario, no hubiese visto nunca la luz maléfica del condenado mundo en que vivía. El colmo de la mala suerte de Fernando, el revolucionario, había sido la amenaza de nacer sin padre legítimo en el caso de que hubiese vivido, porque las malas lenguas la habían venido calumniando de la manera más hipócrita y solapada con el compadre Venancio que sólo atinaba a contestar: "Déjalos. Cuando nazca van a ver que también tiene cara de títere de circo

como los otros. Se van a dar con una piedra en los dientes”.

Aquella mañana, después de su regreso de la pesca, encontró que Hércules, Marcos y Napudonoselo estaban esperándola en las hamacas de la glorieta. Usaban vestidos de milicianos y parecían felices inmersos en un mundo de disipación y abandono. “¡Dios mío!”, exclamó la Paca. “¡Si hoy es día de mi santo!” Y recelosa, pero con cierta alegría instintiva de leona vieja ante el inconfundible olor de los cachorros, abrazó a los muchachos que se lanzaron sobre ella y la sacudieron con la suavidad de la brisa en una mañana de sol invernal.

—Estás bien, mama.

—Como Dios quiere, y nada más.

En el cañón de la carabina de Marcos estaba ensartada una flor de avispa colorada que la Mengana se había quitado de la oreja.

—¡Cómo han crecido estos jodidos! —dijo Domingo Artola, dando vueltas alrededor de la Paca mientras descamaba los peces.

—Venimos a la fiesta del día de tu santo —dijo Marcos.

La noticia del regreso de los muchachos corrió de boca en boca por todo el Puerto. La gente comenzó a pasar por el camino para verlos de cerca. “¿Qué será de Napudonoselo? ¿Cuántas iglesias más se habrá robado?”, se preguntaban. “¿Y de Hércules, qué? Por lo menos, hasta que abandonaran el Puerto, las hijas menores y hasta las hembras viejas con sus respectivos maridos, deberían temer el ataque de aquel depravado sexual que no respetaba nada. “Tengo una lista larga

de todas estas putas, o se quedan calladas o las pongo a la orden de su querido”, decían que decía con cierto resentimiento patológico que para la Paca era un misterio.

—¿Qué tal te estás portando? —dijo a Hércules.

—¿Yo? Bien, mama. Sin problemas.

—¿Y de aquéllo?

Encogió los hombros con un gesto de yoquepierrezmo.

—Acordate que sos hijo de mujer.

—Allá parece que viene la Corinita, contestó Hércules, señalando al lado de la Planta.

—Sólo falta Gerancio. Los otros están aquí, en el Puerto —aclaró Marcos.

—El año pasado sentí mucho no haberlo pasado contigo —volvió Hércules.

—No se podía menos, hijo.

—Bueno. Ahora fue distinto, mama. Vamos a pasar felices a tu lado.

—¡Cuánto no diera yo para que volvieras a la casa y dejaras eso.

—¡Ay, mama! Tal vez más tarde. También he estado pensando en lo mismo. ¿Te acuerdas lo de los chanchos? ¡Los chanchos me hicieron mierda!

—¡Ah, sí! Pero eso ya pasó. Debes pensar en otra cosa. No puedes seguir robando ganado y violando mujeres toda la vida.

—Tienes razón, mama.

Y se quedó pensando en el gran negocio de chanchos con el que había soñado antes de convertirse en cuatrero. La Testaruda y el Testarudo, la primer pareja de reproductores, a los catorce meses se convertirían en nueve chanchos, a los dieciocho en dieciséis, a los veintidós en veintitrés, a los veintiséis en cincuenta y ocho, y a los treinta en ciento diez chanchos, y así sucesivamente hasta convertirse en el chanchero más famoso y más rico del país, a quien tendrían que visitar en sus propios chiqueros, modernizados con todos los adelantos habidos y por haber, los mejores chancheros del mundo. Sus porquerizas gozarían del privilegio de tener los mejores chanchos enrazados, en donde los cruces del chanchito chele de América del Norte con el chanchito rojo de la Unión Soviética, y el chanchito amarillo de Asia con el chanchito negro de Africa, y el chanchito color de tierra de la India con el chanchito color de muerto de América del Sur, darían una mezcla de sangre que las morongas se ofrecerían al gusto de los gustos de cada cliente, dejando las más extravagantes demandas para el cruce de los cruces de los cruces, que servirían como un artículo de lujo del más refinado paladar, con el propósito de buscar divisas que contrarrestaran el proceso inflacionario producido por el Dictador. Toda la tarde había pasado pensando en los chanchos.

“Ese hijo de puta huracán con lluvia, se cagó en mi estampa”, despertó Hércules de sus sueños cuando ya había comenzado el alboroto.

Como todas las madres, la Paca estaba gozosa yendo de uno a otro extremo de la casa, donde nuevos cuartos mal ubicados habían sido construidos para el ejército de la Mengana que con-

tinuaría creciendo sin tregua, según cálculos conservadores. Le pareció una cosa extraña que no faltara nadie al onomástico y que algunos tuvieran que llegar desde tan lejos, como la Corinita que era famosa en los clubes nocturnos de San Pedro de Sula y Tegucigalpa, bailando rumbas y zambas, y pasos dobles, y congas, y mambos, que había aprendido instigada por los cuentos de la Paca con don Inocencio Matusalén Cuadra y de las Torres: “un paso para acá y otro para allá. Uno para abajo y el otro para arriba. La cabeza adelante y el rabo para atrás”, en un alarde de alteración de la verdad que despertó la vocación de la muchacha. “Arruiné a la Corinita por andar hablando mentiras”, se quejaba la Paca, suponiendo que había sido la causante de haber desencadenado el terremoto bailable del cual vivía la muchacha en los fugaces días de suerte.

También estaban por ahí Salvador, Fermín y La Calandria, su mujer con cuatro de sus hijos mayores, Arismendio con Salvito y María, la renca, Tencho que una vez más había recibido a la Rosenda con los brazos abiertos y el chanco de la alcancía listo para sacarle las monedas con el cuchillo. La Corinita llevaba horas en el espejito de la pared haciéndose un cachito en la frente, y depilándose las cejas. En un destartalado Ford del Año del Humo, sin silenciador y haciendo el estruendo de una piara de cerdos desbocados, se apareció Gerancio Canales, la Escualida, con sus amigotes de toda calaña, enguitarrados y con el aparato de sonido de la Chorro de Humo, dispuestos a meterle doble transmisión a aquel cacharro de fiesta, que más que a día del santo de la Paca, despedía un olor a velorio.

Mientras la Escualida corría de uno a otro la-

do, halaba un taburete, componía un florero, colgaba un festón multicolor de los que había traído de Managua, daba la receta acerca de la clase de revoltijo espirituoso el cual deberían beber las mujeres, y opinaba sobre sus experiencias culinarias acerca del tamaño conveniente que correspondía a los nacatamales a fin de que alcanzaran para todos, y la Corinita seguía tras de él, cumpliendo sus más excéntricas órdenes, como la cola sigue al perro, y el perro al dueño, y el dueño a sus más disparatadas decisiones como era el caso de la Escualida, la observadora Paca, entrando ya bajo el alero de la chochera, comenzaba a confirmar sus temores de que Gerancio era una equivocación de la naturaleza. Pues según los achaques del embarazo, el tamaño de la barriga y los dolores del parto, debió haber nacido mujer y le salió macho, aun cuando con el correr de los años, la mariconera de la Escualida, vino a darle la razón a sus sospechas. El orden de nacimiento de los hijos con Ariosto Canales había sido el siguiente: Arismendio, Napudonoselo, Gerancio y Dimas, y con Domingo Artola, confirmando el orden: Hércules, Salvador y la Mengana, luego Marcos, Fermín y la Corinita. De tal manera que Gerancio, el número tres en la primera tanda de la Paca con Ariosto, ya matabán y con pelos en el sobaco, metido dentro de la inconfundible cara de palo que era la marca de fábrica de la familia, sin el más leve indicio de que le interesarán más los hombres que los animales del sexo contrario, en determinado momento, y debido a esa extraña, complicada y truculenta alquimia de hormonas en la que lo había enredado el destino, vino resultando fallado como la fallida crianza y engorde de chanchos y la comercialización de las morongas del chanchero más poderoso del

mundo, confirmando el determinante sino de la prole de la Paca de que de cada tres hijos venidos al mundo, el tercero salía mujer.

Ya casi al amanecer, a la hora en que los alegres hijos de la Paca hacían un solemne enredo con los apellidos de los maridos de la Jefa, presentándolos a los amigos como Ariosto Artola y Domingo Canales, e incluso, se llegó a remover la memoria de don Venancio Artola algunas veces, y de don Domingo Mendoza, otras, sin que dejasen de caer en el enredo de don Ariosto Artola cuando saltó a relucir el cuento de la salinera de don Venancio Mendoza y de quien todavía se comentaba aquella su cómica despedida del mundo ingrato y traidor con su famoso “sí” de altura, se apareció Emiliano, el Benjamín de los Artola, el único hijo modelo de la Paca. “Ahí está Emiliano —vivía diciéndole a los otros—. De toda esta porquería de hijos que tuve, es el único que vale la pena”. De tal manera que la vivía embohando la idea del por qué los rusos y los yanquis, en vez de vivir lanzando cohetes al espacio que era propiedad de Dios, y exprimirse el cerebro inventando armas atómicas para aumentar la masacre, no se les ocurría invertir unos cuantos millones de córdobas, la moneda dura por excelencia, representando a la mejor economía del mundo, para inventar una fórmula revolucionaria que permitiese a parejas como la suya, traer al mundo solamente hijos únicos, pero que además de hijos únicos, también fueran hijos últimos, para que todas las parejas amenazadas con hijos malos como la suya, no tuvieran hijos malos, y todos los hijos fueran hijos buenos como Emiliano, el puro, que no fumaba, no bebía, no iba al cine, no tenía novia, no tenía suegra, casi no tenía con qué vestirse, casi no se rasuraba porque casi no tenía

pelos en ninguna parte del cuerpo, casi no pisaba el suelo cuando caminaba, de tal manera que parecía un ser ingrávido, un alma de Dios, un espíritu angélico que lo afectaba todo, lo paralizaba todo, y siempre llegaba a última hora a todas partes, como había sucedido con la fiesta del día del santo de la Paca, que se apareció en la madrugada cuando todo el mundo estaba tirado en la playa, cogidos en una solemne borrachera y entre la penumbra de la madrugada sólo se veía la figura descolorida y achacosa de la pobre Paca Artola que andaba recogiendo las cosas del piso, y sólo se escuchaba el desvencijado coro de coplas picantes que a rastras, y por entregas seguían cantando, como por un asunto de reflejos condicionados, los dos maridos de la Paca, que habían hecho trizas sus guitarras de talalate en cada una de sus cabezas, en una discusión que comenzó con los tragos y terminó con el llanto en un mar de recriminaciones y disparates que era para morir-se de la risa.

Ahora que todo había pasado, y sólo quedaba el basurero de las hojas de nacatamales, y los vidrios de las botellas rotas diseminados por todos los puntos de la casa, incluyendo la glorieta y el pon-pon colectivo que había hecho instalar don Venancio Mendoza para contrarrestar la peste de las moscas, y el olor a excrementos humanos que deshumanizaban la vida del Puerto, cuando todos se habían ido y quedaban los que tenían que quedar como la Mengana con su ejército de muchachos famélicos, jodiendo y correteando día y noche, hasta sacarla de quicio y hacerla estallar de rabia, quejándose de que no valía la pena vivir tanto para gozar tan poco, y ahora también que Ariosto Canales y Domingo Artola abrazados al cornudo de Tencho que había llorado in-

consolable toda la noche de la fiesta, por la despampanante Rosenda, estaban tirados sobre la arena del patio como una sarta de peces muertos, la Paca desfallecida por un profundo acabamiento en el que trotaba la vigilia del largo día de fiesta y sesenta y tantos años de sobresaltos, se dejó caer sobre la hamaca de la glorieta. “Estos bárbaros son irredentos”, reflexionó. “Yo que creí que habían cambiado en algo”, agregó con desilusión mientras el sueño le cerró los ojos y quedó prendida nuevamente en sus horizontes de tristeza.

VII

Cinco años más tarde, en el Día Universal de los Derechos Humanos, Hércules Artola fue dejado en libertad después de una condena de tres, para cancelar deudas con la justicia. Como era su costumbre, había regresado al Puerto, de pronto, sin el más leve aviso. De tal manera, que la sorpresa de la Paca fue tan grande, que se encendió en una fiebre de cuarenta, seguida de una diarrea emocional que fue necesario atenderla algún tiempo con idas y venidas al dispensario de la Planta.

Por primera vez en muchos meses se le habían asomado las lágrimas. Ya hasta estaba convencida de que su lacrimal estaba marchito de tanto llorar día y noche, mientras continuaba reposando como en un silabario que la existencia es una solemne babosada, no precisamente color de rosa, sino que con sabor a lágrimas, a cruel abandono, a maridos irresponsables, a hijas putas y a hijos cabrones, que como a Juana de Arco, la habían comenzado a cocinar en vida. “Sólo volviéndome loca podré liberarme de todo esto”, creyó la Paca que era la fórmula única con qué protegerse del dolor. Desde el día de esa feliz idea, soñó repetidamente con la locura. Llegó a creer

de tal manera en ella, que la materializó en su imaginación con tanta fuerza, que un día de tantos en vez de preparar el desayuno para once que era el número de familiares que vivía bajo el alero de su rancho, lo sirvió para la docena, y fue tal el enojo de la Paca porque no encontraban un taburete en dónde sentar al del número equivocado, que Domingo Artola creyó que la Paca había perdido el juicio, y optó por seguirle la corriente para que no empeoraran las cosas.

—¡Con qué estás libre, mi muchachito!

—Gracias a Dios, mama.

—¡Qué bien!

—Te quedarías sorprendida si te confieso algo.

—¿Sí?

—¡Pasé la mejor carceleada de mi vida!

—¿Sí?

—¡Aquello fue como que hubiese estado en la Universidad! ¡Aprendí en puta, mama!

—¡No me digas que aprendiste a robar cajas de seguridad en los bancos!

—No, mama.

—¿A falsificar billetes de mil? —sonrió la Paca pensando en lo que podría haber planeado, Hércules, el industrial, con aquella su mente de millones.

—Mejor que eso, mama.

Y empezó a narrarle sus experiencias en la celda de los políticos en donde le habían metido para que sirviera de informador del alcaide. Pero Hércules que era un hombre de futuro, cuan-

do entró en confidencias con don Bermellón, con ese espíritu independiente de criador de chanchos, y de salteador de mujeres, y de ladrón de ganado, en el que todavía quedaba espacio para cualquier otra cosa, comenzó a absorber los dilatados discursos de don Bermellón. En adelante, fueron los presos políticos los que obtuvieron una información detallada sobre las intenciones del alcaide.

—Soy un hombre nuevo, mama.

—¡Ajá! ¡Sos un hombre nuevo!

Y comenzó a buscarle por todas partes, porque a pesar de que más o menos estaba segura de las intenciones de Hércules, aquella paladina confesión no dejaba de anegarla en cierto mar de confusión que la hacía entrar en sospechas, suponiendo cosas de Hércules como supuso Domingo de ella, con el asunto de la nueva huésped del taburete.

—¡Ajá! ¿Y cómo es esa cosa del hombre nuevo?

Y se dejó venir con sus fantásticas historietas de nunca acabar, volando sobre aquella imaginación exuberante que lo había conducido al descalabro, y que era una herencia inconfundible de su progenitora.

En menos palabras de las que contiene un telegrama de pésame, el Hombre Nuevo dio su propia versión de lo que eran las luchas revolucionarias, con sus peligrosas ideas de subversión armada, de cocteles molotov y bombas zaguaneras con las que se presagiaba la derrota del dictador más vergonzoso y más despótico que había parido la tierra, y que hacía temblar a la oposición con sus

dos tanques Sherman de la Primera Guerra Mundial, y su numerosísimo ejército de siete mil soldados, que durante las manifestaciones de fuerza con que celebraban el Día del Ejército no paraban de desfilar, con sus rifles Garand al hombro, y sus yataganes a la cintura, y sus cantimploras de aluminio, y sus cascos de acero, y aquellas sus dispendiosas obesidades de tanto no hacer nada, animado por la banda de música con sus pitoretas brillantes, sus ruidosos tambores y sus azules uniformes almidonados soñando con una guerra de soldados de chocolate en vez de una confrontación de verdad, y que tal como lo proclamaba don Bermellón, tenían que ser derrotados deberían ser destruidos para dar sitio a un gobierno de justicia social, de trabajo edificante, de prosperidad y de convivencia pacífica, en donde cada muchacho viniese al mundo, realmente y no de puras palabras, con el bollo de pan bajo el sobaco, y todo fuese como una fiesta permanente en la que liberales y conservadores, blancos y negros, moros y cristianos, dejaran de vivir matándose como perros y gatos, y rumiaran juntos una felicidad de lotería.

En la misma celda de don Bermellón, quien era del Partido Comunista, y por el cual llevaba el sobrenombre, estaban también los del Partido Conservador, a quienes el Dictador acusaba de rojos camuflados, y contra los que don Bermellón soltaba su veneno exactamente en sentido contrario debido a su condición de burgueses, y con los cuales había compartido por siglos allá en el trasfondo de su historia familiar, cuando el tatarabuelo recibió por encomienda miles de caballerías de tierra y cientos de indios, con los que había montado su feudo: casas de montepío, haciendas de ganado, tiendas de telas importadas

de todas partes del mundo, bancos como los bancos sin reservas y monedas sin valor que tampoco servían para nada, además de los pequeños gustos de las casas de putas para ahogar el sinsabor del aburrimiento casero que no podía distraer el parque. Pero los cambios en el mundo y la competencia en los negocios, le habían traído a menos y lo había perdido todo, menos el nombre que como un eco del trasfondo de la historia familiar, todavía bosquejaba un famélico y tímido orgullo que usaba como modulador del hombre nuevo, como su punto de referencia en el cambio, como su moderador de todas las pasiones de las pasiones con lo que vivía estimulando la tambaleante y achatarrada pasión de su lucha.

En semejante enredo ideológico era que Hércules Artola evitaba terciar. Seguía sin entender esa alquímica relación en que se enfrascaban sus compañeros de celda, entre hombres y colores, y entre colores y países, y entre países y ametralladoras, aviones, bombas, cañones, soldados, batallones, tanques y una interminable lista de cosas, para venir quedando en nada.

“Te juro mama, que soy un hombre nuevo”, repetía con tanto aplomo, que la Paca llegó al extremo de creerlo. Desde aquella inesperada visita de su doble físico que además era también una borrosa copia de su atolondrado temperamento el hombre nuevo se quedó llamando el Hombre Nuevo.

Hércules Artola estaba realmente pagado de sí mismo con el espectacular cambio mental que había sufrido su vida. No podía poner en tela de duda lo que don Bermellón había sido para él. Dentro de la cárcel le había convertido en un hombre útil, le hizo sentirse un hombre ejemplar,

y hasta le llevó a desarrollar un ambicioso proyecto de confianza en sí mismo, que de pronto lo hizo llegar al convencimiento que la Paca además de sinvergüenzas también había parido un político. Fue cuando concibió su fantástico plan publicitario para impulsar su plataforma de gobierno. Compró una radio y luego una rotativa de cincuenta mil ejemplares. Integró el proyecto a una red de teletipos y un centenar de agencias noticiosas. Contrató redactores, fotógrafos, corresponsales, prensistas, armadores y agentes que con el dinero de las acciones vendidas por la sociedad anónima de su fantasía, darían vida permanente a la Presidencia de la República del Partido del Pueblo con la que soñaba don Bermellón, y con la que el Hombre Nuevo había comenzado a elucubrar mientras se encontraba en la cárcel. Le había resultado tan fácil la estructuración del plan para montar la empresa que los compradores de bonos para soportar los gastos serían resarcidos después del triunfo con toda clase de prebendas entre quienes hubiesen avisorado el futuro convirtiéndose en visionarios del paraíso. Dentro de los planes fantásticos no quedaba afuera la reforma agraria, y la reforma urbana, y la lógica, justa y bendita reforma tributaria que sería puesta en práctica por los administradores del reino de la abundancia, tomando las tierras de los otros, y las casas de los otros, y las rentas de los otros, para sus propios programas, lo que sobre el carro de la victoria debería llevarse adelante, hasta las últimas consecuencias, bajo el ordenamiento de decretos meticulosos, inteligentemente preparados. Leyes que serían la excepción de la regla, en las que no se dejaría nada al garete. Sería pues, un gobierno que haría historia, y en el que ésta se escribiría al derecho y al revés, como

nunca en la puerca vida de la nación se había hecho, y que podría alterarse, claro está, si tal cosa fuese pertinente y necesaria para el prestigio y conveniencia de la línea estratégica del partido.

“Hasta me voy a conseguir una niña fifi de las de la Calle Atravesada, para que mis descendientes sean también presidentes como yo, y usted sea la mama de un presidente, y la abuela de otro presidente, y la tatarabuela y contratatarabuela, de los nuevos presidentes de la tercera, cuarta y quinta generación, de esta tierra libre, soberana e independiente, hasta la consumación de los siglos”, vivía desvariando el Hombre Nuevo.

Esta postrer confesión, que para la Paca era como una lección aprendida de memoria con quién sabe qué diantres que le habían calentado la cabeza, fue lo que la puso al borde de un colapso cardíaco, y con el barreno de su imaginación comenzó a desenterrar a don Indalecio Matusalén Cuadra y de las Torres, a quien había oído jurar haciendo las cruces con los dedos de la mano derecha: “No, honorables notables de este partido. Olviden esa idea absurda que no tiene asidero razonable por cualquier lado que se la busque. Como lo he vivido repitiendo, lo confirmo: la Presidencia de la República es una dama encopetada, puta pero digna, que no ha nacido para acostarse con un negro cualquiera”.

Fue en esos días en que los alzados en armas dieron el primer golpe de padre y señor mío al Dictador, y los cimientos del gobierno temblaron como una viejecita friolenta. El Hombre Nuevo regresó bajo el más estricto secreto a los brazos de María, la renca, y allí esperó, pacientemente, hasta que se vinieron aclarando las cosas.

VIII

De ese período de invernadero al que la sicosis de persecución política había obligado al Hombre Nuevo, nació Espartaco, el hijo número trece del candidato a Presidente de la República, y nieto número cuarenta y cinco de la Paca Artola.

Como el pobre Fernando, el revolucionario, Espartaco Artola tenía los días contados y apenas podía sostenerse derecho. Mientras que la abuela suponía que el exceso de alcohol y el terror a la cárcel del Hombre Nuevo, eran los causantes de que el niño hubiese nacido con problemas, el Hombre Nuevo achacaba toda la mala y enrevesada suerte de su hijo, a la fecha del calendario, al día de la semana y al coincidente número de la prole. “No es que crea en gatos negros o en viernes trece, pero ya ves, María, el muchacho salió movido”, vivía renegando con amargura.

Aquella mañana, después de sus largos viajes a la capital, en los que pasaba meses enteros bajo el entrenamiento político y el lavado de cerebro de don Bermellón, el Hombre Nuevo venía acompañado de María, la renca, a visitar a la Paca. “Desde que enterramos a Poncho no te hemos visto la cara”, decía la mujer, y continuaba apo-

yada en el mango del bastón, mientras daba un respiro a su pierna de trapo. Luego, proseguía aquella deprimente rutina con su andar de pájaro al que le hubiesen roto las patas.

“Si uno tiene un hijo movido de nada le sirve ser presidente”, farfulló el Hombre Nuevo.

Y quedó como confundido en el maremagnum de sus ideas que habían comenzado en la cárcel y que según María, podrían llevarlo al manicomio.

“No es lo que dice la gente —siguió farfullando— que el Presidente de la República tiene poder para hacer cualquier cosa”. Se le ocurrió que quizás aquella sentencia tuviese mucho de verdad, pero que tal vez ni siquiera lo hubiesen intentado, de tal manera que en el programa político del Partido del Pueblo deberían incluirse artículos y apartados muy concretos que trataran el problema de los hijos movidos, porque si no era posible concluir con una evidencia de que el poder del pueblo, de un hombre del pueblo, y de un partido del pueblo como el Partido del Pueblo del Hombre Nuevo y de don Bermellón, era incapaz de resolverlo todo, incluso lo de estos desventurados hijos, no debería seguirse propagandando como el partido del poder que todo lo puede. Tal pretensión era como una herejía, y peor aún, una tontería contra la buena fe del pueblo, que además de otro huracán, y otra plaga como la que se llevó los chanchos, podrían convertirlo en el hazmerreír que haría zozobrar cualquier candidatura a la presidencia, y cualquier futuro político por muy prometedor que pareciera.

—Dice Salvito que el niño es igualito a vos —dijo María, la renca.

—Tiene la misma cara de palo.

—Así es.

—Cuando los hijos son de uno se parecen a uno, si no se parecen al otro.

—Este, todavía fue tuyo.

—Lo sé, María —pensó en la fecha del calendario, el día de la semana y el coincidente número de los hijos—. Será el único que no sirva para presidente.

Levantó al muchacho en el aire y lo quedó observando como quien observa un gallo de pelea antes de ponerle la navaja. El rostro de la criatura no dejaba escapar la más mínima expresión de inteligencia, o un gesto de dolor o de alegría como respuesta, en donde se reafirmara la quimérica responsabilidad del parentesco, o el primitivo sentimiento machista con que alimentar el orgullo. Durante su dilatada ausencia, el mal había avanzado a saltos, haciendo estragos en la criatura, que ahora parecía un pez al sol, expulsado por el oleaje: la piel espesamente gris, llena de escamas, y los enormes ojos de robot sin una partícula de afecto.

—Dicen que sos el Hombre Nuevo —volvió la cabeza María, la renca, mientras afirmaba su pierna derecha, para dar el saltito del triunfo con la otra.

—Sí, soy un hombre nuevo.

—Para mí sos el mismo Hércules Artola de la última apaleada.

—Uno puede ser el mismo por fuera, pero ser nuevo por dentro.

—Eso es un poco difícil de entender.

—Si que lo es.

Y alzando de nuevo a Espartaco Artola hasta la altura de los labios, le dio un fuerte beso y le quedó mirando en el preciso instante en que un pensamiento de esperanza le hizo musitar entre dientes: “Si tenemos suerte, vos también vas a ser Presidente de la República”.

Y continuó tras de su ex-mujer que estaba llena de ansiedad por aquel primer encuentro con la Paca después de la muerte de Poncho. Era la segunda vez que Salvito permitía que María, la renca, acompañara a su ex-marido a la casa de su ex-suegra para que conociera a su nieto. Mientras Hércules, el mujerero, no sentía nada por María y su relación amorosa más que todo había sido una afirmación de sádico machismo, para Salvito Mendoza no existía mujer en el mundo, ni más bella, ni más buena, ni mejor hecha, ni más amorosa, ni más dulce que María, la renca, a quien cuidaba como se cuida el oro, y para quien no permitía el más leve agravio por muy embromado que estuviese.

Para Salvito Mendoza, además de los atributos mencionados, María la renca, era extraordinariamente bella. El rostro indígena con la misteriosa tersura del terciopelo, los ojos asiáticos, tiernos, penetrantes con una dulzura envolvente, los labios ligeramente carnosos y sensuales echados hacia adelante como en un ósculo que se ha quedado a medias; la pequeña nariz recta suavizada por el contorno redondeado de las mejillas tímidamente rosadas, y la larga cabellera ondulada que se detenía en una caída irregular sobre la cintura. Una especie de obra de arte incon-

clusa, que había llamado la atención de los fotógrafos de revistas extranjeras que comenzaban a deambular por las poblaciones nicaragüenses, esperando que se produjeran noticias. En pocos meses, María, la renca, se había transformado en un espectáculo de publicidad que le había quitado el sueño. Los genios de la fotografía y los buitres de la televisión comercial extranjera, se habían disputado sus preferencias de modelo. La hicieron aparecer en las revistas famosas, besándose los senos, en poses de soñadora, dentro de un mundo de irrealidad que comenzó a perturbarla sigilosa y continuamente como un remordimiento de conciencia. Ella misma estaba conmovida ante su belleza retocada, ante la imperturbable suavidad de su sonrisa, ante el fuego melancólico y acariciante de sus pupilas. Su tersura de terciopelo se había hecho más suave, más espontáneamente delicada sobre el fino papel satinado. Desde la publicación de la primera fotografía de María, la renca, dejó de ser María, la renca, para transformarse en María, la bella. De tal manera, que cuando el Hombre Nuevo regresó al Puerto, encontró que la endeble, desafiante y delicada madre de Espartaco, era piedra de escándalo de los predicadores, pero principalmente, de todas las mujeres que habían hecho lampazo del honor y de las virtudes de María, la renca, y que hasta osaron afirmar que cuando naciera la criatura que María, la bella, llevaba en sus entrañas, hablaría cualquier idioma, menos el de Salvito.

Cuando pasó frente a la casa de veraneo de Marcio, Tencho le saludó con exagerada cortesía:

—¡Felicidades, compadre, que le aproveche!

—Gracias, compadre, respondió cavilando sobre la intención.

Era uno de los cabrones de otro de los cuentos de dólares y fotografías al desnudo de María, la bella. Conocía a Tencho de pies a cabeza. Si él había sido un ladrón de ganado, Tencho había sido un cabrón que se dejaba empitonar de cualquiera. Y si él había sido un mal padre, Tencho seguía siendo un mal hermano de fe, con complejos de Rodolfo Valentino, seductor de muchachitas al que abandonaban pronto porque ya estaba fuera de circulación y no les servía para nada. Además era un lenguafloja, pendejo e hipócrita que vivía de fisgón con los vecinos, y de los préstamos del cien por ciento sobre chocheritas de oro, que entraban y salían del chanco de acuerdo a la entrada o la salida de las necesidades de los pobres. De pronto, el Hombre Nuevo pensó: “No le haré caso a ese mierda. Soy un hombre nuevo, y el hombre nuevo, debe ser un ejemplo en todas las cosas”. Y olvidando al antiguo compinche de su ex-amigo, recordó a don Bermellón, que había sido un frenazo de locomotora en su desafortunado instinto de tiburón, que era como la incubadora en la que calentaba su martillante obsesión de presidente.

—Espérame, Hércules —dijo María, haciendo un esfuerzo con el bastón para apretar el paso. El Hombre Nuevo iba caminando de prisa, acicateado por la mirada de bobo y la burlona sonrisa de Tencho. Aquel “felicidades, compadre, que le aproveche”, le dolió como una puñalada traperera.

—Tu papa cree que voy en helicóptero —dijo María, la bella, rozando las manos de Espartaco, en el preciso instante de un brinco.

—Perdona —respondió el Hombre Nuevo, y dejó pasar a María, la bella.

“¡Qué tonto que soy! —se fue reflexionando mientras se acercaba al rancho de la Paca—. ¡Creo que aún me falta para ser un hombre nuevo! Tencho me hizo un saludo venenoso y se me bajó la seguridad de presidente, como a un camión se le bajan las malas llantas en el camino pedregoso. Esto está malo. Un presidente debe estar preparado para cualquier cosa. A que le digan: “comé mierda, presidente”, y quién sabe cuántas cosas más que nadie se imagina”.

“Si uno sale a la calle bajo la lluvia tiene que empaparse”, recordaba las sentencias de don Bermellón. “Aunque salgas con buena sombrilla, se te puede romper en el camino”, volvía a desenterrar del abrevadero de su recuerdo aquel borbotón de frases, palabras, sentencias, chistes, calumnias y todo lo que se comenta, se inventa y se echa a rodar de uno cuando se es hombre importante.

—Pasá adelante, niña. Estás en tu casa, dijo la Paca a María, la bella, haciendo un esfuerzo de hipocresía que se diluyó en una atropellada sonrisa.

Lo dijo cuando María Tomasa entró con Espartaco en el regazo, y la Paca le hacía carifios, tratando de llamar su atención con un caballito de mar, el que agitaba suspendido de una cuerda.

Examinando de pies a cabeza a María, la bella, hizo un minucioso estudio mental de su aspecto. La observó de soslayo como si no la hubiese visto nunca. “¿A quién se le había ocurrido que la ex-mujer de su hijo valía un lamparazo de fotografía?” No paraba de recorrerla por todos la-

dos. Era la misma cabrona con su voz atiplada de puta melindrosa. Ya hubiera soñado la renca tener su soltura y su zalamería. Y qué decir de las tetitas lindas y de los muslitos preciosos con los que don Inocencio Matusalén Cuadra y de las Torres, se llenaba la boca en las tertulias de las aceras con los amigos octogenarios del Club de Leones, y del Club de Rotarios, y del Club de la Paloma Muerta que eran los más exigentes con los concursos de belleza mentales que ellos vivían montando con las hijas de casa, y las sirvientas jovencitas que bajaban de las cañadas entre las más meticulosas observaciones a sus recomendados. La Panchita recordaba cómo entre todas las bellezas del vecindario del Barrio de La Párrquia, de Jinotepe, nadie le ponía un pie por delante. “Estás entre las finalistas”, la estimulaba don Inocencio, para concluir una semana más tarde con el concebido y riguroso: “Panchitá, te llevaste la cerca como siempre”. Y le daba sus palmaditas en las nalgas, acompañadas del premio: la bolsa de confites Patiño y el tarrito de brillantina Para Mí comprados con las cuotas colectadas entre los patrocinadores del concurso.

“En mis buenos tiempos, en nada me hubiera ganado esta puta”, pensó la Paca, muerta de celos, mientras continuaba con el examen minucioso de María, la bella.

“Vela. Está preñada esta pendeja”, se mordió la lengua.

Y sintió el irrefrenable deseo de lanzarse sobre María, la bella, y despedazarla. Romperle la otra pata y arrancarle la lengua, no para carnada de tiburones, sino de pejesapos, porque después de todo, los tiburones servían para algo.

—¿Como que estás esperando familia? ¡Vieras cuánto me alegra! Ojalá puedas reponer al varón!

—Ojalá. Una nunca sabe. No puede hacerse ilusiones.

El Hombre Nuevo sintió lástima por la Paca. Vio cómo sus párpados comenzaban a caerse como los aleros de la salinera, y la piel se le había vuelto gruesa y reseca como la corteza del mangle. Sin embargo, detrás de aquel envoltorio de voluntad y de trabajo, el espíritu del luchador permanecía intacto y desafiante con el vigor de un árbol milenario.

Junto a la Paca, los hijos de la Mengana se acurrucaban como pollos bajo la protección de la madre. Alzando un poco los ojos hacia el camino, el Hombre Nuevo vio a Domingo contemplando la escena por las rendijas de la cocina.

IX

La Paca recordaba la última visita del Hombre Nuevo. Lo hacía con la vaguedad de quien rememora fechas imprecisas que van camino de la borrosa bodega del olvido. ¿Qué había sido de Napudonoselo? Le habían llegado noticias de su extraña conversión en la Última Iglesia de Cristo. Eran historias verdaderamente increíbles. Le habían visto predicar por los mismos sitios en los que había sembrado el terror de abigeo, y la abrumadora compulsión de salteador de caminos. Con la Biblia bajo el brazo había dado testimonio a gritos, de su arrepentimiento y de su encuentro con Cristo. Los que le habían conocido con la escopeta de doble boca al hombro, y la soga encebada en el extremo delantero de la albarda, no podían concebir que Napudonoselo Artola, el maldito, se hubiese convertido en un alma de Dios que había dejado todo, para andar de casa en casa predicando la Palabra. “¿No sería el diablo que se disfrazó de predicador para engañar a los ingenuos?”, se preguntaba la Paca, sin dar el menor crédito a semejante fenómeno en el que inmiscuían a su hijo. “Habla el Apocalipsis que estamos viviendo tiempos difíciles, y que el Anticristo anda con las maletas listas para buscar

dónde instalarse”, había escuchado la Paca en boca de los predicadores, desde que tenía uso de razón, y cada vez y cuando, volvía sus miradas para leer en los signos de los tiempos, como quien busca una fecha en el almanaque para cerciorarse de que no había llegado todavía. La Corinita, con sus idas y venidas a ciertas casas honorables de la capital, a las que sólo llegaban hombres serios, simpáticos, de las mejores familias de reales, era algo que tenía sin cuidado a la galopante chochera de la Paca. “Mi hija no es pulpo. Sólo tiene dos manos y una cosa”, pensaba responder con razonable circunspección, a cada uno de los mil pretendientes que habrían de pedirla en matrimonio, una vez que la Corinita consintiese. Y eran de nunca acabar, los famosos cuentos, de aquellos famosos regalos con los que la Corinita parecía la Navidad anticipada, en un viaje casi trimestral desde el otro lado del mundo del disco y de las luces fosforescentes: un cielo tachonado de rubicundos querubines de calendario dentro de un mar de juguetes de todas las marcas, por los que vivían matándose los hijos mayores del ejército de la Mengana. Hizo un breve recuento de los otros. Cómo le había costado a Fermín, el pobre, reconstruir el patrimonio para volver a ser Fermín, el Burgués, con su nueva flota de la Santa María, La Pinta y La Niña, que se hacían a la mar llenos de esperanzas para regresar hasta la altura del soporte del puente, repleto de toda clase de peces.

“Pobre, Gerancio”, estaba pensando en la Escúalida, cuando sintió un halón que casi le arranca el mango del anzuelo, y comenzó a apretar la cuerda para dejar correr al animal. Aflojaba y volvía a halar sin prisa. Se trataba de un pargo, no le cabía duda. Los pargos siempre dan pelea.

Cualquiera que no tuviera experiencia, estaría tentado a pensar en un tiburón, o en un mero, pero los tiburones en el agua son pendejos con el anzuelo en la trompa. Sólo comienzan a saltar como diablos, estando fuera, moribundos sobre la arena, cuando ya no les sirve de nada.

—Estamos de suerte, María Tomasa —exclamó la Paca, y desencajó el pez del gancho del anzuelo, para lanzarlo sobre los escasos barbudos y colorados que yacían en el fondo del bote, refractando la iridiscencia del atardecer.

—¡Ah, mi abuela! ¡Tener suerte con zontos y con sardinas es como no tener suerte con nada! —respondió la muchacha con indolencia.

Habían pasado la madrugada bajo la desagradable tensión del tiempo perdido, y la sofocante arremetida de los picaculos, quienes se habían dado un banquete de lisas y camarones, carnada favorita de pargos y macarelas.

—Tal vez ahora cambie la suerte —volvió la Paca, haciendo girar sus pensamientos alrededor de supuestos basados en las supercherías del oficio—. Comenzamos con renacuajos, pero vamos a terminar con ballenas.

María Tomasa le sonrió y continuó con los ojos examinando el lecho de la bahía lleno de minúsculas arterias de algas en las que la reflexión solar ensayaba un universo de colores.

“Tiene varios meses que no viene”, siguió navegando la Paca en el escurridizo y maravilloso bote de sus pensamientos, en el que se abrazaba a Gerancio.

Gerancio Artola, la Escuálida, el hijo de la

Paca Artola, en quien la naturaleza había deparado el enredo genético que chorreaba sangre, como su madre, vivía obsesionado flotando en un mundo de aventuras. A los ocho años apenas, deambulaba por las estaciones ferroviarias de León y Chinandega en las que mataba el tiempo, entre tren y tren, mientras se alimentaba de mendrugos, para luego esperar la noche, enrollado en la esquina del mercado, arropándose con la despintada y raída frazada de sus disparatados pensamientos. Desde antes que la Paca le trajera al mundo, contemplando la llegada y el retorno de los barcos, desde el ventanal del ombligo materno, había alimentado un complejo de Simbad que se le transformó con la edad en un delirante problema. Cuando dio sus primeros pasos, lo hizo arrastrándose en el lodazal de la cocina entre una saturación perpetua de aceite de hígado de bacalao a lo que obligaban las vísceras siempre presentes, y los desperdicios de toda clase de peces. Su instinto de animal enrevesado apuntó hacia los dos pivotes más importantes de su perro mundo determinista: el fascinante juego con las muñecas de trapo de sus amiguitas mujeres, que lo inclinaban hacia el real norte de su controvertido sexo, y su pasión por las cometas de papel crepé a las que él les daba hilo hasta que se perdían en las nubes como le ocurría con los aviones de sus sueños, y los barquitos de papel que navegando sin rumbo sobre el estero, zangoloteaban su corazón de niño y su parpadeante espíritu de navegante.

—Si es en Gerancio que estás pensando, seguro que está en un barco —dijo la muchacha.

—Así debe ser —asintió la Paca.

Y pensó en lo que era el Puerto para Geran-

cio, quien vivía soñando con viajes a París. Imaginando que París debería de quedar en donde Dios había arrasado el Paraíso, porque eran tales las maravillas que se decían de París, que no podía ser otra cosa. “Antes de que me muera, voy a conocer París”, se le había metido entre ceja y ceja, de tal manera que durante la plaga de diarrea que se llevó a los chanchos del Hombre Nuevo, y que amenazó con volverse una epidemia que también acabaría con los hombres del Puerto, en sus días de fiebre, de endémica persecución, Gerancio sólo pedía el milagro que le dejase con vida hasta que pudiera conocer París. Lo anhelaba con la misma convicción que un cristiano de pura cepa quiere besar el anillo del Papa, o un fanático comunista visitar el mausoleo de Lenin. Aquella obsesionante desazón de visitante de nuevos mundos, llevó a tal grado su crisis, que en uno de sus acariciantes y vívidos sueños de ciudadano de todas las galaxias conocidas, y aún hasta las no descubiertas por el empecinado telescopio del hombre, se sintió flotar en el vientre de la ballena de Jonás. Estaba tan convencido de la realidad de aquella onírica experiencia, que se dejó arrastrar dentro de aquel enorme vientre azuloso con nacaradas formas de pensamientos atormentados, que eran como réplica de su dorada fantasía de navegante. “¡Cómo me hace gozar este muchacho!”, suspiraba la Paca, recordando aquellas cautivantes historias en las que siempre había una forma de empezar, pero cuyos epílogos se volvían tan enmarañados, tan distantes, en una narrativa de tirabuzón, que cuando parecían concluir estaban comenzando de nuevo.

“Este es el único oficio que mientras te da de comer, te hace disfrutar de lo lindo”, sonrió la Pa-

ca, desenchajando otro pargo y dejándolo caer al canasto.

—Ahora sí, abuela —se alegró la muchacha—. ¡La suerte te sale como sudor de todo el cuerpo!

Rio la Paca.

—¿Qué hora es? —preguntó, buscando al Oeste y haciendo sombra con las manos.

—No sé. Deben ser como las dos.

—Todavía tenemos dos horas —aseguró la Paca, que dejando de pensar en Gerancio, pensó en el pez. Agregó: —El día que lo coja va a ser como si me hubiese pescado a mí misma.

—¿Hablaste, abuela?

—Dije que tal vez todavía quede tiempo para mi pez.

—¿Tu pez?

—El que te dije —rio la Paca, viendo el horizonte de ranchos en donde el suyo, era un inconfundible punto lejano.

Y no había terminado de acomodar el iris de su veleidosa arrogancia de pescadora, cuando vio venir ante sí, el gran pez con el que había soñado toda la vida. Había mordido el anzuelo en el fondo con una furia salvaje. Lo midió con los ojos de sus manos de experta, y la cuerda rechinó entre sus nudillos, hechos un moñón de voluntad y determinación. “En mal momento me agarró este bárbaro”, respondió la Paca, apretando el sedal con el alma de sus puños. “Podría ser un tiburón adulto”, se dijo. “¡Podría ser!” Y le iba dando cuerda, poquito a poco, suponiendo que

había mordido el anzuelo, con la misma nobleza feroz con la que el toro muerde la muerte en el ruedo. “Seré mejor torero que Miguel el Gato, rey del toreo de Masaya. Vas a arrojar la bilis, pendejo”, saltó la Paca en el bote sorprendida por una ola. “Te vas a joder por hartón”. Aunque el mero había llegado cuando no lo esperaba, porque el bote se hundía hasta la mitad con pargos, macarelas, y otra variedad de peces, ella estaba determinada a luchar con él hasta las últimas consecuencias. Era su estilo. No le cabía la menor duda que saldría avante, como siempre.

—¡Cuidado, abuela! ¡Cuidado!

Pero, a quien había tirado su alma de carnada para pescar dos pendejos de maridos y atarlos al zozobrante bote de la vida, le sobrarian fuerzas para ensartar a un pez por mucha casta que tuviese.

Ya la nieta había levantado el pedazo de hierro retorcido que le servía de ancla al bote, cuando vio salir el enorme pez como el cohete, lanzado desde una base en el fondo del mar, a un objetivo en el espacio. Era magnífico en todo su apabullante esplendor. Ahora lo midió con los ojos, de cabeza a cola en el aire, pero aún no estaba segura del tamaño, porque todo había sido breve y muy espectacular para dejar que hubiese actuado la conciencia. El pez hizo un clavado de punta y sucudió la cuerda con renovada furia salvaje. La Paca comenzó a enrollar el sedal sostenidito, sostenidito, mientras imprecaba al dios de la suerte para que acudiese en su ayuda. “Hijo de puta, pez”, gritó, ahogándose en su propia audacia de vencedora. “Hijo de puta, me has agarrado casi de sorpresa, pero aunque tenga que botar a

los otros, contigo me voy a quedar. ”. Hubiera querido ser un pez como él para lanzarse al agua y probarle que no podría irse, que la Paca no andaba con bromas.

—¡Cuidado, abuela!

—¡Ya lo vi, hija!

Apenas tuvo tiempo de agacharse para esquivar el coletazo que sacudió la parte trasera del bote, y alcanzó a gritar: “Cojete, jodido,”. Cuando vio a la nieta zozobrando, colgada de uno de los remos.

—¡Tuvimos suerte, abuela!, resopló la nieta, subiéndose a horcajadas por la semisumergida popa del bote.

—Una suerte de locas— lanzó la Paca un alarido que fue ahogado por el golpe del pez sobre el envolvente murmullo de las olas. —¡Es un mero del tamaño de un elefante, María Tomasa!

Estaba a unos setenta metros del pez, que siguió con obstinación arrastrando el bote. Tenía las manos sollamadas de tanto dar y quitar cuerda, que le estaban ardiendo hasta el alma, y cogiendo una descolorida trusa de baño para protegerse las manos, siguió sosteniendo la cuerda, con voluntad de vencedora, y persistió halando, poquito a poco, y aflojando de nuevo, bajo la tensión del puño, despacito despacito, para que el pez sintiera quién era la Paca Artola, quien había jurado por todos los dioses habidos y por haber, que antes de empaquetar el alma para otro planeta, se llevaría un pez consigo: el pez más grande que nunca nadie había pescado en el Puerto.

Cuando terminaron de subir el mero al bote, sólo sobre la cresta de la ola podían observar las casas del Puerto. Un ligero sol vespéral ahogaba a ratos su luminiscencia bajo grises nubarrones que llegaban del este, envueltos en una suave brisa de invierno.

—Vamos a darle duro, abuela —gritó la muchacha—. Para que ganemos tiempo.

—Hay tiempo para todo, hija. No te desesperes.

Remaron de regreso, contra un ligero viento nordeste que hizo guardar silencio a la Paca. Midió con los ojos la distancia a la costa. Del bote a los arrecifes, tres kilómetros. De los arrecifes a la costa, tres kilómetros. Si tenían suerte, una hora más tarde deberían estar en el rancho, desollando el mero. Vio a la María Tomasa que se había quedado dormida, sobre los pescados. La escena produjo en ella un desagradable presentimiento. Mientras remaba, estiró el brazo y con la punta de los dedos acarició el rostro reverberante de la muchacha. “Pobre criatura” se dijo. Y contemplando a la nieta se puso a pensar en sí misma. Se solazaba en el triste hábito de comparar el tiempo perdido de la adolescencia con el maravilloso tiempo de su vejez. Tenía la sensación que cada día traía menos horas y que ya no le quedaba tiempo para nada. Era como si estuviese en deuda con alguien a quien apenas podía abonar los intereses. “Pobrecita, María Tomasa, no sabía realmente lo que se le vendría encima”. En el nebuloso sopor de los recuerdos vio a Ariosto Canales, como una desgracia que con Domingo Artola, otra desgracia, se habían confabulado para hacer un maratónico y doloroso re-

levo de su existencia. Remando seguía pensando en la nieta. Ahora le tocaría a la María Tomasa. Los senos se movían suavemente con el vaivén del bote. Los muslos pequeños, bien torneados esbozaban a la mujer que comenzaba a despuntar al embriagante océano de la vida. Los pescadores más viejos y los trabajadores de la Planta comenzaban a decirle cosas a su paso, a desnudarla con los ojos, a llevarla a la cama con la imaginación calenturienta de las palabras. “Esa muchachita está como vos, cuando te conocí, y eras una ostrita tierna”, había bromeado Ariosto, mostrando su boca desdentada con riguroso olor a excremento. El corazón se le hizo un nudo recordando a Tencho. Le habían llegado habladas de sus ofrecimientos. “¡Qué se creía ese viejo de mierda! Aún no se daba el caso, pero aunque tuviese hambre, por un reloj barato, y unos centavos con olor a orines no compraría a la muchacha”. Y se le cruzó nuevamente por el recuerdo, la película de su vida. Ariosto Canales, el bello, el galán, el hijo de puta con su guitarra de talalate en las serenatas sabatinas de la Hacienda San Rafael, o haciendo punta y talón en los bailongos de San Marcos. “A una no la detiene nadie. Cuando el diablo la tienta ni que la maten a palos”, eran frases de su madrina que primero le parecieron tonterías de vieja, para luego reconocerlas como una gran verdad que no podía discutirse. “El problema es que uno no aprende por cabeza ajena”, lamentaba. Era su miedo. Sobre todo, después de lo que le había confiado la Mengana acerca de las insinuaciones de la nieta: “No para de pensar en esa mierda del reloj, y de soñar con portabustos de huacalitos y con biquinis de seda”. Tenía que ser la Corinita la causante de aquella plaga que amenazaba con infec-

tar el alma de la María Tomasa. Ella y nadie más. Esperaría su nueva visita para espetarle cuatro verdades en la propia cara, a causa de su desordenada vida de putería y mal ejemplo. Debería ser más prudente frente a la sobrina. Más recatada si era preciso. Mucho más decente en todo el sentido de la palabra. No dejar tiradas por todas partes, esas revistas pornográficas, en las que los que se hacen el amor parecen alacranes y no cristianos en una trabazón que es una verdadera vergüenza. ¡Cuán poco se podía hacer por una criatura como la nieta! ¡Cuán poco había podido hacer por ella misma en este valle de lágrimas! La experiencia le había enseñado que en ciertas condiciones, era como arar en el mar, como sembrar en el desierto. No tenían lugar más que las descoloridas ilusiones alimentadas por la escurridiza fragilidad de la esperanza. El latigazo de una ola hizo crujir el espinazo del bote, despertándola a una realidad de tormenta. Tuvo la certeza que más bien se había alejado de la costa arrastrada por alguna corriente. Apenas podía distinguir las crucetas de madera en las puntas de los postes del alumbrado eléctrico, observando hacia el lado de los ranchos. La mole blanquecina de la Planta era como una torta de cumpleaños antes de encender las velas, con sus cuatro chimeneas verticales pintadas de rojo y sus murallas de concreto alrededor.

“¡Pobre, mi muchachita!”, dijo entre dientes. “Pareciera que estuviese muerta en una fosa común”.

Un sentimiento de temor recorrió todo lo largo de su columna. Las aguas comenzaron a erizarse con cierta declarada violencia cuando se rompieron los primeros destellos de luz en el cie-

lo, y el viento llegó en ráfagas sostenidas que hacían zozobrar el bote.

—Vamos, despierta, hija —dijo a la nieta.

Esperó que abriese los ojos. La larga vigilia que se había despeñado en cansancio era más apremiante que el peligro.

—¿Dónde estamos, abuela?

—En el mar, hija. Pescando.

—Estaba soñando que iba en el barco de Gerancio —sonrió—. ¡Me llevaba a París!

—París es muy largo, hija.

—¿Más largo que Managua, abuela?

—Más largo.

—¿Como de aquí al cielo?

—París queda en el infierno. El infierno puede ser mucho más largo. Depende —dijo la Paca—. Toma los remos. Ahora, mejor vamos al rancho.

La muchacha no tenía temor de nada, porque confiaba en la Paca.

—No vamos a encontrar dónde poner tantos pescados —dijo la nieta.

—A última hora los regalamos y quedamos bien con todo el mundo.

—Es buena idea darle a todo el mundo —la muchacha pensó en Tencho—. El que da recibe. No lo digo yo, lo dice la Biblia.

En un abrir y cerrar de ojos se alzaron las compuertas del cielo y comenzó a llover a cánta-

ros. “¡Que vaina!”, se quejó, cuando una nueva ola se despedazó por toda la superficie del bote.

—¡Cójete duro, hija! —gritó a la nieta.

—No te preocupes, abuela.

Apretó con mayor fuerza los remos y siguió midiendo la distancia hasta los ranchos. No parecía avanzar. Sin embargo, no se dejaría vencer por la adversidad. Por una tormenta de mierda que se le antojaba romper cuando había tenido suerte con la pesca.

Sintió deseos de gritar y gritó:

—¡Pez, hijo de puta, todos se pueden ir, pero a ti no te voy a soltar aunque tenga que comer zacate!

La nieta tuvo miedo. Comenzó a llorar viendo a la Paca que se mantenía de pie entre los peces como Daniel entre los leones con una serena impavidez de mártir. La muchacha conocía esa actitud. Era una forma de expresar la determinación de su carácter a la hora de las cruentas decisiones. “Me voy a morir con este pez”, balbuceó. “No lo voy a dejar para los tiburones”. Y hendió el remo en el agua sacando fuerzas de flaquezas. La muchacha remaba también. Había ráfagas de momentos en que la Paca experimentaba la sensación de representar una comedia, que estaba en el centro de la carpa del circo de Nagarote, en las noches super-especiales de Firuliche, y sentía deseos de reír como para burlarse de sí misma. Toda su vida había sido un circo en el que no habían faltado los payasos del dolor. Su piel era como la raída carpa bajo la cual bailaban los acosantes arlequines de su mi-

sería. “El dolor es la piel de la vida”, recordó al padre Felipe del Calvario Vigil y Bobadilla, su padrino de confirma, en el Sermón de las Siete Palabras, durante su última Semana Santa en Jinotepe.

—Cálmate —dijo a la nieta—. No es nada. Ya pasará.

La María Tomasa sintió que le estaban mintiendo, y se quedó en silencio con los ojos en las luces de la Planta que ya se habían encendido.

—Ya son las seis, abuela, —volvió.

—Sí. Ya son las seis.

—Y todavía no hemos avanzado nada.

—Ya vamos a llegar —dijo la Paca, pensando en que tendrían que arrojar los peces.

El diálogo fue interrumpido por el estallido de una carga pirotécnica que fue golpeando las paredes del firmamento hasta deshacerse en un parloteo lejano. La Paca rezó una Salve y la muchacha escondió la cabeza entre sus manos. Siguió remando.

—No es nada —dijo a la nieta.

La María Tomasa estaba llorando sobre el mero. La cabeza del animal junto a la de ella, daban un espectáculo extraño.

—Yo no sigo —dijo la nieta.

—Tienes que seguir —ordenó la Paca.

—Ya no aguanto más.

—Tienes que aguantar. La vida es más dura que esto. La vida es una tormenta permanente,

un dolor, un despeñadero —afirmó la Paca con convicción, mientras seguía remando.

La muchacha asió los remos y se desgajó nuevamente sobre los peces en un movimiento de palanca que apoyándose en el agua hacía propulsar el bote. “¡Mi abuela está loca!”, pensó la muchacha en las palabras de la Paca. Remaba por remar, sin un propósito definido, notando que la Planta estaba más resplandeciente, dentro de una paz mentirosa en la que agonizaba el día.

—Tienes que remar con ganas —exclamó la Paca con disgusto—. Si no lo haces así ni vuelvas a pensar en vainas de seda y en relojes de mierda.

—Bueno —dijo la nieta, y siguió llorando.

El cielo seguía incendiado en una estrepitosa guerra de explosiones y destellos que se resquebrajaban sobre el bote. La Paca escuchó el pito lejano de un petrolero. “¡Qué extraño, aquí los barcos nunca pitan!” y agregó: “Tal vez quiso pitar porque al capitán le gustan los pitos como a mí me gusta la sopa de garrobo”, y sonrió amargamente, pensando en la ocurrencia y en la tempestad.

—¡María Tomasa!

—¿Sí?, —preguntó la nieta limpiándose las lágrimas con el revés del puño.

—Me vas a ayudar.

—¿A qué, abuela?

—Vamos a tirar los peces al mar.

—¡Ve qué lindo —dijo la nieta—. Primero

nos matamos pescándolos, y ahora los vas a volar.

—Si no lo hacemos así, ellos nos vuelan a nosotras.

Todavía no estaba convencido de la estrategia de la abuela.

—Haz lo que quieras —respondió, gimiendo.

La Paca no la escuchó porque un enorme rayo que fue la cola de un ardiente juego de luces en el cielo, la hizo meter la cabeza entre los peces. El llanto de la muchacha la hizo estremecerse. De pronto creyó que lloraba por los peces como cuando pensaba que Domingo y Ariosto se iban a emborrachar por ella.

—¿Dijiste algo?

—Sí.

—¿Qué, hija?

—Que puedes hacer lo que te venga en ganas.
¡Son tuyos los pescados!

La Paca esperó un poco más, con la esperanza que el tiempo amainara y poder acercarse a la orilla. En la penumbra la Planta lucía los contornos de un cementerio. “Al menos me sirve de faro. Como la Planta está a la izquierda, voy a remar hacia la derecha”, se confortó la Paca. Y siguió remando.

—¿A qué hora comenzamos? —preguntó la nieta.

—¿A qué, hija?

—A volar los pescados.

—Yo ya volé los míos.

Rio la Paca con amargura. Recordó el ofrecimiento que había hecho a la nieta de la tercera parte de la venta de los pescados para la compra del reloj de pulsera. Pensó en lo que estaría pensando la María Tomasa. En lo que pensaba ella cuando sus padrinos de Jinotepe que tenían todo, y su madre que no tenía nada, le hacían aquellos famosos obsequios imaginarios.

—No creas que no tendrás tu reloj. Ten seguridad que lo tendrás, que te lo compraré —reafirmó su decisión remarcando las frases una por una.

La muchacha quedó viendo los peces. Les tanteaba el peso en la oscuridad para dejar los más grandes, y los iba contando:

—Uno... dos... tres...

La Paca tuvo deseos de llorar, pero no lloró porque ya no lloraba. Su llanto siempre se quedaba en un sentimiento como punzón en el pecho, que entraba y salía, que entraba y salía, pero no llegaba hasta los ojos, se deshacía en el lacrimal.

—Dieciséis... diecisiete...

La Paca pensó que la María Tomasa había lanzado al agua algo así como el valor de un calzón decente sin ribetes ni encajes. La lluvia había comenzado a alejarse, pero en el rodeo del mar el bote seguía siendo un toro que había comido demonios, en un infierno de truenos y estallidos de centellas que sólo había visto en sueños.

—Treinta y uno... treinta y dos... treinta y tres...

—¿Cuánto crees que pesa cada pez de los que volaste? —preguntó la Paca.

—¡No sé! Unas tres libras.

—Más de lo que pesamos tú y yo juntas —multiplicó la Paca por treinta y tres.

—No había pensado en eso, —exclamó la muchacha tomando los remos.

—¿Cómo sientes el bote?

—Un poco más liviano.

—Lanza un calzón más del mismo precio —rio la Paca, mientras el cañonazo del trueno deshacía su sonrisa en una mueca de asombro. La nieta se enderezó del fondo del bote y siguió contando pescados:

—Treinta y cuatro... treinta y cinco... treinta y seis...

Con la expansión del relámpago la Paca descubrió un convulsivo despedazamiento de jirones al lado derecho del bote. Los tiburones venían disputando los peces. “Los tiburones están en todos lados”, se dijo. “Aunque trates de escapar no hay maneras”.

—Sesenta y cinco... sesenta y seis...

—Deja eso ya —ordenó la Paca—. Vamos a esperar un poco.

—De todas maneras los vamos a echar todos —insistió la muchacha.

—No había pensado en eso. Sí, no había pensado en eso. Y siguieron remando, hasta que la muchacha tuvo un sueño agobiante y se quedó dormida.

Mientras se partía el alma remando, la Paca se puso a pensar en la glorieta. Había nacido como una idea vaga de las larguras del tiempo perdido de Ariosto Canales y Domingo Artola. Habían colocado cajitas con palomas mensajeras que vivían arruyándose y reproduciéndose entre el vaivén de las palmas de cocoteros y las pedradas de los hijos de la Mengana. En este sitio de solaz la Paca tendía su hamaca y se ponía a soñar con cielos de arena y paraísos de pescado que estaban al alcance de la mano. Cuando todavía les tenía amor y no lástima a los desgraciados de sus maridos, gozaba oyéndoles cantar boleros del tiempo de don Inocencio, y tangos de Carlos Gardel. “Era música que valía la pena”, suspiraba. Ariosto punteaba boleros y mazurcas de al lado de Santa Teresa que Domingo cantaba, y Domingo acompañaba Caminito, que Ariosto trataba de imitar con una voz azorzalada que le hacía recordar la victrola de doña Joaquinita en donde tocaban los tangos. Eran tiempos felices. El uno había relevado al otro, pero cada uno en su momento. Nadie lo tomaba en serio, pero así había sido, porque la Paca detestaba a las putas. “¡Qué tonta que soy! ¡La vida en peligro y yo pensando en chocheras!”, despertó, y siguió remando, ahora bajo la noche limpia sin lluvia ni estrellas, pero sobre el viento feroz y un oleaje de miedo.

Pensó que algún rayo había fundido el transformador que alimentaba la energía eléctrica, porque un horizonte negro, de desolación y abandono rodeaba totalmente al Puerto. “No sé si estoy a la derecha o a la izquierda de la Planta” se dijo. “A lo mejor ni siquiera estoy viva y todo esto es una cosa de espectros”. Se tocó la piel, pellizcándola para estar segura de que eran erradas sus descabelladas sospechas. Pero ¿quién

podía tener certeza de que no eran erradas sus certezas? Tal vez tocando a la nieta, despertándola nuevamente para que la ayudara a salir de dudas. ¿No estaría acaso soñando dentro de un sueño? No sería la primera vez ni suponía que fuese la última, en que una tempestad la sorprendiera en la cama. Su existencia había sido una cadena de dudas, de luchas, de pesadillas sin fin como la banda de un molino.

Sintió que el bote estaba lleno de agua y comenzó a vaciarlo con el balde de las carnadas. Después siguió lanzando los peces, un poco más distantes del bote para evitar cualquier accidente con los tiburones. Los dejó de contar. Pensó que no tenía tiempo ni estaba de genio para seguirse tirando ella misma, en una cuenta regresiva que no tenía sentido acariciar con actitud de masoquista.

Reaccionó con furia. No cedería una pulgada. “¿Soy o no soy?”, se fustigó. “No soy de las que dicen a la adversidad: pase adelante, la sientan a la cabecera de la mesa y la vuelven una amiga de confianza. ¿Qué se creía ese mar de mierda? ¿Qué era Dios? ¡Hijas de puta, traidoras!”, increpó a las olas, que se levantaron contra ella como si la estuvieran oyendo.

Tomó en las manos el garrote con que remataba a los pescados de buen tamaño que le salían rebeldes, que no querían quedarse tranquilos, y descargó varios golpes, con violencia, sobre el pedazo de llanta que servía como protección del bote en la punta de proa.

—¡Arre, pendejo! —gritó al bote como si se tratase de un burro—. ¡Boludos!

Pensaba en los maridos. Eran las ocasiones en que los despreciaba con toda el alma, aunque normalmente le inspiraran lástima, quería herirles en el amor propio. Los golpes sobre el bote despertaron a la nieta.

—¿Qué pasó, abuela?

—Nada, hija.

—¿Llegamos?

—Sí, ya llegamos.

—Acuérdate del reloj —dijo suplicante.

—Lo tendrás, María Tomasa.

—Gracias, abuela. Nunca lo voy a olvidar.

—Lo tendrás, hija.

—Gracias, abuela. Y volvió a quedarse dormida.

—Ya de nada sirve esta mierda —volvió con el balde de las carnadas a vaciar el agua del bote. Y siguió lanzando los peces. Imitando a la nieta los fue contando mentalmente. Le dio deseos de llorar, pero no lloró. La sobrecogió aquella sensación de punzón en el pecho, que subía y bajaba como el ascensor de un edificio. “Es una vaina no poder llorar”, se quejó. “Es como si uno no fuera gente”. Y siguió lanzando los peces. Cuando caía un pez en el agua era como si se desprendiese de un pedazo de su corazón. “Tú te quedas conmigo”, dio al mero unos golpecitos de satisfacción en la cabeza. Y escuchando el lacerante chasquido de los tiburones, y los coletazos, y los golpes de las olas en su imaginación, en una soledad de tinieblas se fue quedando en la penumbra. El cansancio y el sueño también la habían tomado de sorpresa.

X

Arrellanada en la rústica silleta de madera descansaba la Paca. Se mantenía aparentemente serena, satisfecha, entregada a un alienamiento de recuerdos. Su mirada penetrante y veloz de los años anteriores, había cambiado por una expresión de animal perseguido, siempre en observación por todos lados. Y aunque su sistema nervioso había recibido el impacto de una especie de cortocircuito que le carcomía los músculos, y que hasta parecía haberle encogido los huesos, la mente permanecía despierta como un engañoso sol primaveral en una mañana de invierno.

Aún no recuperaba las fuerzas. Y aunque se la veía feliz, la Jefa estaba herida de muerte. Cuatro días calcinándose en el bote a la deriva, habían enrojecido su piel, trastornaron los pulmones y el corazón, haciéndole estallar los riñones. Sabía que tenía los días contados, pero estaba llena de vida interior, plena de valor y de orgullo.

Preguntó por la Mengana, y le contestaron que andaba en la Planta, buscando las provisiones a las que tenían derecho de acuerdo a la tarjeta de racionamiento.

—Dije que no fuera. Que comeríamos pescado con arroz hasta que regrese Fermín, de León.

—Toda la semana hemos comido pescado con arroz —señaló la María Tomasa.

—Ya lo sé. Y lo seguiremos haciendo hasta que no quede un hueso. No lo pesqué para que se pudra.

—Bueno.

Habían transcurrido los meses, triunfado la revolución, instalado bases militares de observación en el Puerto, huido los amigos del Dictador y atravesado por un saqueo que con la desaparición de las tradicionales contienda partidistas casi se habían olvidado, pero la Paca seguía alucinada, viendo el enorme mero colgado del alambre. Recordaba cómo le habían hecho un corte desde la parte inferior de las agallas, que corriendo por el vientre terminaba en el comienzo de la cola. Le sacaron las entrañas y le descubrieron el espinazo, luego le dejaron las carnes abiertas al sol, de par en par como una casa sin dueño. Vivía viviendo con su pez, de oídas.

—Ya lo ves —se volvió a la María Tomasa—. No hay frijoles, no hay maíz, no hay carne de chanco, y la carne de res se ha puesto por las nubes. Debemos de dar gracias a Dios que por algo nos mandó ese mero.

En su conciencia, la enfermedad había detenido el tiempo. Y aunque transcurrieron los años desde aquel doloroso accidente del bote, ella juraba que todo había sido ayer, y seguía lanzando los peces, y se ponía a contar pargos, macarelas, tiburones y hasta ballenas. “Menos los meros”, decía. “¡Esos me los llevo yo! ¡Se van conmigo!” Muchas veces continuaba haciéndolo hasta altas horas de la noche, en que cerraba los ojos

cansada de tanto contar peces que saltaban en el océano de su imaginación, y que atravesaban nadando el espacio fosforescente de su imperturbable mar imaginario.

—¿Han tenido noticias de la María Tomasa?
—preguntó la Paca.

—Mañana sale del hospital —contestó la María Tomasa.

—¡Qué bueno! ¡Ojalá que no salga desvariando!

—Saldrá bien —respondió la María Tomasa. Y siguió descamando el pargo, que para la Paca era el mero y lavando las boronas del arroz que todavía quedaba de la cuota del racionamiento en una olla de la cocina.

—¡La María Tomasa no ha comido mero!
—insistió la Paca—. ¿Crees que le guste?

—Sí que le va a gustar —le siguió el hilo la María Tomasa.

—A mí me va a gustar que le guste —dijo la Paca, riendo alegremente replegada al monótono vaivén del bote imaginario.

—No hay nada más rico que la carne de mero —aprobó la María Tomasa, que había pasado la mañana tratando de quitar a la Paca del frente del alambre en donde se colgaban los peces. Intentaba contrarrestar aquella obsesiva confusión que se había vuelto un espectáculo cuando los muchachos pasaban a la escuela. “Apenas ve un pez colgado del alambre se le viene a la mente el asunto del mero”, decía la muchacha. De tal ma-

nera que desde que le dieron de alta en el hospital, la Paca actuaba como que si fueran dos las Pacas: la Paca del bote y del mero, y la Paca de la Paca, de Domingo Artola.

“Menos mal que descubrimos el secreto”, se alegraba la Paca de la Paca, hablando de sí misma, satisfecha de poseer el privilegio de cambiar el estado del tiempo de su mente con la facilidad con que el camaleón cambia el color de la piel, y la luna el flujo y el reflujo de las mareas. “Es como si fuera la dueña de una silleta encantada. Apenas me acomodo, voy de viaje”, se reía.

Lo que al principio pareció un misterioso influjo de brujerías y encantamiento que nadie podía explicar, fue convirtiéndose en un vacilante deseo reprimido de algunos insatisfechos del Puerto, que en vez de trabajar hablaban de pactos con el demonio, de duendes de diez centímetros, y de tesoros escondidos en las tumbas de cementerios abandonados en los que aparecían espantos.

La silleta no sólo fue amenazada por la audacia y la temeridad de los vagabundos, que intentaron robarla para disfrutar de los vuelos alucinantes sin escalas, en los que permanecía la Paca, sino que también fue objeto de la conspiración de los imperios en conflicto. La idea de robarla fue del internacionalista húngaro, Olovtef Burgadín, quien como asesor de su gobierno en la investigación de los fenómenos del espacio pensó en usarla con el propósito definido de interferir el desarrollo del Plan de Guerra de las Galaxias del Presidente Reagan. “Intentaré salvar a mi país del doloroso, inmoral y maldito espectro de la

conflagración atómica”, pensó. “Además, con esto, mi candidatura al Premio Lenin de la Paz quedaría confirmada para el futuro”.

Semejante proyecto trajo una serie de situaciones tan desmesuradamente desagradables y complejas, que el experimento hubo que suspenderlo debido a que los exámenes electroencefalográficos, y las tomas de la presión sanguínea, y los recuentos globulares, y las urografías, y todo aquel desplazamiento de aparatos con los que se ve aterrorizado un paciente, hicieron a la Paca reaccionar de tal manera que destruyendo toda aquella armazón en que la habían metido, mandó al diablo al camarada Olovtef, y por primera vez en muchos meses su estado mental fue tan lúcido, tan humanamente perfecto y tan lógicamente sincronizado que dando un golpe seco con su puño de palo a una de las lámparas del quirófano, dijo: “Lo que han hecho conmigo no tiene perdón de Dios. ¡Los muertos deben estar en sus tumbas!” Y salió ante el estupor del sabio búlgaro y el descorazonamiento de la Corinita y Domingo que ya estaban haciendo planes para montar un centro de nudismo en el Puerto. “Vamos a hacernos ricos con los desnudos de todo el mundo”, soñaba la Corinita.

Disfrutando de aquella conciencia de resucitada, pasó la Paca un buen tiempo feliz, en el que volvió con sus antiguas preocupaciones domésticas de si habría o no que comer el día siguiente, o que si ya todo el mundo estaba en la cama cuando eran las once de la noche, o si se había pagado el recibo de luz para que no la cortaran en Nagarote, y hasta preguntaba por Napudonoso, Hércules, la Corinita y Gerancio, que pasaban meses enteros sin dar indicios de vida, como si no tuviesen mama.

La estupenda decisión de la Mengana de esconder la silleta, parecía ser la clave de aquel ordenamiento mental en la memoria de la Paca. La silleta fue sustituida por la televisión que el coronel Rigoberto Galán, G. N., había perdido en el saqueo a manos del jefe de aquel despelote, comandante Hércules Artola. Pero la otrora, pescadora consuetudinaria se embobó a tal grado con la pantalla chica viendo desfiles y prácticas militares, que recordó la típica chifladura de Hércules a su regreso de la famosa cárcel política. “¡Si éstos pueden llegar allí! ¿Mi muchacho por qué no?”, se preguntó. Y desde aquel nuevo lavado de cerebro en que había caído la Paca con el televisor del coronel Galán, no existió un sólo minuto de reposo en que no se la oyera dando órdenes de derecha a izquierda, y desplazando marchas y contramarchas, y disparos de cañones cuatro bocas, y de morteros de ochenta y un milímetros, con los batallones bajo su jefatura que se habían salido de la pantalla. Del mal pacífico y hasta divertido del mero, había pasado a la catastrófica y desafortunada enfermedad de la guerra total, con la que destrozó los más elementales utensilios de la cocina, los cuales convertía en bombas, cañones, morteros, carros de guerra y hasta minas que se rompieron, estallaron y crujieron por todas partes. Una de tantas mañanas en que la frenética locura de destrucción llegó a su clímax, amaneció emulando a Nerón, al que había visto recientemente en una lamentable parodia de Chespirito. “¡En esta casa todos están locos! ¡A esta mierda hay que pegarle fuego como a Roma!”, gritó. Y se puso a cantar La Sapita, acompañada de golpes en un caldero, y brincos de rana en el centro de la glorieta.

El endiablado calor generado por las llamas que llegaban al techo, hizo dar un salto a los hijos de la Paca, y fue un aviso a distancia para que de todos lados acudieran los curiosos formando un gran alboroto. Los carros de bomberos con sus potentes chorros de agua y sus químicos contra incendios, trabajaron con tanta eficacia que lograron poner a salvo parte de los enseres domésticos más importantes de la Paca. El televisor del cuento fue sacado con vida por el chofer de la bomba que era un amante de los muñecos animados.

“¡Fue Nerón. El lanzó las bombas incendiarias”, aseguró la Paca, mientras seguía marchando en los escombros.

XI

Fue tan fácil reconstruir el rancho de la Paca, con la intervención incondicional y solidaria de los parientes y amigos, que hizo pensar a los maridos, si no sería conveniente incendiarla de nuevo para que la hiciesen más grande y tener cuartos individuales.

La televisión había vuelto a su lugar en la esquina del molendero junto al dormitorio, con el inconveniente de que las tribulaciones de la Mengana y la María Tomasa no tenían consuelo, suponiendo que la Paca llegaría al final de sus días marchando.

Con el entronamiento del aparato, había vuelto el dolor de cabeza del disparatado problema del ejército revolucionario con el que la Paca preparaba su golpe de estado. Se levantaba a las tres de la madrugada, apenas escuchaba cantar a los gallos de Tencho tres veces, y se disponía a ejecutar sus marchas, sus contramarchas, y a lanzar desaforadas voces de mando, que hacían que todo mundo bostezara el santo día siguiente, sumido en el más miserable desvelo. La situación se tornó tan grave y desesperada, que Ariosto Canales y Domingo Artola, acostumbrados a roncar

de día y a armar sus algazaras por la noche, montaron sus parrandas de día y dispusieron dormir de noche, el tiempo justo que podía aprovecharse antes de que comenzaran las paradas militares y los ejercicios de tiro del ejército de televisión de la Paca.

La difusión del extraordinario fenómeno de guerra había comenzado como lastimoso y cristiano cuchicheo de vecindario, y luego caminó de boca en boca entre los consiguientes comentarios y las desternillantes carcajadas, llegó a oídos del camarada Olovtef Burgadin, en la reunión de rincón de su embajada. Le dio tanta pena al investigador de los fenómenos del espacio que ahora investigaba otro asunto, que regresó al Puerto con grandes remordimientos de conciencia, y se dirigió a casa de la Paca. Pero no tuvo tiempo de bajarse del vehículo que conducía, porque cuando su ex-cobayo le vio, le dio tanto coraje, que en un arrebato de su incontrolable sentimiento de comandante del televisor, lanzó contra el científico una andanada de vísceras de pescados y huevos podridos. La exposición al ataque de las porquerías de la Paca, de ninguna manera descorazonó al arrepentido investigador que había llegado con cámaras de películas infrarrojas de la más adelantada tecnología para detectar cualquier fenómeno, sino que todo lo contrario, constató, y pudo confirmarlo de oídas, que la silleta de la Paca había sido también consumida por el fuego. Este descubrimiento le hizo concluir que la visita no había sido en balde, y que tenía en las manos la clave del serenamiento físico de la Paca. “Le daré a hacer una silleta igualita”, pensó Olovtef. Y con la esperanza que su viaje había constituido un éxito, buscó el ebanista especializado, madera apropiada con los mis-

mos jaspes, altura proporcionada de las patas y el espaldar y orientado con algunas fotografías a colores que se habían tomado antes del incendio, se entregó a la tarea de hacerle construir a la Paca su silleta.

Meses más tarde, cuando al frustrado científico después de mil meticulosas objeciones, le entregaron por fin la silleta, se dirigió al Puerto en medio de un cuerpo de seguridad que su embajador había previsto por desconocimiento del asunto. Con un catalejo pudo observar a distancia cómo estaban las cosas para evitar una vergüenza. Con gran sigilo, y entre el misterioso susurro de un lenguaje que nadie del Puerto entendía, se acercó el camarada Olovtef, silleta al hombro, al rancho de la Paca. Era la hora de la cena y las tropas estaban descansando, mientras la Jefa dormía el sueño abotagante de una sopa de cangrejos con camarones revuelta con espinazos de garrobo.

—¡Duerme como un comandante! —dijo Olovtef sonriente.

—¡Hoy se levantó desde la una! —señaló Domingo—. ¡Ya aquí nadie trabaja por el desvelo!

—¡Ah! —exclamó la María Tomasa, con ironía—. ¡Mi abuelo, el trabajador!

—He pensado mucho en doña Paca —dijo Olovtef—. Decidí regalarle una silleta para reponer la que perdió con el incendio.

—¡Qué bueno! —dijo la Mengana—. ¡Sale al pelo!

—Mañana es el día del cumpleaños de la Paca —intervino Ariosto.

—Dígale a doña Paca que la silleta es el regalo de cumpleaños de su amigo, el científico de los fenómenos del espacio —explicó Olovtef.

—Vamos a decírselo —respondió la Mengana.

—Debería de venir mañana por estos lados —dijeron todos en coro.

—Veré si es posible —dijo el científico—. Hasta luego.

Y dio la vuelta. Pensó que con la llegada de la silleta quedaba cancelada la deuda que había contraído con su conciencia, en la investigación de la alucinación de la Paca que él había confundido con un caso de parasicología hiper-espacial que su computadora había diagnosticado.

La instalación de la silleta en el lugar adecuado fue como la desvelización de una estatua o la botada al mar de una embarcación importante. Todo el mundo quería estar presente para no perderse los detalles. Y no sólo eso, sino que fue necesario el consenso democrático en una votación secreta para dirimir la opinión mayoritaria de la familia. “¿Sigue la Paca con el televisor o se le pone la silleta?”, fueron las tesis en pugna. Hubo discursos a espaldas de la Paca, y hasta se pintaron mantas en pedazos de fustanes que estaban sirviendo de limpiadores, para propagandar las tan controvertidas opiniones de los quisquillosos parientes. “¡Viva la silleta! ¡Muera el televisor!” “Televisor sí, silleta no!”, eran dos de las más equilibradas pancartas, porque había algunas en las que las pasiones al rojo vivo decían cosas que daba vergüenza repetir. El conflicto de la silleta de la Paca, en el cual poco a poco fueron involucrándose todos los habitantes del

Puerto, fue alcanzando tales proporciones que los ciudadanos lo recuerdan aún como la primera elección libre, en donde sin mancharse el dedo de tinta indeleble, se votó por un asunto de interés social que afectaba a todo el vecindario. De esta manera, la Paca volvió a la silleta, y la silleta del camarada Olovtef, a ser el bote imaginario de la Paca.

El triunfo de los electores de la silleta fue celebrado con el cumpleaños de la Paca que Ariosto Canales, el primero, y Domingo Artola, el segundo venían planeando tan en secreto como fue planeada la primera elección libre del Puerto.

Sin que lo sospecharan la María Tomasa, ni Fermín, ni Dimas, ni la Mengana, muy a las seis de la mañana apareció Gerancio con la Corinita, en el viejo Ford V-8 de los amigos de la Escualida, cargado de cohetes, cajas de aguardiente y bebidas gaseosas. Abrazaron a la Paca que ya estaba pescando, y comenzaron a barrer la casa, a poner las cortinas del Bar de la Chorro de Humo, a ordenar el fogón para calentar la fritanga, a lavar los vasos en que servir los tragos, y a picar el hielo para guardarlo en la nevera que habían traído de Managua.

Ocho días con sus noches completas duró la fiesta de la Paca, en un tremendo alboroto que no tuvo precedente. Llamó tanto la atención el ruido de la electrola, y los desafortunados gritos de los invitados, que a la medianoche del domingo, como si fuese una parranda de burdel, un grupo de grumetes acompañados del práctico de barcos petroleros, buscando con quién divertirse se sumaron al desenfreno. "Le dieron un topetazo al barco", explicó uno de los grumetes refiriéndose al estallido de una mina sembrada por los botes

“pirañas” en la ruta de la entrada al Puerto. “Mientras lo reparan nosotros nos pondremos en condiciones”. Llegaron recomendados por el doctor Roque Malpaso, quien se sentía con el más absoluto derecho de hacer lo que le viniera en ganas. Manejaba la consulta externa y los talonarios de recetas que daban acceso a los medicamentos gratuitos de la Planta. El doctor Malpaso había asistido a la Paca en los días de crisis del mero, cuando fue rescatada de las olas con una insolación de tercer grado, y una congestión orgánica general que la mantuvo en coma y al borde de una muerte imprevisible. “Atendió a mi mamá como si fuera la suya”, no se cansaba de pregonar la Corinita. “Y Roque fue tan fino que me llevaba y traía del hospital dos veces por semana para que fuera a visitar a mi mamá”. De esa relación médico-paciente que convirtió al doctor Roque Malpaso en uno de los tantos maridos ocasionales de la Corinita, nació aquella amistad con la familia Artola Canales, de la cual Hipócrates debió sentirse horrorizado, y la Corinita, la mujer más desgraciada del mundo. La culpa la había tenido Domingo. Sucedió el martes de la semana del jolgorio. La Paca se mantenía abstraída, lanzando el trasmallo de su imaginación, y halando el anzuelo en su obsesiva persecución de los peces. Los grumetes estaban bailando una balalaica tocada con la guitarra de Ariosto a falta del idóneo y bien calificado instrumento. Gerancio estaba boquiabierto, hablando del país de Blanca Nieves y del truco al que tuvo que recurrir el príncipe encantado con la zapatilla de cristal, para evitar que le diera gato por liebre la madrastra a la Cenicienta. “¡Quisiera ser Simbad el Marino para conocer esas tie-

rras!”, dijo Gerancio, siempre metido en la locura de los viajes a países lejanos, remotos, inexistentes. “A lo menos ser mariposa”, suspiraba.

—Las mariposas tienen vida corta —aclaró el grumete que había sido estudiante de entomología en sus breves días de colegio—. Si uno ama la vida no vale la pena ser mariposa.

—¡La muerte es dulce cuando se vive de flor en flor! —exclamó Gerancio, la Escualida, con tono grave, de filósofo, agazapado en el problema de su sexo.

—Yo prefiero morirme de viejo —dijo el grumete.

El diálogo de la vida, la muerte, el amor, los viajes y las mariposas quedó inconcluso con la presencia intempestiva del doctor Roque Malpaso, que quedó viendo a Gerancio como quien encuentra una cosa que se la ha perdido, con una satisfacción absoluta.

—¡Con su permiso! —dijo al grumete.

—Usted lo tiene, doctor.

—¡Vamos! —le dijo a Gerancio.

—¿Adónde?

—¡A bailar ese tango!

—¡Qué va a decir el público, doctor!

En realidad, en la electrola sonaba un bolero, pero como el grumete hablaba de Argentina, el doctor Malpaso hizo alusión al tango.

—¡Anda con sus tragos el doctor! —dijo Tencho.

—¡Extraño! —exclamó Fermín—. ¡Sabía que no tomaba un solo trago!

—¡Eso creía yo! —volvió Tencho.

Pero el diablo es el diablo, y el doctor Roque Malpaso, que además era débil de carácter, cedió a las insinuaciones pecaminosas de Domingo Artola, quien cogido en una borrachera concentrada, giraba y giraba en su rededor tentándole con la botella:

—Uno nunca hace daño, doctor.

Y le hacía un repunte con la guitarra, tocándole el Barrilito Cervecero que según los cuentos de la Corinita tanto le gustaba al doctor, y volvía tentándole:

—¡Usted sabe que uno es bueno para la circulación de la sangre, y para engañar las penas!

Iba y venía, y le seguía rondando, haciéndole agua la boca, de tal manera que el doctor Roque Malpaso comenzó a babearse por dentro, y saborear el trago con la boca del estómago, y a tragarse la saliva con una desesperación que en sus años de vida jamás había tenido. En el transcurso de la fiesta, con su seriedad hipocrática metida dentro de su pantalón blanco y su camisa guayabera del mismo tono, ni siquiera se atrevía a hablar de cosas que no fueran los problemas de las epidemias de diarreas que estaban diezmando a los niños, y de la difícil tarea de contrarrestar la avitaminosis de las embarazadas con el problema de la escasez de alimentos por el bloqueo, y la falta de suficientes camas en los hospitales para atender a los heridos en la guerra. “Los yanquis

tienen la culpa de todo esto”, afirmaba con la seriedad de galeno con la que diagnosticaba un paludismo. “Los yanquis con su bloqueo comercial han venido a pupusearse en el pueblo”.

—El problema podría contrarrestarse con vitaminas enviadas por el pueblo ruso, mientras solucionamos el problema de la comida —dijo el práctico creyendo dar una respuesta.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! —argumentó el doctor con un tono de sobrada sapiencia—. ¡Los rusos no producen vitaminas, porque son un pueblo sano, robusto! La vitamina es un problema histórico de los países atrasados. Los comunistas hemos superado esa etapa.

Y haciendo a un lado las diarreas, el paludismo y el engorroso problema de los embarazos con el que había hecho alusión a la Mengana, se exhibió sobre Marx y Lenin, los profetas del mundo socialista, con los que la revolución tendría una deuda externa de por vida. “¡Es tan grande la deuda revolucionaria del amor, la paz y el afecto con el pueblo soviético —aseguró con ciega vehemencia—, que nuestro agradecido y heroico pueblo no podrá ni siquiera abonarle los intereses!”

—Los gringos tienen a este país en el fondo del barril —estaba diciendo, cuando exasperado por las insistentes invitaciones de Domingo Artola, después de sentir el atornillante tirabuzón de un trago en la garganta, le llamó aparte y le dijo:

—Okey, tentador. ¡Por complacerte, me voy a tomar uno solamente!

Y escondido en la tumultuosa bullaranga del festejo, limpiando el pico de la botella con la manga de la camisa, en un gesto muy clásico y amanerado, doblando el codo con satisfacción indescriptible, agregó: “¡A tu salud, viejo cagón!” Y se fue a seguir hablando con el práctico.

Cuando retomó la palabra, el tema de Marx y de Lenin ya se le había olvidado. Disertaba sobre la grosería del gobierno con los impuestos del guaro. “En esto si no estoy de acuerdo con el Ministro de Finanzas”, argumentaba. “No hay razón para que le suban a la única diversión que le queda al pobre pueblo trabajador con el alboroto de esta agresión”.

—Menos mal que usted no bebe —le contestó el práctico.

—En ocasiones como ésta, me gusta tomarme mis traguitos.

—¡Ve qué cosas! ¡Yo que creí que el doctor Malpaso no tomaba nunca! —volvió el práctico como si estuviese hablando con otro.

—¡Tomo como la gente, en ocasiones especiales como hoy que es la fiesta de doña Paquita! —aseguró el doctor Malpaso, cambiando el tono del consultorio por el de una voz indulgente y zalamera.

—Nos vamos a entender mejor —sonrió el práctico.

El famoso traguito de Domingo Artola fue para el doctor Roque Malpaso, lo que la famosa manzana del Paraíso había sido para Eva. El primer contacto con los labios le había inflamado la sangre, alegrado el corazón y estimulado la ca-

beza con tan porfiada contumacia, que le hizo recordar tiempos que estaban relegados a la prehistoria de los recuerdos en una reencarnación erótica que le sacó de sus cabales, y le arrastró a tararear tangos de Carlos Gardel y dramáticas melodías de Mozart, de los que no podía liberarse.

“Mañana será otro día”, había dicho a Domingo cuando se empinó el quinto trago doble que lo desdobló de tal manera, que sacándole el otro yo que mantenía encadenado en el cuarto de la vergüenza saltó al ruedo después de arrollarse el pantalón, y se puso a bailar solo, —entre las risas y los apenados comentarios de los invitados— el caliente y rimbombante zandungueado de El Polvorete.

—¡Viva el guaro! ¡Vivan las muchachas de pantalones! —gritó desafortadamente.

Después de semejante desparpajo fue que bailó el tango con Gerancio.

—¡No sé si debiera irme! —confesó la Corinita a la Rosenda, con ahuecada voz, en que más que los sollozos, estaba abundando la vergüenza—. ¡Este hijo de puta merece que se la arranquen y se la den a los perros!

—¡Es la triste realidad de la vida! —la consoló la Rosenda, secándole las lágrimas con el pañuelo blanco que le había regalado Tencho—. ¡A mi se me volvió impotente, y a vos te salió marica! ¡Olvidalo! No hay nada que hacer.

Pero la Corinita no se fue ni lo pudo olvidar fácilmente. Mientras el doctor Roque Malpaso y Gerancio, la Escualida, se divertían hechos un molote en la más abominable vergüenza, la Corinita permanecía agazapada en la frustradaecedora de sus sueños.

“¡Y yo que me hice tantas ilusiones!”, protestaba dando con la frente del dolor, golpes secos, inmisericordes, contra las paredes movedizas de su recuerdo. Ya estaba lista para dar el salto, y hasta había comprado un librito por recomendaciones de Malpaso: “El buen vivir en sociedad, no es un secreto sino una trampa para descubrir recién llegados”, se mordía los labios. Era un tratado simplificado y sencillo para aprenderse rápidamente y de memoria. Asociaba el uno con una respiración profunda, y el dos con una frase aprendida para el caso y luego se extendía en cómo debería vestirse la señora a la hora del coctel, y en qué ocasión convenía que un ramo de rosas rojas fuesen preferibles a un bouquet de claveles para adornar una mesa. Así también, cómo deberían ponerse los platos y en qué orden deberían ir apareciendo las comidas antes de que llegasen los postres y se hubiesen saboreado los vinos. Hablaba no solamente de la música sino que también de las pinturas que deberían estar decorando las paredes de la casa de una familia elegante. “Es muy buen libro. Yo tenía uno”, le había dicho el doctor Roque Malpaso en una de las famosas conversaciones con que acostumbraba deslumbrarla hablándole del mundo de la Planta que era como hablar del arcoiris a uno que había sido ciego de nacimiento. “Con el doctor Malpaso sí que me voy a poner un candado en la cosa —se había jurado a sí misma—. ¡Adiós mundo miserable y pendejo! ¡Adiós pobreza! ¡Adiós mierda disfrazada de gente!

Lo había gritado con todas las fuerzas de su galopante ambición en la plaza pública del arrepentimiento, en donde muchas veces, pasaba las noches llorando, pensando en que el mundo era

una solemne pendejada, un truculento engaño con el cual se divertía la muerte mientras retorcia el cuello de la vida.

El jueves por la noche se apareció Napudonoselo, el pastor. Había alcanzado el grado de predicador de los Testigos de la Unica Iglesia de Cristo. Se había convertido en un hombre sereno y tranquilo, con calculadas ínfulas de yoquepierdista, que parecía estar padeciendo de amnesia, deambulando en un mundo idílicamente celeste.

Fue a abrazar a la Paca, y como había ocurrido a los hermanos, la encontró pescando, llena de una tranquilidad como la suya, en paz con su alma y con algunas libras menos, porque con la fiesta se habían olvidado de alimentarla. Pero ella parecía no escuchar el alboroto. En su abigarrada imaginación de pescadora, florecía ante sí el mar con todas sus criaturas vivientes y su ululante oleaje que se esfumaba como vidrios pulverizados sobre la cordillera de arrecifes de la bahía.

—¡Quítate del frente que estoy pescando! —le dijo la Paca—. ¡Te voy a golpear con el anzuelo!

Napudonoselo se quitó porque conocía a su mama, y podría darse el caso —tal era la convicción de su tarea—, que convirtiera sus pensamientos en anzuelos de puro acero niquelado, así como Poncho, el tío difunto, había transformado sus noches de orgías alcohólicas en verdaderas legiones de diablos azules. Estaba convencido de que con un creyente uno no podía confiarse de nada, porque los caminos del diablo están contruidos no con asfalto común y corriente, sino que con el cemento del engaño y la cal de la tentación vanidosa que es la argamasa del escándalo.

—¿Qué querés? —le preguntó al pastor converso.

—¡Estoy llegando, mama!

—¿De dónde?

—De pastorear almas, mama.

—Creí que estabas pastoreando vacas —dijo con la más absoluta seriedad, pensando en que no había tenido suerte con la pesca.

Los demonios del disparate de la Paca, estaban tan bien programados en su memoria de computadora, que eran capaces de inventar sus propias lunas llenas, sus cuartos menguantes, sus mareas altas y bajas, sus terribles huracanes y pasajeros ventarrones, lo mismo que las horas de pique de los peces en donde la pesca se volvía abundante. Era este el momento en que la Paca aprovechaba para internarse sobre el bote de su silleta al oeste de donde flotaban las boyas de los petroleros, y dejaba extendido su trasmallo, el que regresaba a recoger más tarde.

—¿Qué dijiste?

—Que vengo de la Iglesia, mama.

—¿De cuál iglesia?

—Soy un testigo de la última Iglesia de Cristo, —aclaró Napudonoselo con tímida convicción previendo el comentario de la Paca.

—¡Menos mal, porque sos muy muchacho para ser el testigo de la primera! —siguió la Paca alisando la cuerda que se le había enredado con el anzuelo.

Napudonoselo había tenido la suerte de sacarle algunas palabras a la Paca. La computadora aunque tenía programados los registros del tiempo y todo lo relacionado a las cosas del mar, y a los ejercicios de guerra, fallaba lamentablemente cuando se trataba de recordar los rostros y los nombres de la familia. Confundía a Salvito con Fermín, y a Tencho con Ariosto, aunque el primero era alto y erguido, y el segundo parecía una mezcla entre perrozompopo y comadreja, y al tercero todo mundo lo confundía con un saltamontes, y el cuarto era tan morado como una berenjena y tan gordo como un melón californiano. Eran la excepción de la regla, Hércules y la María Tomasa, algo que nadie lograba explicarse.

De tal manera que ese embobamiento en que cayó la Paca con la palabrería de Napudonoselo, fue tenido por los demás como una especie de milagro. Había pasado el pastor cuarenta y ocho horas a la diestra de la Paca, pensando en que si lo hacía a la siniestra podrían empeorarse las cosas. Comenzó orando en una forma extraña, entre pequeños y lánguidos quejidos que hicieron huir aterrorizados a los grumetes del barco petrolero en una forma inexplicable. La oración hizo cambiar el rostro engraido e impasible de la Paca hacia una actitud amistosa y terrenal que la hicieron olvidar la sileta.

—¡Vamos, mama, te invito! —habló Napudonoselo, cambiando su voz de predicador por el sencillo tono del hijo de la Paca—. ¡Ahora que te bajaste del bote sí que nos vamos a entender!

—¡Vamos, hombre! —dijo la Paca.

Era sábado por la noche. El lodazal de los desperdicios y el olor rancio de las cazuelas vacías llenaba el rancho de la Paca con la virulen-

cia con que el arrepentimiento abrasa la conciencia de un condenado a muerte. El ejército de la Mengana se divertía en una prolongada guerra con cáscaras de melones y huevos cocidos de tortuga que habían quedado rodando en el piso, y el comandante de Punta Janet aún no se decidía por dónde empezar para poner el orden en un bochinche armado por Tencho y el práctico debido a las liviandades de la Rosenda.

Desde el día anterior, instigado por las insinuaciones de Ariosto y Domingo, le habían pasado hostigando. Hasta le habían cantado coplas de doble sentido que dejaban mal parado al pobre Tencho y que le hacían recordar cosas terribles que en su conciencia amaestrada por la realidad de los hechos, ya las había perdonado. Salíó a relucir el chancho lleno de monedas de veinte pesos, y los anteojos de medida con aros sicológicos tal como los llevaba puesto la pretenciosa Rosenda, salieron a relucir los calzones con maripositas azules y rojas que se ajustaban a la parte baja del ombligo, salieron a relucir los zapatos tacón alto comprados en el mercado de chucherías de León, y la cartera de mecate traída de Guatemala, y salieron a relucir un sartal de incidentes que permanecían ocultos y que fueron saboreados con deleite por los que quedaban todavía participando de la fiesta. Fue cuando salió a relucir el doctor Dayaniro Munguia, el segundo médico de la Paca, el momento en que Tencho le dejó ir el manotazo que se fue en falso en el rostro de la Rosenda y tuvo que intervenir la ley y el orden representados por el comandante.

—¡Mientras usted toma una decisión le invito a que se tome un trago! —dijo la Corinita, mirando con un ojo la pistola del comandante, y con el

otro la derrengada humanidad del doctor Roque Malpaso, que dormía una mona de chanchos a la orilla del molendero.

El comandante se acurrucó en una esquina mientras su segundo se encargaba del alboroto. Se tragó el primer trago con una sed de ladrillo de barro, y la Corinita sirvió el segundo. “¡El práctico es práctico, y la Rosenda también! ¡Tencho sólo sirve para reserva!”, aclaró al oído del comandante. Y soltó una risita culposa sobre el hombro del militar que hizo pensar mal al Comandante.

—Es el problema de los que se las dan de muchachones —respondió el Comandante.

El pleito no pasó a más. Tencho se fue con su pena debajo el brazo, invitando a Domingo y a Ariosto para que fueran a destapar el chancho que con la esperanza de nuevas conquistas amorosas, persistía en llenar de monedas, que cada vez valían menos, con el galopante descalabro inflacionario. El domingo siguiente, en un ambiente de escombros, llegó a su fin la fiesta de la Paca. La de Tencho estaba comenzando. A última hora con sus obsesionantes pretensiones de conquistas, desistió de quebrar el chancho —como había propuesto a Domingo—, y optó por empeñar sus cosas más queridas. Primero fueron los zapatos los que empeñó por una botella de aguardiente y un cartucho de jocotes. “Te alcanzan únicamente dos más”, le aclaró Goyo, el cantinero, y le entregó un papel en donde Tencho dibujó el famoso garabato de la Campaña.

Después salieron las dos camisas deportivas que solía ponerse los domingos, y el pantalón blue jean con el que se pavoneaba en la costa del

mar frente a las veraneantes, en los días de Semana Santa. Todo lo fue tirando por la cantina como la Paca había lanzado los peces por la borda del bote de regreso al mar, agobiada por la inminente amenaza del peligro. "Sólo me queda el chancho", pensó. Lo mantenía como a un difunto, enterrado bajo siete cuartas de tierra, junto a la cabecera de la cama. Ariosto y Domingo que conocían de la existencia del tesoro, desde el primer día de la prángana lo habían pasado olfateando inútilmente. Luego desistieron, suponiendo que a fin de cuentas, a Tencho no quedaría otro camino que echar manos del chancho para contrarrestar aquel apremiante naufragio que amenazaba con dejarlo en pelos. Pero no fue así. "¡Que me maten primero, pero lo que es el chancho no!", reaccionó con resquebrajada firmeza en medio de una gran depresión alcohólica. "¡El chancho es de la María Tomasa!"

Ya solitario, descalzo y sin camisa, hediondo como no lo había estado en años con la piel resbalándose en los huesos, anegado en la gran tristeza de la hora crepuscular, oyó cantar a Napoleón, único sobreviviente de la debacle en el otra floresciente gallinero. Quedó viendo al gallo. Se le salieron las lágrimas cuando descubrió la cresta agobiada y el cuello pelado por los piquetazos de los pollos jóvenes en la hora de disputar la preferencia de las muchachas voladoras. "¡El pobre está para la reserva! ¡No servirá para otra cosa!", moqueó calladamente. Y después de largas confrontaciones con las reflexivas y tardías amonestaciones de su conciencia, sintió un aburrimiento inagotable, y se puso a dormir en el suelo, porque también se habían bebido la cama.

XII

En los ámbitos de la hechicería popular, el extraño comportamiento de la Paca después del accidente del bote, fue ampliamente conocido y divulgado a los cuatro vientos como la enfermedad del mero. Fue un fenómeno nuevo, no sólo entre asombrados habitantes del Puerto, sino que en toda la costa del Pacífico. Había sido una de las razones principales por las cuales, el búlgaro Olovtef Burgadín, se vio envuelto en el sorpresivo bombardeo de los huevos podridos días más tarde de su fallida experiencia con la silleta.

La enfermedad del mero, al principio, fue una cosa simple, sin importancia. Un asunto que más bien movía a risa y que hacía divertir a los muchachos. Pero aquella serenidad de la paciente, su increíble felicidad de paraíso con que mataba el tiempo pescando divinuras de peces, ensoñaciones de cangrejos, y excelencias de camarones que ya salían cocinados con todas las clases de aderezos y sazones de un exquisito plato imaginario, hizo hervir de envidia a quienes no padecían de nada. La enfermedad del mero generó una situación preocupante: el síndrome de la silleta. De tanto ver a la Paca. De tanto observar y estudiar aquella paz insólita, y aquella alegría

irreflexiva, los imitadores se dieron a la tarea fácil de construir silletas encantadas para alcanzar el estado etéreo y sublime de la Faca. Habían basado los cálculos en el modelo de silleta donado por el búlgaro para reponer la que había sido consumida por el fuego. “Si la silleta del camarada Olovtef funcionó ¿por qué no la nuestra?”, fue la opinión unánime de los ambiciosos constructores. El precursor de tal ensayo revolucionario fue un hombre triste y feo, negro como el carbón vegetal, pequeño y redondo como una pelota, con ojos y párpados de lechuga. Aunque se llamaba Cirilo Blanco, en las competencias de carnegües que inventaron los vagos a falta de corridas de toros para celebrar las fiestas patronales, le pusieron el sobrenombre de René Sinatra, que traducido al argot de la grosería significaba renegrado y sin atractivo, ocurrencia que estimulaba risitas, y en ocasiones hasta obligaba a carcajadas.

Casi al mismo tiempo, en todas las viviendas del Puerto comenzaron a aparecer carpinteros. Procedieron a derribar los árboles de maderas preciosas de los cuales quedaban los últimos, y se pusieron a construir silletas. “Este se debiera de llamar el Puerto de la Silleta”, había comentado un ruso gordinflón y colorado que se ponía a reventar de sol sobre la costa, mientras la esposa, una rusa rubia caucásica, también gordinflona y colorada, le servía tragos de vodka con bocadillos de caviar y galletas. “En vez de hacer silletas deberían dedicarse a la pesca”, respondía con voz estomacal la señora que ignoraba los asuntos del Puerto.

Y comenzaron los experimentos con las silletas. Se usaron diferentes técnicas para rastrear el enigma, pero no dieron resultados. “Debemos

de buscar una forma eficaz para desentrañar el misterio”, propuso René Sinatra, durante un concurso de carnegües amarillos del Puerto contra los carnegües rojizos combinados de Masachapa. No cabía dudas que la silleta de la Paca era una silleta especial. De tal manera que quienes se vieron involucrados en el diseño y construcción de la silleta, llegaron a sospechar de un truco que debería ser descubierto: a lo mejor, el inocente accesorio mobiliario, en su real y aparente estructura aunque lo pareciera, no era exactamente una silleta. La idea fue recibida con inusitada alegría, entre gritos y aplausos de los jugadores de carnegües que llegaron a la feliz conclusión de nombrar una Comisión de la Silleta. Ella se encargaría de averiguar todos los pormenores del misterio.

Desde la misma noche entró en funciones la Comisión de la Silleta. El nombramiento fue guardado en secreto, porque debería ser una comisión encubierta aunque la conocería todo el Puerto. Pero René Sinatra, Presidente de la Comisión, encontró una serie de problemas de fondo para investigar el mueble: la silleta de la Paca había sido quitada del frente del rancho, y la Paca estaba ausente, asistiendo a una vigilia de los Últimos Testigos de la Iglesia de Cristo en Mesas Grandes, acompañando a Napudonoselo.

Luego la Comisión de la Silleta decidió ensayar el chantaje con Ariosto, pero tampoco tuvo éxito. El padre de Napudonoselo estaba enfermo, rabiando por un dolor de muelas, y no tenía interés en saber de nada ni de nadie. “Cuando quieran hablar conmigo, a lo menos pidan audiencia, jodido”, fue lo único que pudo contestar cuando le hablaron del asunto. Entonces, deci-

dieron ponerse al habla con Domingo. Le calentaron la ambición ofreciéndole una guitarra nuevita, española con el requinto plateado, para acompañar las tonadas de La Sapita y El Cubanito que nuevamente se habían puesto de moda. Le tentaron tanto que fue a buscar la silleta, pero le fue imposible encontrarla. “¡Parece que ya se les adelantaron a ustedes! ¡Creo que se la robaron porque la busqué por todos lados!” , aseguó.

La Comisión de la Silleta recomendó la estrategia de buscar casa por casa, usando el perro policía de la Planta. Entraron en todas partes sin que la gente sospechara en lo mínimo, fingiendo ser de la Comisión de Agua Potable que se fundara cuarenta años antes para intentar la perforación de un pozo. Pero tampoco descubrieron nada, aunque sí muchas silletas parecidas de quienes habían rumiado en secreto alcanzar el paraíso de la Paca. Semejante resultado les hizo cambiar de estrategia. René Sinatra, mientras entrenaba carnegües se planteó dos interrogantes: ¿radicará realmente en la silleta, o será en la cabeza de la Paca en donde habría que buscar la respuesta? Gerónimo Ramírez, otro estratega aficionado también a las competencias de carnegües, estaba claramente convencido, que no podía ser en la silleta ni en la mente de la Paca en lo que estaba sustentado el intrincado meollo de la cosa, sino que en la famosa experiencia del bote, y esotéricamente hablando sobre todo, en el aura de una jovencita no tocada por hombre alguno todavía. Fue cuando prepararon un viejo bote abandonado, similar al que don Venancio Mendoza había obsequiado a la fundadora del poblado. Y el mismo proponente de la nueva estrategia, sugirió los nombres de dos jovencitas a quienes habría que proponer el plan para que sir-

vieran de conejillos de indias en el experimento del bote. “Vaya a proponérselo a su mamacita”, contestó el padre de la primera candidata. De tal manera, que cambiando el plan de la búsqueda, decidieron recorrer casa por casa en donde vivieran las viejas más viejas y muchachitas sin experiencias de marido. Pero entre imprecaciones y mentadas de madre, el muestreo famoso de los candidatos a la silleta nuevamente se vio anegado en el fracaso. Alguien de los concursantes de carnegües sugirió que en la carretera de Managua al Puerto, había una casucha de cartón en donde una viejecita moribunda acompañada de su nieta, se calcinaba de hambre en el más miserable abandono. Le ofrecieron una casa en el Puerto, aparatos de televisión en la sala y el dormitorio, toda clase de utensilios y menaje, más dinero en efectivo y una pensión vitalicia que saldría de los lomos de la silleta. Pero el plan nuevamente fue un fracaso. Intervino activamente el Ministerio de Bienestar Social y de Protección a los pobres y la viejecita fue dejada en su casucha de la carretera ilusionada con que terminara la agresión extranjera para hacer un intento de mejorar su existencia.

No quedó más camino a los jugadores de carnegües que competir por suertes y a la taba, con las esposas y las hijas como candidatas a las investigaciones del bote. A falta de esposa, pues René Sinatra era un soltero empedernido, le tocó concursar con su madre. Con tal mala suerte que salió triunfante para desempeñar el papel de la Paca. Una sobrinita desnutrida y sin gracia, que más parecía un muchacho por el contorno de su cuarto trasero, fue la acompañante de doña Clodomiar Blanco, en aquella aventura quijotesca. Tuvieron que esperar varias lunas todavía

para favorecer el ensayo, viendo que el tiempo fuese parecido y oportuno como en los días del accidente del bote. Una madrugada de densos nubarrones, después del rezo de una sarta de oraciones de las viejas más viejas que estaban en el abordaje, más bien por curiosidad que por otra cosa, y con uno que otro ensalmo de un encantador que presidía la ceremonia de despedida, doña Clodomira Blanco se hizo a la mar acompañada de la sobrina enclenque y mal comida. Como por encanto, horas después se desató una tormenta de tal envergadura, que cuando la Paca regresó de Mesas Grandes después de los tres días de vigilia, René Sinatra y la Comisión de la Silleta aún estaban esperando en la costa, noticias de doña Clodomira Blanco. Nadie nunca supo más de la señora, lo que obligó a los competidores de carnegües a inventar otro tipo de juego en que invertir el tiempo perdido de aquel reloj sin horas de la vagancia.

Por otro lado, la Paca Artola tuvo que regresar en andas de Mesas Grandes. En lo mejor de la vigilia de la Última Iglesia de Cristo, cuando los fieles habían alcanzado una especie de éxtasis místico en el que daban grandes voces y se cogían la cabeza con ambas manos, llorando en medio de uno de sus incontrolables arranques emocionales, comenzó a cantar La Sapita, estimulada por el dolor y la tremenda lloradera de los hermanos de la Última Iglesia de Cristo. Felizmente estaban terminando la vigilia, y Napudonoselo se retiró sin mayores problemas.

Los ocho días de ayuno que había tenido la Paca, en los ocho días de comilona de la celebración de su cumpleaños, la habían dejado tan sin

fuerzas en las piernas, y con un vacío tan extraño en el estómago, que le sobrevino el decaimiento por el cual fue necesario usar las andas para el regreso.

Cuando la vieron entrar y observaron como los cargadores caminaban azorados entre una multitud de gentes que se habían sumado en el camino de los alrededores del Puerto, René Sinatra y el resto de concursantes de carnegües se integraron inmediatamente al cortejo. “No se preocupen. No es nada”, contestó Napudonoselo, con una cara llena de dolor porque le venían haciendo trizas los zapatos. “¡Después de todo, aunque pareciese muerta, vive!

René Sinatra subiendo a un promontorio en el camino alcanzó a ver el cuerpo de la Paca. “¡Va muerta!”, exclamó, cuando vio la cara de palo de la vieja salpicada de una palidez de cadáver, y los brazos y las piernas de palo tan rígidas como con una rigidez de cadáver, y la respiración sin el menor indicio de vida como es natural que acontezca en un cadáver, y aquel cortejo que se había vuelto numeroso tras las andas y el cuerpo de la Paca, comentando y averiguando cosas de la muerta, como ante las andas y entre el cortejo de un cadáver. Entonces el entrenador de carnegües entre gemidos calculados pensó: “¡Hombre! ¡Ahora sí que se jodió el negocio! Y regresó a la Planta con la triste noticia de la muerte repentina de la Paca.

Cuando entraron los cargadores del cuerpo de la Paca con el anda en hombros, ya Domingo y Ariosto estaban consiguiendo el guaro para el velorio.

—¡Hay que hacer una buena vela! —dijo Domingo.

—¡Es como si se hubiesen muerto dos mujeres, porque quedamos dos viudos! —argumentó Ariosto.

—Ni más ni menos —agregó Domingo.

—¡Aquí no hay ningún muerto! —gritó Napudonoselo cuando llegaron a preguntarle lo del entierro—. ¡Mi mama está vivita y coleando!

—Entonces, mejor —sugirió Ariosto—. Vamos a hacer una fiesta porque no se murió la Paca.

—Y otra fiesta, porque vino bien a su regreso de Mesas Grandes —secundó Domingo la entusiasta voluntad de Ariosto.

—Ustedes son como la revolución. Nadie trabaja, no hay nada de nada para comer, pero todos los días hacen fiestas.

—Ya le mandamos a pedir a la Corinita —intervino la Mengana—. No nos costará ni un centavo.

—Si es así, sí —dijo el pastor—. Además, me encontré con Hércules en León y parece que viene mañana.

—¡Mejor aún! Vamos a celebrar a Hércules y a la Paca —insistió la Mengana.

XIII

Desde el descalabro del mero a la fecha, veintisiete fiestas se habían celebrado en el rancho de la Paca, aprovechando su estado de inconciencia. Con la llegada de Napudonoselo y la misteriosa mejoría de la enferma, de pronto habían cambiado las cosas. La vida había vuelto a la normalidad. Fermín siguió en la pesca, acompañado de vez en cuando de Tencho. La María Tomasa estaba entregada a la tarea tequiosa de remendar remiendos en los pantalones y las camisas de Domingo, así como confeccionar collares de conchas y caracoles para los internacionalistas que merodeaban en nuestra tierra bajo la impune caparazón de cooperantes. La Mengana como siempre, llenando la casa de gritos con su incansable propósito de traer nuevos ciudadanos al mundo. Ariosto y Domingo habían cambiado de turno: volvieron a dormir de día para emparrandarse de noche y volver a desvelar a medio vecindario en el Puerto. La Paca con su constante ajetreo de ir y venir por todos lados: hacer que lavaba la ropa, limpiaba la cocina, atizaba el fogón, descamaba los pescados, sacaba el vaso de noche, retorció el dinero de las economías hasta no dejarle una gota para guardarlas en la alcancía del gallo, mandar

a los niños a la escuela en la que nunca habían maestras, oír los cuentos de sus mismos cuentos y desternillarse de la risa, revisar las tareas de los nietos aunque nunca habían tareas porque las maestras andaban en los talleres pedagógicos para dar seguimiento a los logros alcanzados, y replantear la planeación de los programas que trazarian los caminos de la praxis que transformaría el mundo del mundo, mientras el mundo de los niños del Puerto debería seguir esperando.

Cuando eran las seis de la tarde la Paca estaba agotada, y se sentaba bajo la glorieta a reírse del mar y a matar mosquitos a palmadas para liberarse del aburrimiento. En los días de mareas tranquilas había vuelto a manejar el bote para sacar cambutes de los arrecifes, y recoger las inmensas conchas de caracoles vacías para sonarlos con los pulmones de la ilusión y abrazarse a los viejos recuerdos del mero.

Habían volado los meses y era diciembre. Mataba el tiempo junto a la Mengana.

—Por estos días vienen los muchachos —dijo la Paca.

—Ya hoy estamos a siete.

—Antes a lo menos se celebraba la Gritería.

—Ahora la Virgen está pobre.

—Hay que tener fe. No hay que perder las esperanzas.

—¡Ah, mi mama! ¡Con esperanza no se come!

—Cierto que no llenan, pero mantienen.

—Menos mal —dijo la Mengana y se fue a darle el pecho al último muchacho que tenía dos meses de nacido.

—Don Inocencio tenía un amigo que decía que era millonario porque estaba lleno de hijos —gritó la Paca desde la glorieta—. ¡Cada hijo valía un millón!

—¡Qué manera de ser millonario! —contestó la Mengana desde el molendero.

—Si tú pensaras como ese amigo de don Inocencio, serías también millonaria.

—Tal vez tenía alguna finca. Era el hijo de algún señor rico.

—No. No tenía nada. Vivía en una casa de alquiler con su mujer y con sus hijos. Tenía doce hijos, y cada uno valía un millón, según sus propias palabras. ¡Tú que tienes trece, tendrías más plata que él!

—Hay locos de locos —dijo la Mengana, metiéndole el pecho al muchacho para que no siguiera llorando. Y agregó—: ¡Además, yo no tengo marido!

—¡Ah, puta más puta! —se carcajeó la Paca—. ¡Ese hombre no era un loco!

—¿Por qué lo dices?

—Porque trabajaba como un buey para mantener a su mujer y a sus hijos.

—Pues, estaba loco —gritó la Mengana—. ¡Sólo un loco hace esa cosa! Si no es así ¿por qué no se lo preguntas a Domingo?

—Hablamos de locos, no de huevones.

—¡Ja! ¡Ja! —rio la Mengana, dándole el otro pecho al muchacho que seguía llorando—. No te gusta que te toquen la llaga.

—¡Mejor hablemos del mero!

—¡Te hubieras casado con un mero! —volvió la Mengana cambiándole el pecho al muchacho, pues se estaba quedando sin nada.

—¡Hubiera sido mejor! —respondió la Paca—. ¡Los meros se mantienen solos!

Desde su regreso de Mesas Grandes, dentro de aquel aparente encierro, había continuado soñando con su pez. En ese ir y venir dentro de su mundo de tareas que no hacía nunca, sobre el inmenso mar azul de su nostalgia se levantaba el mero con su gran trompa rosácea y sus mandíbulas de hierro en un equilibrio formidable de fuerza y de belleza. Había cruzado la bahía de este a oeste, traspasado las boyas, penetrado por donde anclaban los buques petroleros, enfrentado mil tormentas y diez mil chubascos, repletado su bote de peces, burlado tiburones, y penetrado el mar profundo y misterioso abrazaba al gran pez.

—Creo que tienes razón: ¡Debí haberme casado con un mero!! —exclamó la Paca, pensando en el pez siempre como si no pensara en nada. “Una siempre está sola”, parpadeó contemplando el alambre en donde se secaban los pescados. “Aunque creas que estás con alguien, estás sola”. En segundos se puso a desenterrar el pasado. Habían sucedido tantas cosas desde el accidente del botte, que ya hasta había olvidado la mitad de su vida en el rincón obsoleto de la memoria. Era como si hubiese vivido dos veces en un drama de dos actos: el primero de la vida de su vida, y el segundo de la vida del mero que había venido a ser también su vida bajo una ligazón extraña de mágicas vivencias y acontecimientos imprevistos. “Ahora sos una ruina”, se había repetido con

insistencia tratando de llenar su nada después de su experiencia de las andas. “Una ruina real y respetable a quien acuden a ver de vez en cuando como si fueras el santo de una iglesia”.

—¿Sabes, Mengana?

—¡Sí, mama!

—¡Estaba pensando que soy una ruina!

—Es más ruina la mama de la renca.

—También estaba pensando lo que dirías tú si me hubiera casado con un mero.

—Diría que ya estarías loca.

—¿Y si no estuviera loca?

—Diría que ya estarías viuda.

—¿Por qué?

—Con tantos pescadores acechando a tu mero, ya estarías viuda. La hembra del mero que pescaste está viuda. En cambio, a Domingo nadie lo va a pescar. Lo tendrás vivito y coleando.

—Vivito y bebiendo —rio la Paca—. ¡Ay, Domingo, Domingo!

—Ya jodió este chavalito —dijo la Mengana y le pegó al muchacho en las nalgas.

—Vamos a ir uno de estos días al estero —sugirió la Paca—. Mientras componen el bote, podemos sacar un pargo después de que suba la marea.

—Que te acompañe la María Tomasa.

—No tiene tiempo. Está ocupada con la escuela.

—¡Estará ocupada con Tencho! ..agregó la Mengana con malicia.

—¡No te digo que soy una ruina! —se quejó la Paca. Y agregó—: ¿Cuánto tiempo hace que no ha venido Hércules?

—Tiene sus días.

—No vino ni a la fiesta del santo.

—Ni al bautizo del niño, ni a la alegríita que le hizo la Corinita a Gerancio —agregó la Mengana.

—¡Qué bárbaro! ¡No conoce al mero! —hizo una expresión de disgusto.

Y continuó de nuevo desenterrando el pasado, sumida en un estado anímico de abandono. Volvió a hacer el recorrido de la bahía, traspasó los arrecifes, evadió las boyas, enrumbó por la entrada de los buques petroleros, la rondaron los tiburones, le sonrió al viento y se montó en el mero que siempre estaba esperándola. Era la razón por lo cual había hecho la pregunta a la Mengana. Cuando estaba en lo que desde la costa era el horizonte de la bahía se ponía a tirar el trasmallo, y volvía a tantear el anzuelo. Para el doctor Dayaniro Munguía, la Paca era un caso perdido de irredimible obsesión de pesca. En esos días comenzó a pensar en el viaje, después de aburrirse husmeando por la silleta y el televisor en los más inverosímiles rincones del rancho. La sobrecogió en primer lugar, una sucesión de sueños fatalistas que se le convirtieron en ahogantes pesadillas. Veíase a sí misma anegada en un gran desierto de arena movediza, sobre el que no avanzaba una pulgada estremecida por la angustia. Era una lucha inútil. Un polvillo rojizo, atosi-

gante, que sólo había visto en las películas, le entraba por los ojos y le iba penetrando hasta los huesos. En ocasiones volaba. Pero era un vuelo extraño, en el que su personalidad se bifurcaba: una Paca levantaba el vuelo y la otra quedaba en tierra. Ambas podían detectarse sin incompatible diferencia.

Esta sensación de una doble existencia, era algo que no solamente le ocurría con el sueño. Se había acostumbrado de tal manera a la experiencia, que en los famosos días de la silleta se le convirtió en hábito. La Paca invisible era quien alisaba las cuerdas y ponía las carnadas en los anzuelos, arreglaba las roturas del trasmallo, llevaba el ancla y gobernaba el bote.

“Eres mi brazo derecho”, se le oía decir con frecuencia.

“Tú mandas. Eres la jefa”, se contestaba a sí misma.

Y continuaban ambas Pacas, una al lado de la otra, entregadas a la tarea intemporal que no podía ser medida con nada. Hablaban de todo. Había minutos en que salían a relucir hasta las más ridículas minucias generalmente borrosas en el tiempo, a las que llamaban el chingaste. “La gente goza con esto”, decía cualquiera de las Pacas. “El chingaste es como la sal de la vida”. Y reían filialmente abrazándose en carcajadas inenarrables, en que el filo de la memoria se volvía penetrante y seguro, y saltaban los lejanos días de don Inocencio Matusalén Cuadra y de las Torres, con los famosos concursos de belleza y los pellizcos en las nalgas a hurtadillas de doña Joaquinita. Entre los que consideraba su sueño más terrible estaba el de la mariposa. Había llegado a concluir

que era un sueño simbólico que tenía que ver con sus ánimos de juventud, de optimista esperanza y plenitud de ilusiones, cuando su madrina pensando en la hija que vivió esperando inútilmente, la matriculó en las clases de mecanografía de la famosa Escuela de Comercio de doña Justita Montatoros.

El sueño de la mariposa la había perseguido por años. Había sido un enigma indescifrable por las múltiples formas de manifestarse. Generalmente tenía lugar durante las primeras horas de sueño. Convertida en una mariposa azul con las alas doradas y los ojos de diamantes, comenzaba jugueteando de flor en flor en el jardín de doña Joaquinita. De pronto, arrebatada por un fuerte viento remontaba el vuelo deslumbrante hacia un extraño paraíso de ardiente ilusión. “Entra al cielo de las mariposas”, le decía una voz que a ella le parecía familiar, y que le había repiqueteado por vida, desde antes de su nacimiento. Y le entregaron una oruga de seda y oro que la Paca se prendió en el pecho, sobre el corazón. Un fuego intensamente doloroso comenzaba a consumirle las entrañas, y el mismo viento fuerte hecho ya un huracán arrasaba el cielo de las mariposas y se precipitaba desesperadamente en el vacío sin fin. El sueño de las mariposas era el único sueño en que no participaban las dos Pacas.

Esta martillante sensación de altura que vino a sustituir las fatigantes marchas militares y los imaginarios bombardeos de aviones supersónicos del ejército del televisor, y a poner fin a los agobiantes y agitados días de pesca en las profundidades brumosas de la bahía con el trasmallo y los anzuelos, fue la causa del destino inmediato de la Paca. “Estoy ocupada con la Estrella Po-

lar”, respondía por la noche cuando la María Tomasa le preguntaba por la tarjeta de racionamiento. “No coman mañana que para nada sirve”. Fue en los días anteriores al viaje cuando decidió construir con el concreto de la imaginación, un observatorio de las estrellas y un centro de espionaje de los aviones supersónicos, y de los gigantescos transatlánticos en los que algún día tendría que abandonar el Puerto, hacia un maravilloso país, solamente esbozado con el pincel increíble y la amalgama de colores de su paleta. En la ejecución de su idea, amaneció uno de tantos domingos, y se entregaba a ella diariamente desde la madrugada hasta que la abandonaban las fuerzas. En aquella nueva locura parecía mantenerse total y completamente abstraída. Midió el espacio en donde se asentarían los cimientos, tiró los niveles, fue colocando las piedras, hizo la mezcla minuciosamente para garantizar su resistencia, fue forjando las columnas y diseñó cuatro claraboyas viendo hacia los cuatro puntos cardinales por los que asomaba el catalejo giratorio, y remató la obra con un enorme reflector que podía alumbrar hasta los cráteres de la cara escondida de la luna. Treinta días completos duró la Paca en la construcción de su observatorio imaginario. “Ahora voy a esperar el día oportuno”, pensó. Y no despegaba los ojos del cielo como si se preguntara cuándo. A ratos, su imaginación era sacudida por ventarrones de vivencias familiares que se venían como oleajes de inesperados picos sobre los momentos de claridad de conciencia, dentro de un sereno e inesperado existir de su memoria. Era cuando pensaba en la familia en que el sentimiento extrañamente suyo de pescadora de ilusiones y de exploradora de galaxias lejanas de su enrevesado mundo imaginario, se le escapaba co-

mo un sueño al despertar, y surgía su otro mundo real, empotrado en el cepo de su rancho, siempre presente, irreversible y complicado.

—Al fin no vino Hércules —se quejó—. ¡Es como si me hubiese muerto que no le importo!

—Vino la semana pasada —afirmó la María Tomasa. Y agregó—: Se apareció acompañado de don Bermellón, el viejo flaco, hablantín, que te regaló las peinetas.

—¡Ah! ¡Ya recuerdo! —dijo la Paca, tocándose la cabeza, sabiendo que estaba mintiendo.

—Menos mal —se alegró la María Tomasa—. ¿Sabes? Mañana vamos a usarlo de nuevo —se refería al bote que estaba enjalbegando de alquitrán después de rellenar las rendijas.

—¡Hace tantos años que no me monto en un bote! —suspiró con alegría—. Recuerda: si vamos que sea ahí no más, al estero.

—Pensaba en lo mismo.

—¡Qué bueno! Vamos a gozar mucho —sonrió—. Ojalá que se aparezca Hércules. El podría acompañarnos también.

—Ojalá.

“Hércules es el mejor de todos”, pensó. “Ese muchacho se parece a ti. Tiene tu misma cara de palo”, recordó que se lo decían casi frente a frente.

—Realmente es una buena idea —brillaron sus ojos tristes—. ¡Es una buena idea! ¿Sabes, María Tomasa?

—Sí, abuela.

—¿Cómo es que dicen que es mi cara?

—Ya está listo el bote —fingió no escuchar a la abuela—. Ya sabes: mañana pescaremos en el estero. Recuerda: mañana en la madrugada.

XIV

Pasaron meses sin que nada excepcional ocurriera en el rancho de la Paca. La Jefa estaba sosegada y tranquila. Era feliz viviendo en repentinas y sostenidas ráfagas de olvido en las que acostumbraba emparedar la memoria. Atada a un recuerdo borroso que parecía detectar a ratos, se divertía matando el tiempo sin horas dentro de una incansable mustiedad de animal enjaulado. Iba y venía de León de vez en cuando, sin motivos. La sentaban en el atrio de la Catedral, junto a los leones de cemento, y allí se quedaba esperando, mientras llegaban a recogerla para el regreso. No sabía ni por qué muchos de los que pasaban a su lado le dejaban monedas y billetes de cien córdobas, que con el costo de la vida según ella eran estorbo y no valían nada. Pero gozaba viendo los billetes y con delicadeza de planchadora los iba estirando hasta dejarlo sin arrugas. Desde la segunda experiencia de los billetes, los viajes de los parientes de la Paca a la búsqueda de provisiones en el mercado de León, se vinieron haciendo más frecuentes, y la práctica de las limosnas se volvió tan rentable que hubo quienes intentaran conseguir a la Paca en alquiler para sentarla en el atrio, junto a los leones por la ma-

ñana y pasarla recogiendo en la tarde. “Hay que aprovechar como sea estos años de crisis”, había sugerido Tencho, quien fue el que despuntó con la idea. “Se puede venir un cambio y terminar con el negocio”.

Lo único digno de mencionarse en los momentos de lucidez de la Paca, fue lo de la huida de la María Tomasa, que días más tarde apareció sonriente y retadora detrás de las rejas de la ventana de Tencho. “Se entregó por la mierda esa del reloj”, la maldijo. “En lugar de ser una puta libre, prefirió ser una puta enjaulada”. Y los adjetivos comenzaron a proliferar uno tras otro en aquella martillante verborrea, que despuntó con “viejo pendejo con cara de perro sarnoso, cabrón desgraciado”, y otros innominables adjetivos que cayeron sobre él por meses enteros, y que para la casa de cartón de la humanidad solitaria de Tencho fue como “un diluvio de mierda, peor que el diluvio de balas que decían en los noticieros del gobierno que le estaba lloviendo a la contra”. Su rabia de leona burlada llegó a los extremos de espiar “al alcaraván” escondida en los matorrales del camino, para caerle encima como lo hace el gato con su presa, y llegó a sorprenderle, corriendo furiosamente tras de él con una pistola de juguete que por dos noches lo mantuvo encamado con una fiebre de pánico que degeneró en una acongojante diarrea maratónica.

Agotado su primer incontrolable arranque de celos, satisfecha su elocuencia verbal, desparrramada su ansia de agresión y ahogado en mortíferos eruptos su orgullo de leona burlada, rompió a llorar para deshacer aquel mar de lágrimas en una acusadora e incontrolable carcajada que por horas, indujo a los demás a hacer lo mismo. Repen-

tinamente se había visto a sí misma, proyectada en las decisiones de la nieta. Aquellos sus años de moza arisca, medio hija de dominio, medio vagabunda, dentro de la montaña de presiones y encendidos deseos eróticos que se desplazaban como pececillos hambrientos en el caudal vertiginoso de la sangre. Después de todo, se lo decía la experiencia, Tencho y la María Tomasa lo que era en asuntos de amor tenían los días contados. “Mientras la cachorra comienza a subir la colina, el león sin garras ni colmillos la está bajando”, se confortó. “El capullo se transformará en mariposa y levantará el vuelo para siempre”. La aberrante conquista amorosa del vecino, tendría el mismo desgraciado y lógico final que con Rosenda. Era cuestión de semanas. Tal vez de días solamente. Esto la tranquilizó.

Una de tantas madrugadas en las que la Paca estaba en la glorieta, pero no dentro del observatorio imaginario, porque estaba viviendo los estados de tragedia consciente dentro de su verdadera casa de locos mientras contemplaba cómo las olas del mar penetraban los resquicios de las piedras para luego desparramarse en espuma, creyó ver saltar entre las piedras un cardumen de peces que parecían huir hacia la costa espantados por algo. Aguzando las extrañadas pupilas de su instinto felino de cazadora, corrió hacia el lado de Punta Janet. Entró a las aguas y empezó a recoger macarelas de todo tamaño que iba lanzando a la arena para evitar que las olas se las arrebataran de las manos. Eran macarelas doradas, fosforescentes, de todo tamaño. Cuando descubrió la María Tomasa lo que estaba haciendo la abuela, fue a llamar a la Mengana, y cuando llegó la Mengana, volvió por Tencho, Domingo, Ariosto y el ejército de sus hijos, y pasaron toda la ma-

ñana recogiendo peces, y aún no pudieron ajustar con la tarde, y todavía amanecieron macarelas sobre la costa en medio de un hedor espantoso y una plaga de moscas que necesitaron expertos fumigadores y vacunaciones masivas para evitar las epidemias. “Ahora sí que se me va acercando el día del viaje”, pensó. Y recordó el famoso sueño de las macarelas que tanto le había intrigado. “Cuando las macarelas sean arrojadas por las aguas, y no te haga falta anzuelos para colmar de pescados el descamadero de tu casa, prepara realmente tu bote”. El mensaje del mar lo descifró como un presagio de su muerte. Y se puso a esperar pacientemente sin prisa, como quien tiene una cita con alguien que no puede faltar al compromiso.

En las incursiones de pesca, junto a los arrecifes, al otro lado de Punta Janet, Tencho era el encargado de los remos, y la Paca y la María Tomasa de mantener lisas las cuerdas y bien colocados los anzuelos.

La Paca navegaba tranquila y desafiante, recostada sobre el puente de proa del viejo bote, cual experimentado capitán con su pañuelo azul-floreado anudado en la parte posterior de la cabeza, y su camisa verde-olivo que le dejara Marcos para guarecerse del frío de diciembre. Solazaba su espíritu viendo verdear el agua en el fondo, observando el correteo de pececillos de colores en el lecho del océano, y el raudo y sigiloso paso de curvinas, pargos y macarelas, pejegallos y tiburones alrededor del anzuelo. “Te jodiste, hijo de puta”, decía, pensando en el mordisco del pez, en sus intenciones, soñando que lo elevaría en el aire como al bendito mero que le había trastrocado el juicio.

Esta especie de rutina unida a sus intempestivas sesiones de solitario aislamiento en el observatorio imaginario, era su mundo, lo que llenaba el existir de la Paca, hasta el día en que un explosivo retumbo, el estampido de un increíble cañón disparado desde lejos, en el cielo, traspasó todas las murallas del Puerto, trepidó en todos los cerebros, la hizo abrir desproporcionadamente los ojos, atravesó las piedras, agitó las aguas del océano y quedó resonando en el aire, llenando todas las cosas como con una carga mágica indescifrable. No fue sino hasta la noche, que los vecinos encendieron sus receptores, y el noticiero de la revolución pudo explicar el fenómeno: el Pájaro Negro, una invención infernal pasó violando nuestro espacio soberano.

“Es como si hubiesen chocado dos bolas coloradas de esas que cruzan en el cielo”, había dicho Domingo, desgajado sobre la hamaca de la glorieta, pensando en cuál sería la estrategia a seguir para orientar el nuevo día de parranda.

“Debió haber sido algún golpe contra los lados de la luna. La luna tiene muchos hoyos que le han dejado esos choques”, agregó Ariosto después de bostezar intensamente mientras afinaba la guitarra. Y ambos se quedaron cavilando sobre lo que habían repetido, y de lo que no podían entender ni pizca.

—¡Debe ser un super-avión —dijo Ariosto—. Ni siquiera nos dimos cuenta cuando pasó!

—¡O una cosa del diablo! —argulló Domingo—. ¡Sólo el diablo es capaz de hacer un estruendo como ése! ¡El diablo es el diablo!

—¡Chocho! ¡Hubieras visto a la María, tu nuera, cuando oyó el huevazo! ¡Hasta que volaba aquella renca en el aire! —se retorció Ariosto, ahogándose de la risa.

Todo mundo estaba diciendo algo del Pájaro Negro. Las mujeres paradas en los quicios de las puertas, o a través de las ventanas, o sobre los lavaderos mientras alistaban la ropa, o en la cocina, o sentadas en los andenes de las casas lo mismo que hacían los hombres, hablaban y hablaban, y no paraban de hablar del famoso estampido que había trepido en el cielo. ¿Qué peligro era aquél que asechaba de esa manera? ¿Era acaso el comienzo del fin en aquella endemoniada guerra? Hubo tensión, miedo, preguntas incontestables, suposiciones de una invasión evidente cuando al siguiente día, un nuevo estrepitoso estampido resquebrajó la bóveda celeste del Puerto. En cualquier momento podría desatarse el infierno, abrir las compuertas asfixiantes del demonio de la guerra, y hacer descender la muerte desde el firmamento.

“Esto sí que es una cosa mala”, había dicho la Paca desde el puesto de control en su observatorio imaginario, mientras los cañones cuatro-bocas de Punta Janet pasaron disparando ráfagas nocturnas contra insospechados enemigos invisibles que se movían en el horizonte brumoso del océano, fue prohibida toda salida por la costa a los buscadores de huevos de tortuga, y el gigantesco reflector peinaba con sus rayos de luz la erizada superficie de la bahía.

Con su potente telescopio fabricado por ella misma, con materiales ópticos extraídos de los ojos del mero, se ponía a desdoblar las arreboladas capas de las nubes, penetraba en las ocultas y

reverberantes inmensidades de su propia galaxia recordando con disimulado temor que su primera reacción había sido de angustia.

Fue hasta el tercer día de la exacta y expectante pasada del famoso Pájaro Negro, que la Paca ya no pudo conciliar el sueño. Se trasladó en cuerpo y alma al observatorio imaginario y no volvió a pegar los ojos. Dentro de la tarea meticulosa de limpiar y afinar los sensibles oscilógrafos que registraban los sonidos más insignificantes en los que quedaba computada hasta la intención si tal cosa fuese necesaria, y en los que los radares del observatorio jugaban un papel estratégico de la más absoluta importancia, le pareció escuchar a Hércules.

“¿Cómo te sientes, mama?”

“Bien”, le pareció decir sin abandonar la concentración en el delicado trabajo de los aparatos.

“¿Ya oíste lo que dicen por ahí?”

Con los ojos de su imaginación le volvió a ver con desgano. Desde muy temprano de la mañana la gente del Puerto amanecía hablando de lo mismo. El Pájaro Negro estaba ocupando todo el espacio mental de los ciudadanos afectados por el fenómeno, aun entre aquellos que no podían oír, pero que percibían el apasionante alboroto por señas, y de la misma manera entre los que no podían ver, pero que temblaban de miedo y tenían conciencia de la desazón por aquella dramática mescolanza de ruidos que desembocaba al final en controvertido murmullo.

La Paca se preguntaba sin cesar qué tendría que ver todo aquel desaguiado infernal con la otoñal marea de su vida. No era la primera vez

que los zumbidos de los aviones se habían desgajado en picada dentro de la bóveda multicolor de su mente, y le quedaban resonando en los oídos como un eco lejano, repetitivo, que iba y tornaba como oleaje. Lógicamente con los sucesos que habían tenido lugar después de la aventura del mero, los torturantes chirridos de roces metálicos, los golpes de gong y los repiques de campanas, los aullidos de coyotes que le llegaban como lastimeros quejidos y que se detenían sobre los tímpanos presionando en la parte posterior de su cabeza, habían venido a ser como un punto de referencia lejano, casi olvidado, que se había reavivado con el roce de ese pájaro misterioso. Una de tantas tardes de descanso fuera del observatorio imaginario, mientras estaba jugando con centenares de conchas que le habían pasado recogiendo los hijos de la Mengana, la María Tomasa con la punta de una caña de bambú comenzó a dibujar lo que parecía un pez sobre la arena húmeda.

—¿Qué haces? —preguntó la Paca.

—Estoy haciendo el Pájaro Negro —sonrió la muchacha—. ¡Es lo que dicen que es, porque nadie lo ha visto!

—Si nadie lo ha visto, no puedes dibujarlo.

—Es fácil. Sólo tienes que pensar en cómo se dibuja al diablo.

Y siguió rayando sobre la arena húmeda los contornos de un pez con las gigantescas aletas extendidas hacia afuera. Entonces fue cuando comprendió la Paca el verdadero mensaje de las macarelas: la abundancia atosigante en los descamaderos, y la pestilencia de las carnes podridas. “¡Cómo hemos perdido el tiempo”, se dijo. “He-

mos convertido nuestro destino en una vaca muerta”. Y se quedó viendo las palmas de las manos como si en ellas estuviese grabado su destino, y el destino de toda la familia Artola. “Cuando uno nace —se dijo—, es como los guarapos, feo y alaste, después vienes a parecerte a un pez y terminas volando ya viejo, con las alas de avión que te van saliendo en la cabeza y que te llevan a aeropuertos desconocidos en tierras que parecen paraísos angélicos”.

Pensó la Paca lo que había sido de su vida: una ligazón con el mar que comenzó con el inesperado proceso migratorio de los cafetales de Carazo a las doradas costas del Puerto, y que alcanzaba su culminación en el encuentro del mero y la inusitada y milagrosa pesca de las macarelas que decidieron suicidarse tirándose sobre los bancos de rocas frente al rancho.

“El Pájaro Negro se maneja a puros botones”, había dicho Tencho, hablando de lo que opinaban en la televisión los sabios del video con una revista de aeronáutica estructural en las manos.

“¿Ven? ¡Ahí va el avión!”, también exclamó el Presidente a la hora de su conferencia de prensa haciendo carcajearse a los periodistas, y dejando escapar él mismo una risita maliciosa. Era lo que llegaba hasta los oídos de la Paca, porque el Puerto estaba lleno de exageraciones de toda clase, de afirmaciones puestas en la boca de todos que nadie había dicho, y de lo cual se desconocía el origen de lo echado a rodar desde la altura del escándalo verbal hasta las profundidades juramentadas y escabrosas del chisme susurrado como una cosa evidente, absolutamente seria y confiable.

Aquella atadura de cabos: la inesperada aventura del bote, y la interminable catarata de peces, la hizo deducir con su brillante lógica condicionada que el tal Pájaro Negro no era un avión espía de las fuerzas contrarrevolucionarias como propalaban las noticias, sino que el mismo mero que había venido por ella.

“Yo no creo en ese Pájaro Negro”, había confirmado a Tencho. El tal avión ése son puras babosadas. Deben de ser cosas de Ariosto o de Domingo que viven viendo fantasmas.

Y cuando el pariente político insistió: “¡Entonces! ¿Qué cree usted que puede ser, doña Paquita?” Ella le recalcó que el mero. Y más que nunca continuó pensando en el viaje, que de acuerdo al computador de procesos regresivos en el observatorio imaginario, estaba definitivamente programado desde antes de su nacimiento.

“¡Hay quienes pueden dar un rumbo diferente a su vida, pero a otras nos encienden el motor y nos conducen a cualquier parte!”, pensó mientras apuntaba en una libretita de páginas pequeñas de ilusión con bordes de oro, una lista de las cosas indispensables para el viaje sin las que su vida no encontraría sosiego. De lo primero que se acordó fue del monedero que le había regalado la Corinita entre interminables recomendaciones. Por cualquier eventualidad, llevaría los mil pesos que decían costaba el bus en caso de quedarse en el camino por la escasez de gasolina. También escribió la dirección de Gerancio y el verdadero nombre de la Chorro de Humo en el caso que juzgara propio orientarse y esperar unos días en León mientras le avisaban a Domingo. “¡Ah!

¡Falta la Magnífica, por si tengo que ahuyentar al diablo!”, apuntó con garabatos claros y bien entintados para que permanecieran indelebles. “No necesito nada más —agregó hablando con la muñeca estampada en la tapa de la libretita— porque en los viajes hay de todo”. Luego, en el girante tiovivo de su memoria, volvieron a sucederse los más recónditos recuerdos familiares, a sacudirse las más empolvadas y carcomidas historias que ahora cobraban vida, cual fantasmas que se hubiesen levantado de sus antiguas y abandonadas tumbas en otras vidas y dentro de otros mundos perdidos. De esa gama de situaciones que iban saltando en su mente, observó cómo se deslizaba como si fuera hoy mismo, el angustiante bote de su propia existencia a través del vertiginoso y conflictivo río que había sido su itinerario. Se iba deteniendo en cada una de las estaciones, cargaba sus maletas de dolores, de alegrías que solían ser sumamente pequeñas, sus maletas de toda clase de acontecimientos que estaban pegadas a su piel en una yuxtaposición de carnes de espíritu en el tiempo, y en un espacio que parecía siempre tocarla, dar vueltas a su alrededor, girar dentro de su propio ser diluyéndose, perdiéndose en los experimentos de su observatorio espacial para luego proseguir la marcha.

Esta manera de entretenerse, de matar el tiempo, de soñar y de revivir confusas situaciones que jamás podría comprender, era para la Paca Artola una especie de intrincada construcción de telaraña, una tarea diaria de inevitable función inconciente, que la mantenía abstraída del mundo inverosímil pero real y catastrófico de su rancho, para anegarla en el mundo inverosímil, fabuloso y también definitivamente real de las vi-

vencias dentro de su maravilloso mundo de estrellas, de pescadora de ensoñaciones y de promotora de viajes al infinito indescifrable.

Un día de tantos, Dimas que había llegado a dar una vuelta para informarse cómo andaba su mamá, preguntó a la María Tomasa sobre cierta actitud que en los últimos días había asumido la Paca.

—No sé —dijo la muchacha—. Tiene días que anda con ese cuento hablando sola alrededor de la glorieta.

—¡Qué cosas! —exclamó Dimas— ¡cuando la veía tan bien!

—Ella está bien. Sólo le ha dado por no comer.

—¿Y cómo hace?

—No lo sé. Le pongo agua en el calabazo colgado del alambre —señaló con un gesto que se bifurcó en la punta de los labios, porque tenía ocupada las manos dándole de comer al último de los hijos de la Mengana—. ¡Dice que a ella le dan de comer en el aeropuerto!

—¡Ah, jodido!

Y quedó observando a la Paca, maravillado con aquella su extraña actitud de abeja obrera que no paraba nunca, entrando y saliendo de la glorieta como los animalitos lo hacen en el panal, agachándose con su vara en la mano derecha, viendo por el tubo de plástico que le servía de teodolito imaginario y que por meses estuvo ocupándolo para espantar los perros del descamadero de pescados, colocando estacas por todos lados,

gastándose, enflaqueciéndose, arruinándose definitivamente, pero inmensamente feliz en el nuevo proyecto con el que don Bermellón la había entotorotado cuando estuvo escuchando su plática de presos con el Hombre Nuevo a través del biombo de la cocina, y que versaba en planes y sugerencias super-estratégicas de cómo el gobierno revolucionario si él fuera el gobierno revolucionario, debería ampliar las defensas de las costas marítimas con la construcción de un aeropuerto. En sus rampas aterrizarían los Mig-21, y se elevarían los cohetes disparados de las mismas instalaciones adyacentes, y los cuales se integrarían con otros equipos fantásticos desconocidos para el sátrapa de Reagan, de los criminales del Pentágono y de la Central de Inteligencia Americana. Con esos cohetes los rusos son capaces de viajar al más alejado de los planetas más alejados, que existen según el materialismo investigativo del super-espacio dentro de la praxis marxista-leninista en otras galaxias lejanas de otras galaxias aún no descubiertas, que cuando triunfe el socialismo científico en el mundo, también van a ser comunistas.

En su realidad, la Paca estaba construyendo un aeropuerto enrededor de su observatorio imaginario. Había dispuesto de tal manera su construcción para no perder un segundo en el desempeño de sus labores de supervisión de las pistas, adecuación de los niveles y fiscalización de las resistencias de la estructura aerodinámica, que lo primero que acondicionó fue el dormitorio y la cocina, casi de la misma manera y con la misma distribución del dormitorio y la cocina de su rancho, previendo cualquier urgencia con los menesteres fisiológicos. Llevaba tan consigo misma su panorama existencial, ligado a la cromatografía

de su imaginación, que no olvidó ni los detalles más insignificantes para trasladarlos a sus módulos matrices del aeropuerto: el biombo con todas las cuentas de deudas grabadas sobre trozos de revistas de toda clase, recortes de periódicos y fotografías de artistas y motivos religiosos con que las empresas comerciales en otros tiempos y bajo otras dictaduras hacían el juego a la reacción y que según don Bermellón, entregaba el país a los yanquis en una bandeja de dólares. La única diferencia notable en los módulos del aeropuerto mental de la Paca y los módulos de tejas de barro, tablas de pino y palmas de coco de su rancho, era una brillantez total de limpieza, y el nítido resplandor de aurora boreal que llenaba el espacio mental y permanente que circundaba a la soñadora dentro del observatorio imaginario.

“¡Ya no tengo que perder el tiempo yendo a comer al rancho!”, se alegraba. ¡“Hasta voy a poder invitar a la María Tomasa para que venga a almorzar conmigo!”

Así transcurrieron los días, y luego los meses, en que la presencia vital y necesaria de la Paca se fue diluyendo en el rutinario abandono de sus trascendentales e invisibles experimentos espaciales. Una madrugada de tantas, los buscadores de huevos de tortuga encontraron un montoncito de carne tiritante en la costa. Estaba enrollada como un caracol, y guareciéndose dentro de ella misma bajo el quebradizo tejado de su propia piel hecha una húmeda sensación de despojos. Recogieron el cuerpecito aterido, y lo envolvieron en un raído saco de casimir que había sido de don Venancio Mendoza, y fueron a despertar a

Domingo que dormía bajo el molendero una parranda de semanas. Dentro de la penumbra del alcohol vio a los hombres que llegaban con el saco.

—¡Pónganlo ahí! —trastabió, creyendo que era el cuerpo de Ariosto, sin darle la cara a los buscadores de huevos de tortuga, y agregó con desgano—: ¡No es la primera vez!

Los hombres hicieron sus comentarios y farfullaron maldiciones. Cuando abandonaron el rancho, la María Tomasa ya estaba auxiliando a la abuela.

XV

—Adiós, comandante.

—¡Hola, compadre! ¿Cómo están por aquellos lados?

—Igual, comandante. Siempre con la saline-rita, trabajando. Y, usted: ¿qué tal de vergueo?

—Con suerte, compadre.

—Qué bueno.

—Usted sabe. Cuando uno no está en la raya, pues no está en la raya.

—Así es.

—Dígale a la comadre que le traje el regalo del chavalo —mintió con la posibilidad del anuncio de que para los hijos de los milicianos vendría una donación de juguetes enviada de China—. Le tengo una pistola y un tambor. A la pobre María la van a poner loca con el ruido.

—¡Se va a alegrar el muchacho! Siempre pregunta por su padrino.

—Tiene buena memoria el jodidito.

—Usted es el culpable. Después de que le vio con el Aka, lo dejó entotorotado con la pistola. ¿Cuándo se regresa, compadre?

—No sé. Primero, voy a ver cómo sigue mi mamá.

—Doña Paca está bien jodida.

—Así me dijo el doctor Malpaso. Me lo encontré esta mañana en la planta. Vamos a ver qué pasa.

—Después de lo del bote le han sucedido sus cosas extrañas —dijo Salvito—. Por último la encontraron en la costa, dicen que hasta comida de cangrejos.

—El doctor Malpaso jura que no tiene nada. Es pura vejez.

—Lo del avión no es pura vejez, ni lo del observatorio, y mucho menos lo del aeropuerto que dicen que estaba construyendo en el aire, como si fuera marciana.

—La verdad es que yo no sé mucho de lo que le pasa a mi mamá.

—¡El hermano Manuel dice que son cosas del diablo.

—¿Cuál hermano Manuel?

—El pastor de Mesas Grandes.

—El hermano Manuel le sacó el espíritu malo a la suegra de Fermín.

—¡De veras!

—Y dice que si lo llaman, también le saca el diablo a doña Paca.

—¿Tú crees que sea eso?

—La maría, tu comadre, dice que no puede ser otra cosa, con la diferencia de que en doña Paca, no es uno sino que son varios los diablos que tiene adentro.

—Si lo dice la comadre debe ser cierto.

—Acuérdese del hermano Manuel. Si lo necesitan, yo puedo llevarlo a la casa.

—Le aviso mañana.

—No lo olvide, compadre. Hay que hacer las cosas a tiempo.

Y colocando el brazo derecho sobre los hombros del compadre, comenzó a relatarle en voz baja, cadenciosa y llena de melindres, lo que la María, su mujer, sabía, porque otras que estaban en el secreto de la extraña enfermedad de la Paca, le habían contado con los más minuciosos detalles.

“Acuérdese, compadre, hay que ver las cosas a tiempo y cómo son”, le había insistido Salvito.

Cuando el compadre se fue por el centro del manglar, atravesando los promontorios de marismas en los que se empozaba el agua que penetraba por el estero, Marcos quedó cavilando sobre la recomendación de Salvito. Pues mientras el doctor Roque Malaso diagnosticaba un caso de doble personalidad, complicado con el accidente del bote y una arterioesclerosis galopante combinada con alucinaciones propias de la imaginación de la Paca, los numerosos sabios en brujerías, hechizos y contactos con aparecidos que pululaban en el vecindario y los villorrios de los alrededores, juraban que estaban frente a un problema de posesión diabólica en primer grado, que debería ser encarado por un especialista en exorcismo. Por supuesto, con los antecedentes de este tipo y el precedente de la famosa primera elección libre en el Puerto, en donde fueron candidatos el televisor y la silleta, la decisión sobre el diagnóstico

médico y el plan de los investigadores del diablo, fue objeto de la segunda experiencia electoral que tuvo lugar en la familia, habiendo resultado triunfante la democracia popular: en lugar de estimulantes cerebrales, irrigantes de la circulación periférica, tranquilizantes químicos y licuadores de grasa para controlar el colesterol y los triglicéridos que había prescrito el doctor Roque Malpaso, se aprobó entre gritos y aplausos del tumulto, y fanfarrias de cacerolas animadas de percusiones en el tambo, el recomendado exorcismo para expulsar el demonio de la Paca. Desde la toma de tal decisión comenzaron los preparativos de lo que sería el ritual. A instancias de Domingo y de Ariosto debería de participar todo el mundo, pues ambos estaban ansiosos de convertir el rito del exorcismo en un verdadero carnaval, en donde una buena comilona acompañada de tragos y cantos de coplas picarescas pusieran la nota divertida después del maratónico despepitamiento con el demonio.

En menos de lo que se pone un telegrama estaban reunidos casi todos los familiares del Puerto, y otros que tenían direcciones conocidas con los que pudo contactarse. Acordaron una sesión de consulta para hablar de casos parecidos de los cuales tuvieran conocimiento los oficiantes. El que más llamó la atención de Marcos fue el del exorcismo que se le había practicado a la suegra de Fermín: un caso de gritos, ruidos, vuelos extraños, palmazos en las espaldas y olor a azufre, oraciones al revés y al derecho, paradas de cabeza y bebederas de sangre de burra y de vaca negra, que metieron tal alboroto entre los veraneantes de la Semana Santa allá por los días del terremoto que levantaron sus tiendas, encendieron sus

vehículos, recogieron sus hijos y cambiaron de playas en donde pasar unas vacaciones tranquilas en las que no tomara parte el diablo.

El escandaloso exorcismo lo había practicado el hermano Manuel, de Mesas Grandes, que no era otro más que el recomendado de Salvito.

La relatora de semejante experiencia, una mujer triste y desdentada que se dedicaba al negocio de pociones de amor para domesticar maridos descarriados, había comenzado la historia de la suegra de Fermín con las siguientes palabras:

“Siguiendo las indicaciones del hermano Manuel nos colocamos en torno a la vivienda de la hermana Jacinta —¡que el Señor la tenga en su reino!—, y comenzamos a cantar himnos de ensalmos que penetraran las paredes diabólicas que mantenían prisionera del infierno a la hermana Jacinta —¡quien si está pagando alguna pena, tenga el auxilio de las ánimas del purgatorio!—, para que apagarán esa sed sin nombre en que la había sumido el maligno, y esa dolorosa condición de alma perdida en los laberintos azufrosos. ¿Oyen ustedes esos ruidos?, nos dijo. ¿Y esos golpes en el techo? ¿Y esas carreras sobre los horcones del rancho? En realidad, todos parecían estar escuchando la gran alharaca ocasionada por los espíritus burlones y las legiones de demonios aprendices, que habían interferido las ondas cerebrales, y se habían metido en los ojos y en los corazones de quienes estaban participando de la expulsión del problemático inquilino. Una bandada de murciélagos marinos pasó rozando el círculo de cabezas de los creyentes que permanecían con los brazos en alto, y cada dos o tres segundos los bajaban palmoreando para acompañar

los enredados cantos del rito en los que se suponía hablaban en lenguas cenagosas. Van a pasar más y más, ustedes mismos las verán cómo salen despavoridas las innumerables encarnaciones del demonio que están martirizando a la Jacinta —¡que el santo de su abuelo que era el sacristán del Calvario en León, le ayude a abandonar semejante atolladero!—, gritaba el hermano Manuel, empuñándose sobre la punta de los pies y agitando los brazos como si fueran los remos de un botero en una situación desesperada bajo el impulso escabroso de una tormenta. En cuestión de segundos oirán el zumbido de sus alas y el tenebroso ruidito rechinante de sus dientes confundirse, entremezclarse, formar un sólo rastrear de hierros retorcidos y sonidos lacerantes como lo hacen las celosías del averno. Ya veo el humo —decía el hermano Manuel saltando como un bailarín de merengue—. Siento el olor azufroso que sube desde ese pobre cuerpo de la hermana Jacinta —¡que San Miguel Arcángel y su espada liberadora la salve de los embates del príncipe de las tinieblas!— que es como el pozo sin fondo que no se sacia nunca. Y como por una obra del mal, todos los que formábamos el círculo comenzamos a respirar el ambiente azufroso mezclado con un embrujante olor a delicioso perfume carísimo que como una maldición sin nombre, terminaba diluyéndose en una fetidez de excrementos podridos. Y colectivamente —como dice la compañera miliciana de la revolución, que vende las tarjetas para la distribución cuando viene la comida—, fuimos testigos de los vuelos de murciélagos de todo tipo: grandes y pequeños, con alas enormes y sin ellas, al conjuro de palabras mágicas, embotantes, suaves, cadentes, asfixiantes: están viendo ustedes tal y cual cosa, están oyen-

do ustedes tal y cual ruido, sienten ustedes tal y cual peso en sus cuerpos y sobre sus ojos, y sus músculos, y sus nervios dormidos, pesados, que son llevados por un viento suave a un paraíso de fascinación que no tiene nombre, duermen ustedes mientras disfrutan del esperanzador espectáculo de la liberación de nuestra hermana Jacinta —¡que ya estaba muerta cuando pretendían sacarle el diablo del cuerpo!—, que será rescatada para siempre por nuestra iglesia, por nuestro Cristo, por nuestra entrega de amor en esta sesión de exorcismo. Y apenas el hermano Manuel terminó de decir tales frases —no recuerdo si las oí totalmente—, todos nos quedamos como arrobados, deslumbrados por una luz extraña que nos tenía como prendidos de los ojos, y vimos, no nos cabe la menor duda, cómo los demonios entraban por el techo y salían por las puertas de los cuartos y el corredor de la casa de Fermín. Se venían como aviones en picada, o como helicópteros, o como la vara de un cohete después que se produce el estallido, y todavía hacían explosión sobre la cruz de ceniza que estaba dibujada en el patio para contrarrestar las malas intenciones del diablo. Los hermanos seguían saltando, mientras daban vueltas en círculo, cogidos de las manos como niños que se divierten en la escuela abandonados a la inocencia de los juegos infantiles, como siempre con unos ojos de fascinación sobre sus rostros de bobos alucinados. Lo hacían hacia la derecha, luego también hacia la izquierda como si desenrollasen el círculo, y así sucesivamente entre una escandalosa resonancia de alaridos, en los que como un demonio triunfante, saltó el hermano Manuel con una bacinilla en alto. “Aquí lo tienen ustedes”, —gritó—, “Convénzanse con sus propios ojos”. Y como el mago lo

hace con palomas o con conejos, sacándolos de su sombrero encantado, el hermano Manuel sacó del fondo de la bacinilla de la Jacinta —¡quien ni siquiera tenía caja en donde enterrarse porque habían escaseado con la guerra!—, tres tiburones negros quemados, pegados en ristra, formando un círculo con los filosos dientes de los unos pegados a las aletas y las colas de los otros, y cuatro enormes cangrejos colorados con las tenazas en alto, revueltos con dos anguilas de cincuenta centímetros cada una, todavía agonizantes, retorciéndose dentro del trasto. “Ustedes lo han visto todo, Pueden contarlo. Son los mejores testigos de que el Señor ha estado con nosotros”, se desgañitaba el hermano Manuel. Hemos vencido uno de tantos desafueros del maligno, del jefe de las legiones del pozo sin fondo para que se siga cumpliendo lo que está escrito”, terminó la mujer su relato.

Fue ese el momento en que decidieron mandar a buscar a Napudonoselo para que como parte interesada, se hiciera cargo del asunto.

—¡Que coma mierda, mi compadre! —dijo Marcos—. ¡Lo que soy yo no pongo a mi mama en manos de ese hijo de puta!

Y se le vino a la memoria aquel terror patológico que los Testigos de la Última Iglesia de Cristo habían inyectado en la Paca después de la espectacular e inolvidable aventura con el mero, y que de no haber sido la atinada y justa asistencia del doctor Dayaniró Munguía, y la queridísima confortación espiritual del reverendo padre Felipe del Calvario Vigil y Bobadilla, de la parroquia de Jinotepe, que la sacaron a flote y la pusieron nuevamente en el camino de los cinco sentidos, habrían tenido que lamentar las más imprevisibles y dolorosas consecuencias. Por nada del

mundo, y era una decisión tomada bajo la más estricta palabra, practicarían a la Paca ninguna clase de exorcismo. ¿Qué sería de la Paca si llegase a tener conciencia de que estaba poseída por el demonio? No sólo se volvería loca ella sino que se volverían locos todos en el Puerto, y no cabía la menor duda a Marcos, de que su mamá terminaría suicidándose. Y las consecuencias que no pararían allí, serían funestas, imprevisibles, catastróficas, pues muchos de los amigos y parientes que la tenían como un ejemplo de entereza y decisión: una lidereza de la voluntad a toda prueba y magníficamente orientada, una heroína que había vencido el miedo, la enfermedad y hasta las malas voluntades, tomarían el mismo camino, porque supondrían que sin la Paca en el Puerto, sin su brillante jefatura de fundadora valiente y honorable de aquella comunidad en la que había luchado y vencido todos los obstáculos, al vida no valía la pena ser vivida, y el Puerto como ellos lo entendían, no seguiría siendo el Puerto.

Mientras esperaban a Napudonoselo, Marcos y Fermín no dormían tratando de observar a la Paca. Querían estar seguros de que el diablo no había tomado su parte en la voluntariosa locura de la Jefa. Haciendo guardia de seis a seis, en un permanente relevo que sólo les dejaba lugar para cumplir perentorias necesidades fisiológicas, en el que eran auxiliados por la María Tomasa y la Mengana, tenían el propósito de descubrir cualquier indicio de posesión demoníaca por muy disimulado que fuese. Con instrucciones de otros entendidos en los asuntos de exorcismo, colocaron veladoras encendidas alrededor de la tijera de lona en que se mantenía la Paca. Bajo el titilante efecto de la luz, la rigidez del cuerpo de la

paciente tomaba coloraciones de cadáver, de tal manera que cuando Napudonoselo entró al rancho se lanzó a las patas de la tijera sobrecogido de pesar y anegado en lágrimas, suponiendo que había muerto su mama.

—¡Traete la creolina! —dijo a Marcos—. ¡Vamos a inyectársela en el estómago para mientras vienen los demás y podemos enterrarla el lunes!

—¿Cuál creolina? ¡Mi mama está vivita y coleando! —aclaró Fermín.

—¡Putas!, —amenazó Marcos con el Aka—. ¡Con esa ligereza con la que te robaste la Virgen de la iglesia de León, querés enterrar a mi mama! ¡Te mandamos a buscar para que sirvieras de consejero y no de enterrador!

Después de una conversación de horas en la que salió a colación el observatorio imaginario y la construcción del aeropuerto que vino a concluir con los días de hambre y abandono en que habían mantenido a la Paca hasta que la encontraron en la costa los buscadores de huevos de tortuga, Napudonoselo llegó a la conclusión de que su mama tenía una locura común y corriente como la que tiene todo simple mortal que sueña con presidencias, con campeonatos mundiales de libertad, con premios millonarios de la lotería de New York o con la dictadura del proletariado aun en los rincones más infelices del mundo, y que debería ser tratada como son tratados estos casos en las sociedades de cortes más avanzados, con una absoluta y total ignorancia del paciente, dejándola al garete y libre, en la más libre de las libertades para que se curara sola, de la misma manera como le había comenzado la locura, sin el compromiso de nadie y vagabundeando por todos

lados como lo prescribían los nuevos métodos sicoterapéuticos puestos en la práctica reciente. “¡Denle de comer y de beber para que le funcione el estómago —recomendó Napudonoselo—, y déjenla tranquila con su observatorio y su aeropuerto!

Aquella misma noche, las veladoras fueron sustituidas por una sonda que bajaba de un travesaño del techo conectado a un pichel en donde deberían de colocarse los alimentos, y por una bacinilla, también unida a otra sonda para cualquier menester rutinario.

Además de la locura común y corriente de la Paca, su incansable imaginación y su penetrante olfato de buscadora de aventuras, habían sido también afectados por el nuevo mal de casi todos los ciudadanos del Puerto: el síndrome del Pájaro Negro. Tal aparato trajo consigo una especie de furor providencial, de aliento liberador y una patológica sicosis invasorista refundida en un sentimiento colectivo que como el huracán no dejaba rancho sin tocar, éste lo había saturado todo. Aquella máquina infernal insuflada por su invisibilidad satánica, integrado a las escuadrillas amenazantes de los aviones sin ruido, sin ruedas, sin combustibles, sin bombas, sin madres, serían quienes monitoreados por el maligno, según los Testigos de la Iglesia de Pablo el Otro, desatarían el Armagedón, y la Paca, el Puerto y todos los habitantes, quedarían reducidos a cenizas en menos del tiempo en el que se inhala un suspiro.

Cuando Hércules reapareció en el rancho de la Paca, se encontró con el atropellante tumulto que se había formado alrededor de la tijera. Con los primeros tragos de pinol con leche la paciente había reaccionado tan positivamente que viendo

la imagen del Corazón de Jesús que estaba entronada en la pared del molendero, pidió que le llevaran un Rosario. Salieron en volandas a dar cumplimiento con el deseo de la Paca, pero no encontraron nada porque los rosarios que estaban en manos de algunos católicos tradicionales, habían sido requisados y enviados al fuego bajo las ideas inquisidoras de los Testigos de la Iglesia de Pablo el Otro, cuando el Cristo solidario y comprometido con los saqueadores de la aduana del Puerto había entrado en conflictivas controversias con el tradicional Cristo de los saqueados. Ante el inefable fracaso de la consecución del Rosario, alguien encontró un collar de vértebras de tiburón y se lo entregó a la Paca.

—¿Qué le pasa a mi mama? —preguntó Hércules asombrado.

—¡Nada! —contestó Tencho que estaba en el tumulto—, se le ha metido entre ceja y ceja que se está volviendo santa!

—¿Y cómo lo saben?

—Dice Ariosto que se lo comunicó a Domingo por señas.

—¡Ah! —dijo Marcos con calculado gesto de ironía—. ¡Si lo dijo Domingo debe ser tan cierto como que mi mama es la madre de un candidato a la Presidencia de la República!

En verdad la Paca no podía articular palabras. Antes y después del esperanzador petitorio del Rosario que al fin y al cabo había dado sus frutos, permanecía rígida sobre la tijera de lona, en el centro de un bullicio revoloteante que más parecía el de los parroquianos de un mercado que al de los integrantes de una familia, ofreciendo el

espectáculo vital de su misma imagen desafiante de cara de palo, de hombros y brazos de guayaacán curtidos por el tiempo, y de torso y resto del cuerpo también de pura madera fibrosa erosionada por las increíbles vicisitudes con las que la había mantenido la suerte, y que ahora según el rumbo de las apariencias, también deberían mantenerla las famosas siete vidas de gato detrás de las cuales la estaba esperando la muerte. En estos momentos, más que nunca, el Hombre Nuevo que con los meses había llegado al convencimiento de que los hombres nuevos de don Bermellón eran puras momias antiguas, maquilladas, desenterradas con todos y sus quejidos sepulcrales de los sarcófagos de la diletancia, comenzó a sentir una gran ternura por la Paca. Por sus ojos tristes de tortuga, en el instante sublime del desove. Por su frente llena de refulgencia de roca en las mañanas de abril: de roca gris, curtida por la estacional permanencia de los pelicanos, y el consecutivo golpe de las mareas con sus efluvios de algas, caballitos de mar y caracoles; por su cuello de rey mago de altares de nacimientos navideños, y por la historia de la vida de su mamá, que era para Hércules como la historia del mundo desde Adán hasta Cristo, y desde Cristo hasta Ariosto y Domingo, que debieron haber muerto de cualquier forma hace tiempo, para que la Paca hubiese podido descansar en vida, y gozar de una vejez reconfortante con la esperanza de una muerte tranquila.

“¡Cuidado no venís a mi entierro!”, le había dicho la Jefa en los días de obligada convalecencia después de la catástrofe del mero. “¡Si no venís a mi entierro, el mismo día en la noche te voy a halar de las patas!”

“Los muertos no salen”.

“¡Te voy a halar de las patas!”, le repitió con aquella entereza de moribundo que le dio vueltas por meses, y que le hizo temblar de pavor bajo el aguacero fetichista que se coló en el techo agujereado de sus creencias.

No le cabía duda al Hombre Nuevo, que aún bajo el recurso del pichel y la sonda, la Paca estaba muriendo. “A los santos les cuesta morir-se”, recordó que una vez había expresado Napudonoselo, y él agregó: “La verdad es que nunca mueren. Sólo abandonan este tren para montarse en el otro”.

En medio del bullicio, con oído de confesor se acercó a los labios de la Paca. Sólo logró escuchar el apagado murmullo pulmonar en torno a una profunda fetidez hepática. Hizo un gesto de desagrado a quienes no se detenían en hacer comentarios como si se tratara de un velorio. El radio de la cocina interrumpió su intermitente chasquido de cumbia y quedó únicamente el flujo y el reflujo de las olas como tonalidad de fondo mientras él hacía un nuevo intento para escuchar a la Jefa.

—¡Quiero que recojan esas flores! —dijo con voz distorsionada por las cóncavas flacideces de los músculos de su garganta que habían caído en agonía.

Todos abrieron desmesuradamente los ojos, y la contemplaron atónitos de arriba hacia abajo, como si la Paca se hubiese resbalado en un pozo profundo, e hijos, nietos y curiosos aglomerados en su rededor se preguntasen cómo podrían subirla a la superficie. Mientras tanto, ella se mantenía alucinada y feliz dentro de una avalancha

de flores, de cánticos de pájaros celestes y de melodías conformadas con rayos de sol dentro de un amarillo de gloria.

Repentinamente un tremendo grito colectivo hizo dar un paso atrás a cuantos acuciosos miradores se habían colocado a su orilla. Ante el estupor general la Paca había saltado de la tijera de lona, y quedó tendida en el piso mientras la Corinita le alisaba las enaguas y el Hombre Nuevo colocaba en su sitio los mechones de la cabellera que se habían desparramado sobre el rostro. Con una nostálgica voluntad de resucitado dentro de la firmeza de sus ojos tristes, pareció captar a todos en una sola mirada. Debió ser uno de sus famosos demonios quien la hizo levantar la cabeza sin la ayuda de nadie, y haciendo un esfuerzo sobrehumano que quedó visiblemente expresado en las arterias de su cuello, exclamó con voz clara y tonante:

—¡Me voy de viaje en el Pájaro Negro!

XVI

Cuando por segunda vez llevaron a la Paca a la consulta médica del doctor Dayaniro Munguía, llevaba ya cuarenta días con sus noches, tendida sobre la tijera de lona sin aparentes señales de vida. Los únicos signos vitales confiables que mantenían alerta a la familia, eran la ingestión de alimentos y la excreción de los mismos siempre por una sonda en la parte baja de la tijera.

La sacaban al corredor con el alba y la regresaban al aposento a la hora del desplome del crepúsculo. La envolvían en largas sábanas hechas de las brillantes cortinas de la casa de veraneo de un ex-coronel de la otra dictadura, la rociaban con agua bendita, oraban a Dios por su alma en el caso de un desenlace fortuito, y se olvidaban de ella hasta el día siguiente en que despuntaba de nuevo el alba, los orines rebasaban la bacini-lla y el tufo en el aposento se volvía insoportable. Era la rutina de seguimiento que se tenía con la Paca.

La brillante idea de la Paca al corredor había sido una estrategia defensiva de la Corinita. Fue puesta en práctica después de controvertidas consultas con el militar Marcos Artola y las acerbas

críticas de Napudonoselo que lo consideraba una barbarie contra el más cercano de los prójimos que por los siglos de los siglos había tenido la familia. Pero la razón del rifle se había impuesto sobre las meras babosadas sentimentales de los otros, y en estas condiciones fue consultado todo el mundo, haciendo prevalecer como era de esperarse, la sabia, inteligente y lógica opinión del comandante. En estas circunstancias, la enferma pudo disfrutar del aire libre todo el día, de los saludables y radiantes rayos del astro rey por la mañana, y de la dulce, fragante y delicada brisa del océano por la tarde.

Pero más que por la salud de la Paca, que había levantado una avalancha de dudas, la idea fundamental y salvadora del corredor estaba sustentada en la búsqueda de un método para contrarrestar las sustracciones de alfileres de cabeza, estampitas de santos, frasquitos vacíos de perfumes, cancioneros de todo tipo y hasta pedazos de trapos inservibles con los que la cleptomanía inusual de los misericordiosos visitantes de la enferma, arrasaba como el zompopo y la langosta son capaces de arrasarse con los cultivos.

El plan fue motivo de discusión porque los depredadores llegaron al colmo, cuando en una de tantas mañanas, la Corinita descubrió el robo del siglo: la tierna, sugerente y adorable fotografía de José José que había sido arrancada del biombo sin el menor miramiento, como se arranca el esparadrapo de una parte peluda. Un pedazo del labio superior del cantante se mantenía firme, inalterable adherido a la pared acompañando a otro pedazo firme, inalterable y melancólico pedazo de su ojo izquierdo: el ojo con que ella le había visto hacer un

guiño de película que le había llegado hasta el alma. “¡La voy a hacer que se pudra en la cárcel!”, fue la segunda exclamación, porque la primera había sido: “¡Hijos de putas! ¡Se me robaron a mi hombre!” Desde aquel desafortunado momento comenzó a hilvanar su maraña contra las robadoras de hombres. Aquella artística representación de sus sueños de mujer que nació y vive para el amor, significaba para la Corinita algo más que una cartulina cualquiera. Era parte de su propia vida como todas las cosas con las que ella estaba íntimamente en contacto. Se había abrazado a la imagen en sus inagotables momentos de duda, en las madrugadaads de glamour solitario, después de su juego de espejos en el que se reflejaba toda la historia de su ilusión, bamboleándose en la entorchada y relumbrante cuerda de su resquebrajado circo sentimental.

José José había llegado a sus manos durante un encuentro de disipación y de abandono, en el centro de un zafarrancho de gritos que no dejaron dormir al vecindario. Fue en la casa del doctor Silverio Alvarenga Mesonero, un hombre solitario, con una sonrisa congelada de aburrimiento, que vivía inventando alborotos con los que acallar su tristeza. Era tan deprimente su soledad que no se contentaba con distraerla él mismo, sino que salía a buscar compañías tan solitarias y tan aburridas como él, que acostumbraban entronizar los gritos de la radio, y las distorsionadas bullarangas de los aparatos de sonidos, como los únicos dioses que confortaban la descarnada soledad de su aburrimiento. Allí conoció al negro cubano de los servicios de inteligencia de la Isla, que sobre un libro de Lenin y una copa de ron, le juró llevarla a La Habana, pasearla por los mejores centros nocturnos de disipación confis-

cados a la antigua y oprobiosa burguesía batis-tiana y hacerla disfrutar de las playas de Varadero donde se habían bañado genios de la canción como Frank Sinatra, y mujeres famosas y adorables como Marylin Monroe. El negro le puso un muchacho que más tarde fue achacado al negro Tommy Green, jefe de mantenimiento de la Planta, y se marchó a Angola para siempre.

Esta su primera verdadera catástrofe sentimental la llevó dando tumbos de abrazo en abrazo y de ilusión en ilusión hasta la protectora y paternal presencia de don Anacleto Lorenzano, campesino alegre y bailador de Chinandega, dueño de fincas de ganado y de una pasión sin medida. El enamorado finquero se la llevó a su casa para siempre, hasta el día en que aterrada por la jaula de oro del exclusivo y abotagante aislamiento, la hizo recordar la nostálgica sensación del sobaqueado, el inquietante olor a rocknola, el sudor de cabros monteros y el roce de vientre con sexo de las salas de baile en las que estaba condenada a marchitarse. Y fue tal el impacto de aquella fisiológica necesidad de vuelo, que cuando el finquero Anacleto Lorenzano regresó del ordeño con la carreta llena de pichingas de leche para la Selecta de las Leches, la Corinita había volado llevándose la cuota del banco, el estuche de pinturas y coloretes con el que estimulaba su apetito de animal casero con el que se había embobado, y los dos vestidos de seda japonesa que le obsequiara para viajar elegantemente a la ciudad y asistir al cine los domingos. “Lo que soy yo no aguanto este encierro”, había dicho ella. Mientras Lorenzano había comentado: “¡Qué mujer más bruta! ¡Aquí no le faltaba nada! ¡Hasta me tenía a mí!”

Entre los gritos de los hijos de la Mengana que ya resultaban un problema ponerse a contarlos, la Corinita siguió persistiendo en la ya obsoleta idea del retrato. “A esta puta ladrona la voy a dejar en cueros”, maldijo, pensando en María, su ex-cuñada. “Esta renca, hija de puta, vivía orinándose por esa foto”. Y se le metió que quizás el pendejo de Hércules, que no encontraba pretextos para agrandar a la renca, había sido el autor del foticidio de su cantante favorito.

Con el traslado de la Paca al hospital de León, aquella sicosis de José José la había dejado tranquila. En la consulta externa del departamento de cuidados intensivos, conoció a José Luis, el pasante de medicina del quinto año, asistente del doctor Munguía. Con él, la Corinita a pesar de su desusada experiencia, encontró que cada hombre tiene su propio estilo de conquista y usa su propia estrategia. En oposición a los ofrecimientos falsificados del negro cubano y el paternalismo remozado y pontifical de don Anacleto Lorenzano, el apresurado recetador de aspirinas y extirpador de apéndices al menor síntoma de dolor de vientre y tiesura de piernas, le susurró al oído: “¡La vida, la vivís hoy o la perdés para siempre!”, lo que no la sacó de ningún apuro porque no comprendió una palabra.

Cuando la Paca fue dada de alta, bajo el diagnóstico de “paro muscular semejante a un estado de catalepsia provocada por la extraña compulsividad de una visión mágica del mundo”, que volvería a su estado normal con inyecciones diarias de vitaminas B de todos los tipos, compresas calientes en el abdomen a la altura del plexo solar para estimular el sistema nervioso y el reposo total, mientras evolucionaba el paciente, la Cori-

nita ya tenía otro amor a quien calentar en el re-gazo, la sinvergüenza de la María no era un pro-blema para su idea fija de computadora casera, y Julio Iglesias adornaba el biombo, exactamente en el mismo sitio en que a José José le habían arrancado la sonrisa.

Transcurrieron meses y la Paca no daba se-ñales de mejoría. Pasaba medio día sobre el cos-tado izquierdo, y el otro medio día sobre el dere-cho para evitar que la piel gris y reseca de sus es-paldas comenzara a agrietársele en llagas en aquella inacabable posición sobre la tijera. Los días de la Jefa se iban consumiendo como se con-sume una pasa bajo el sol, en una mescolanza de arrugas y oscuridad iluminadas no con las lám-paras de sus ojos que siempre habían alumbrado más de lo que veían los otros, sino con la lumino-sidad de su pensamiento que parecía tener un pacto con su corazón para llevarla hasta el últi-mo rincón en el que debería quedar clausurada su conciencia. Esto que al principio de su viaje final le pareció un juego, manejado a su gusto y antojo, con el que lograba pasar horas, días y me-ses completos de divertimento, con la realidad de la trabazón muscular, del engarrotamiento de su sistema nervioso que la mantenía rígida, cla-vada y miserablemente dependiente de todo el mundo, vino a ser para su orgullosa razón de su-ficiencia, para su irrenunciable jefatura de aque-lla horda de salvajes, la realidad más deprimente y torturante que jamás había imaginado. “¡Te-nía que ser así! ¡Si son hijos de esos bárbaros!”, rezongaba en la impotencia de su rigidez de ma-dera.

El día de San Fermín, mientras descamaban los pescados que había llevado Tencho para la sustancia de la Paca, a la Mengana se le ocurrió

que podría ser conveniente pedir el asesoramiento del padrino sacerdote de la parroquia de Jino-tepe para auxiliar a la ahijada. El sábado siguiente de la solicitud, el padre Felipe del Calvario Vigil y Bobadilla se apareció en el rancho de la Paca. La observó con beatífica extrañeza, asombrado por la reducción de su cuerpo y la indiferencia de su entendimiento. Hizo que le acompañaran en voz alta a recitar el Salmo 23, luego de tres Padrenuestros, y recorriendo con acuciosa mirada los cuarenta y tantos maridos, hijos, nietos, yernos y parientes de todo color que formaban el círculo de asombro alrededor de la enferma, exclamó con pasmosa desilusión:

—¡Dios mío! ¡Si esta mujer es una santa!

Bebió un poco de café de maíz con torta de elote, echó la bendición al clan, les deseó buena suerte a todos, jugueteó con el cabello chirizo de los más pequeños, se recogió la sotana y regresó a su parroquia sobrecogido de tristeza ante la imposibilidad de haber hecho algo por la Paca.

En la misa de aniversario de la ahijada, el padre Felipe del Calvario Vigil y Bobadilla se dio cuenta, que su visita en los últimos días de la Paca no fue exactamente como él la había sospechado: una embajada sin nada positivo, sino que todo lo contrario. Las palabras mágicas dichas con aquella desesperanzada ansiedad: “¡Dios mío! ¡Si esta mujer es una santa!”, fueron suficientes para que la distorsionada noticia de la santidad de la Paca se propagara como una epidemia, y resonara de boca en boca y de poblado en poblado, hasta formar verdaderas romerías de penitentes que desesperaban por un milagro. De la noche a la mañana, el Puerto se vio inundado por una gran confusión de forasteros. Paráliti-

cos, ciegos, endemoniados, tosigosos, hombres y mujeres con llagas hediondas que se habían vuelto eternas, madres de hijas perdidas en el paraíso ilusorio de la prostitución y voluntarios del servicio militar que detestaban la guerra, seguidores de la Iglesia del Apóstol Pablo el Otro, como le decían al pastor de la Iglesia Popular por su tenaz persecución contra los cristianos de la Iglesia de Napudonoselo, esperaban en fila desde la noche anterior hasta que sacaban a la Paca al corredor, para poder tocarle la punta del pie derecho, aunque gélido y consumido, verdaderamente limpio y pedicurado por la Corinita, y con un olor de ilang ilang que Tencho se encargaba de traer de León comprado con la lluvia de monedas de las limosnas.

Cuando el padre Felipe del Calvario Vigil y Bobadilla supo del frescor de semejantes noticias, pensó que aunque la actitud de esa gente había sido insensata y constituía una herejía, la ahijada había gozado al final de la cálida seguridad de una agonía tranquila rodeada aunque sólo fuese por la compañía que es capaz de procurar el interés, lejos de ser carcomida por el miserable abandono de quien es incapaz de despertar un sentimiento de lástima. El padre Felipe del Calvario Vigil y Bobadilla sintió que con las evidencias de sus palabras estaba descargada su conciencia y hasta pudo recordar con su no fiel memoria octogenaria cómo había visto sonreír a la Paca, y que fue su aprensión por la situación de la ahijada en medio de tanta barbarie la que lo indujo a exclamar tal cosa. La fama de la santa era tan evidente, que atosigada por la desesperación de una vida errante y sin objetivo, la Chorro de Humo se había aparecido gritando: “La putería es un proyecto fracasado. Cometí un sólo error en mi vi-

da: haber sido puta de nacimiento. Las putas que quedaron atrás viven una decisión equivocada". La fuerza de la sugestión alcanzó tales proporciones que comenzaron a proliferarse milagros. Cientos de milicianos regresaron sanos y salvos de los frentes de guerra en la montaña, decenas de muchachas perdidas de las aldeas vecinas dejaron la mala vida encerrándose como inocentes novicias en una vocación de convento, cientos de enfermos recobraron la salud como por encanto, mientras otros tantos hechizados vomitaron sapos y orinaron cangrejos sin necesidad de remedios de brujos. Fue ésta la ocasión para que el miliciano Marcos Artola engatuzara al comandante del Puerto, a fin de que le extendiera una constancia falsa con qué evadir el servicio militar en una de las bases de Zelaya Norte. Dedicó su tiempo a administrar los asuntos económicos de la santa, y comenzó la construcción de una casa que tendría características de centro de peregrinaje y encuentro para que acudieran los penitentes y dejaran el rancho circunscrito a la vida doméstica de la familia que había aumentado pasmosamente en número. A la Paca le habían nacido parientes hasta de las piedras. Comenzaron a contarse por generaciones de generaciones de apellidos con los que jamás ni siquiera había soñado. Algunos hasta habían osado confeccionar un árbol genealógico que más bien semejaba un pedigrí por lo enrevesado de los nombres. Otros habían inventado graciosísimas anécdotas de la difunta, desorientados con las increíbles noticias de la Paca, suponiendo que alguna vez había fallecido y resucitado en una demostración increíble.

Una de tantas mañanas, antes del mediodía, que era el tiempo acostumbrado para la mayor

concentración de peregrinos, hastiada de tanta sandez, sobrecogida por un inenarrable temor a seguir viviendo en medio del tiangue en el que se había convertido su casa, ahorcándose ella misma con la soga de la ira que le producía la explotación encarnizada de su engarrotada vergüenza, sintió deseos de gritar y querer decir ¡no! al nombre de Santa Francisca del Puerto con el que bautizaron la construcción del galerón de las limosnas, pero todo el esfuerzo, toda la rabia de casi medio siglo embalsada en la presa de su sufrimiento, y soportada por las estructuras graníticas de su voluntad de hembra del siglo pasado, apenas pudo liberar un zumbido que puso los pelos de punta a la multitud, y desató una histeria colectiva. La alterada imaginación de los fieles encontró una sola referencia de comparación: el formidable trueno del Pájaro Negro.

El esfuerzo de la Paca ocasionó el efecto de un cohete que por milésimas de segundos mantuvo a la santa en el aire. Entonces, ocurrió lo imprevisible para los administradores de la nueva devoción: uno a uno los buscadores de milagros, entre calladas protestas y calculadas desilusiones materialistas, fueron dejando las incipientes estructuras de la casa de encuentro y peregrinaje vacías, y se marcharon a las suyas. Pensaron: "¡Ciertamente, la Paca está endemoniada!"

Realmente la Paca estaba de viaje. Nadie lo sabía con tanta certeza más que ella misma, que comenzó a deslizarse dentro de su alucinante mundo de ensueño, con tanta seguridad y de tal manera, que aceitando el motor de sus deseos y cargando las maletas imaginarias en donde empacó sus sueños, sus recuerdos, sus sufrimientos, y los enllavó con la llave de la espe-

ranza que era lo único con la llave de la fe, que aún no había perdido, saltó en el aire impulsada por un vivísimo rayo plateado y azul que la colocó suavemente sobre la nebulosa que la Paca había venido imaginando como su plataforma de lanzamiento.

La primera sensación que tuvo de aquel anunciado viaje fue que el nuevo mundo de su mundo estaba organizado al revés, viendo hacia adentro de su microcósmico universo en el que se entrelazaban las galaxias más lejanas y el centro de su propia galaxia era sólo un punto insignificante en torno de la gran Galaxia Inteligente que englobaba todo el universo de galaxias sin fin. Aun cuando antes hubiera querido sentarse a llorar de desilusión, pensando en lo lacerante que era estar muerta en vida, y ver con cuánta impunidad todo mundo se repartía sus vestiduras, ahora podía tener la dicha de entender, de penetrar en toda la belleza del dolor y el verdadero y precioso valor del sufrimiento. “¡El dolor es la piel de la vida!”, pensó.

Con la convicción que ahora estaba en lo suyo, comenzó a desarrollar su plan de viaje, y colocando la bitácora de su experiencia sobre el liberado timón de su entendimiento, zarpó sobre el océano de su imaginación hacia lo que consideraba sería un viaje sin regreso. En el apuro de la partida, la sorprendió su inveterada manía de recordar todo lo que le había ocurrido en el asarozzo correr de su existencia. En ocasiones llevaba estos momentos a tal situación, que se hundía en el más allá de su propia experiencia vital, a través de una regresión de su tiempo hasta el umbral de su gestación en un increíble juego de coloraciones genéticas. En este deslumbrante sueño regresi-

vo, que era como si asistiese a la representación de la gran premier de la familia, tenía la oportunidad de comprender de lo que estaba formada la argamasa de las determinantes vivencias que le habían resultado imposible hacer cambiar de rumbo. “¡Una es como es, no por casualidad!”, reflexionó. “¡Siempre hay un bandido que te parte el alma!” Desde su sitio en la plataforma de lanzamiento quiso burlarse de sí misma, y pidió perdón a Santa Francisca del Puerto que permanecía horizontal casi olvidada del bullicio. “¡No te preocupes -trató de acercársele al oído , que ya te falta poco!”

Comenzó a subir de edificio en edificio sobre los ascensores en espirales de la plataforma galáctica. Llegó a un enorme corredor de espejos, repleto de letreros cambiantes sobre las paredes. “Lo último que se pierde es el alma”, lo releyó tres veces y todavía seguía repasándolo con la memoria cuando se encontró con otro que llamó toda su atención: “¡La guerra es el alimento del demonio!” Notó que de la palabra “guerra” emanaba un asqueroso olor al más detestable de los excrementos.

Continuó leyendo rótulos y sentencias a todo lo largo del enorme corredor de espejos, en donde otros como ella seguramente estaban haciendo lo mismo, porque cuando cambiaba de lugar, un destello que parecía ser la reflexión de su imagen reproducía los movimientos sobre las superficies de los espejos, y las superficies de los otros espejos estaban llenos de luces que también se movían en todas direcciones. “¡En este lugar han sido erradicados todos los analfabetismos!”, leyó sobre una tabla de madera del árbol del Paraíso que estaba clavada en el techo. Pensó en Ten-

cho. Recordó que al amigo de su nieta, los de la campaña de alfabetización sólo le habían enseñado a escribir dos nombres: el suyo propio, y el de un señor comandante que no le había servido para nada. “¡Aquí todos saben leer! ¡Qué alegre!”, exclamó llena de radiante satisfacción. Leer para Domingo y Ariosto, y para Dimas y Fermín, y para la Mengana y Gerancio, y para Hércules y la Corinita, había sido el sueño de sus vidas: sueño desalentado por el sahumero del yoquepierdismo.

Cuando ya caía la tarde llegó a la Galería de los Retratos. “¡Este es un vivo!”, deletreó para cerciorarse de lo que estaba leyendo bajo la fotografía de un retardado. “¡El bobo es éste!”, señalaba una flecha la figura de un general con su kilogramo de condecoraciones sobre el pecho y su vestido kaki de pana reluciente. “¡No se sorprenda! ¡Esta es la realidad en carne viva!”, aclaraba otra leyenda. Continuó examinando la interminable galería de retratos. Descubrió que muchos estaban patas arriba en la sección del fondo, y pudo leer la respuesta sin poder disimular una sonrisa: “¡Así vivieron!” Y siguió la observación de los retratos y la lectura de los avisos y sentencias, ahora al revés, porque aquel entretenimiento le deparaba verdadero deleite, y así habría podido pasar hasta el final de los días que le faltaban, si no hubiese recordado el asunto de los botones.

Sobre su algodón bordado de manta de Masaya, bordado con pajaritos rojos, amarillos y azules, que le había obsequiado el marimbero de Monimbó, don Juan Marota, el que en los días del tianque resultó ser un pariente lejano, estaban cocidos una fila de doce botones plateados que cente-

llearon sobre la bruñida superficie del Espejo de la Preparación, que no era otra cosa que una simple torrecilla de mando, en la que una voz celestial daba la orden de partida, cuando cada una de las luces se embarcaba en el vehículo que había seleccionado para la vida siguiente.

“Y se maneja a puro botones”, había recordado a Tencho. Desde aquella bendita exclamación, se sintió tentada por la idea de los botones del Pájaro Negro. Esto que le pareció algo sencillamente maravilloso no la dejaba tranquila, se le había convertido en una obsesión de la que quería salir de dudas. La experiencia de oprimir un botón y que todo se le transformara al instante en algo total y completamente distinto, la tenía embozada, pero no deseaba caer en el abuso de los botones, aun cuando se sentía ansiosa por hacerlo. Recurriendo al mecanismo del Control de la Curiosidad, el que le era permitido manipular so pena de muerte en vida si sobrepasaba los límites de la prohibición, la Paca quiso echar una ojeada a la familia y apretó el Botón del Tufó. En segundos sintió su cuerpo deslizarse por los tremedales de la concupiscencia, dentro de una penumbra que aún metida dentro de su inmune traje de otras galaxias no dejó de provocarle escalofríos. Pudo oír los gritos de la Corinita resonando en un vacío de tumbas, y las quejas de Domingo y Ariosto contra su presencia solitaria en el abandonado Santuario de Santa Francisca del Puerto. “¡Ya no se murió la Paca! ¡Nos está causando problemas!”, estuvo de acuerdo Ariosto. A través de la enésima dimensión de su galaxia distante, pero entreverada por la realidad de su tijera de lona, se vio a sí misma con el algodón sin lavar y los botones curtidos por los lí-

quidos que encontraban resistencia en la rebeldía de su garganta hecha un verdadero desastre. Tuvo la visible claridad de que Domingo y Ariosto continuaban como siempre, hechos una porquería, porque un inmundado olor a excremento le llegó desde el sitio en el que sus dos maridos apagaban sus vidas alrededor de la botella.

“¡Qué asco!”, dijo la Paca, cuando la Corinita se encaramó en el taburete para echar un poco de líquido en el pichel de hojalata, y el mismo olor repulsivo de los viejos entró por sus narices.

Hasta ahora tenía verdadera conciencia de todo lo acontecido con el intempestivo bufido, con el que había complicado los exitosos asuntos económicos de la familia Artola. Con la ausencia de los peregrinos y el retiro de las limosnas que mantuvieron en una permanente feria de fin de semana el Santuario de Santa Francisca del Puerto, habían también desaparecido los negocios de fritangas, las refresquerías al aire libre, los fotógrafos de caballito, toda la parvada de buhoneros y mercanchifles que junto al doctor Alvarenga Mesonero con su casa de huéspedes, habían convertido el Puerto en el pandemonium de un verdadero pulguero. De tal manera estaba convencida de que al fin, la misma encenegada superstición que la había avergonzado en la tijera de lona le había hecho justicia, que sin pensarlo dos veces, apretó de nuevo el Botón del Tufo y se marchó para siempre a su nebulosa de lanzamiento.

En pocos días había concluido la divina marejada de la locura en el Puerto. Los aburridos pobladores muy pronto volvieron silenciosamente a su inveterado abandono, a acostarse con la relajante mordedura de la pereza y a rumiar sus es-

caseces de arroz, cangrejo y pescado unos días, y de pescado, cangrejo y arroz los otros. Estaban terminando de desenzambiar los restaurantes y las cantinas que el fenómeno había instalado con una florescencia increíble, y la venta de todos los gustos había vuelto a manos de la Cuatro Pelos que los otrora consuetudinarios parroquianos ya casi habían olvidado.

“Para vos, esta botella cuesta el doble”, le respondió a la Corinita que había vuelto a sus andadas y pensaba en las cuatro paredes del Santuario de Santa Francisca del Puerto una vez que muriera la Paca, para instalar su propio negocio. Dimas y Fermín continuaban con la misma rutina de la planta, alternándola con los botes pesqueros. El teniente Marcos Artola había regresado a la Zona de Zelaya a continuar el servicio militar, y el Hombre Nuevo había vuelto a la cárcel acusado del robo de un aparato de sonido a un veraneante del Veleró. La María Tomasa huyendo con el sobrino de Tencho encontró a la Rosenda por el lado de Las Banderas mientras Gerancio condolido por la frustración de sus viajes, regresaba al restaurante y cantina de la Chorro de Humo que había reabierto el negocio.

Una tarde providencial, cuando el padre Felipe del Calvario Vigil y Bobadilla pasó a una Conferencia de Sacerdotes Católicos que se celebraría en la Catedral de la Metrópoli, tuvo una corazonada y decidió indagar por el estado de postración en que había dejado a la ahijada. Se desvió de la carretera principal tomando el camino del Puerto. Cuando le vieron llegar, los primeros que se alegraron fueron quienes habían prosperado durante los días de auge y alboroto con el Santuario de Santa Francisca del Puerto,

pero pronto se desilusionaron al enterarse de la misión del sacerdote. El padre Felipe del Calvario Vigil y Bobadilla llegó al convencimiento que había que administrar a la Paca los santos óleos, porque ahora sí que la pobre mujer se estaba muriendo.

Estaban terminando de rezar el Rosario, cuando en el mismo Ford que había facilitado el religioso, se apareció terriblemente azorado el doctor Roque Malpaso, quien quedó viendo a la Paca.

—¡Tal vez le sirve! —dijo el doctor al cura—. ¡Tal vez le sirve!

—¡Claro que le va a servir, hijo mío! —aclaró el sacerdote—. ¡A la hora de la muerte todo lo de Dios sirve!

—¡Ajá! —respondió el doctor Roque Malpaso, quien apenas entró al rancho percibió que todas las cosas estaban saturadas de un increíble olor a pescado—. ¡El caso es que doña Paquita murió hace horas!

—De todas maneras sirve.

Antes que terminaran de rezar las oraciones, la playa estaba repleta de macarelas agonizantes y el rancho de la Paca estaba reventando de gritos.

FIN.

LA PIEL DE LA VIDA de Róger Mendieta Alfaro, se terminó de imprimir el 20 de diciembre de 1987, en los talleres de Editorial Impresiones Técnicas, del Sr. Ronaldo Ruiz Miranda. El autor quiere testimoniar su agradecimiento al jefe de talleres Ricardo Lazo Quintero, y a los técnicos Silvio Chavarría S., Arturo José Franco, Antonio Cárcamo y Leonardo Norori, quienes como linotipista, cajista, armador y prensista participaron del éxito tipográfico de la obra. El tiraje fue de 2,000 ejemplares. Managua, Nicaragua.

Apartado 1242.





La novela **LA PIEL DE LA VIDA** es el cuarto libro de Róger Mendieta Alfaro, con una larga trayectoria en la política y el periodismo nicaragüenses.

Mendieta Alfaro, quien había permanecido sin editar ninguna obra desde 1959, en que obtuvo el segundo lugar del Concurso Centroamericano de Poesía Rubén Darío, con el extenso poema **CANTO A LINCOLN**, escrito en prisión después del fallido desembarco de Olama y Mollejones, es hasta 1978 y 1979 que nos ofrece **CERO Y VAN DOS** y **EL ULTIMO MARINE**, en los cuales con su crónica ágil y amena nos relata episodios de las luchas políticas de los nicaragüenses en contra de la derrocada dictadura de Somoza.

En 1984, el notable escritor y crítico literario doctor Julio Ycaza Tigerino, al presentar un nuevo libro de Róger Mendieta Alfaro expresó: "En **UN ASUNTO DE HONOR** y **EL CLAVEL Y LAS ROSAS**, el primero colección de cuentos y el segundo de poemas, Mendieta Alfaro se nos presenta no ya como el vigoroso cronista y periodista que conocíamos, sino como un escritor más completo con profundidad psicológica en la pintura de los personajes de su narrativa y con fuerza y versatilidad en su quehacer poético".

Como es sabido, el género novelístico ha sido tímidamente incursionado por los escritores nicaragüenses, de aquí que Mendieta Alfaro con **LA PIEL DE LA VIDA** inicia una aventura promisoría en la narrativa nacional. Creemos que esta novela nos dice mucho dentro de una simbología de actualidad.

EL EDITOR